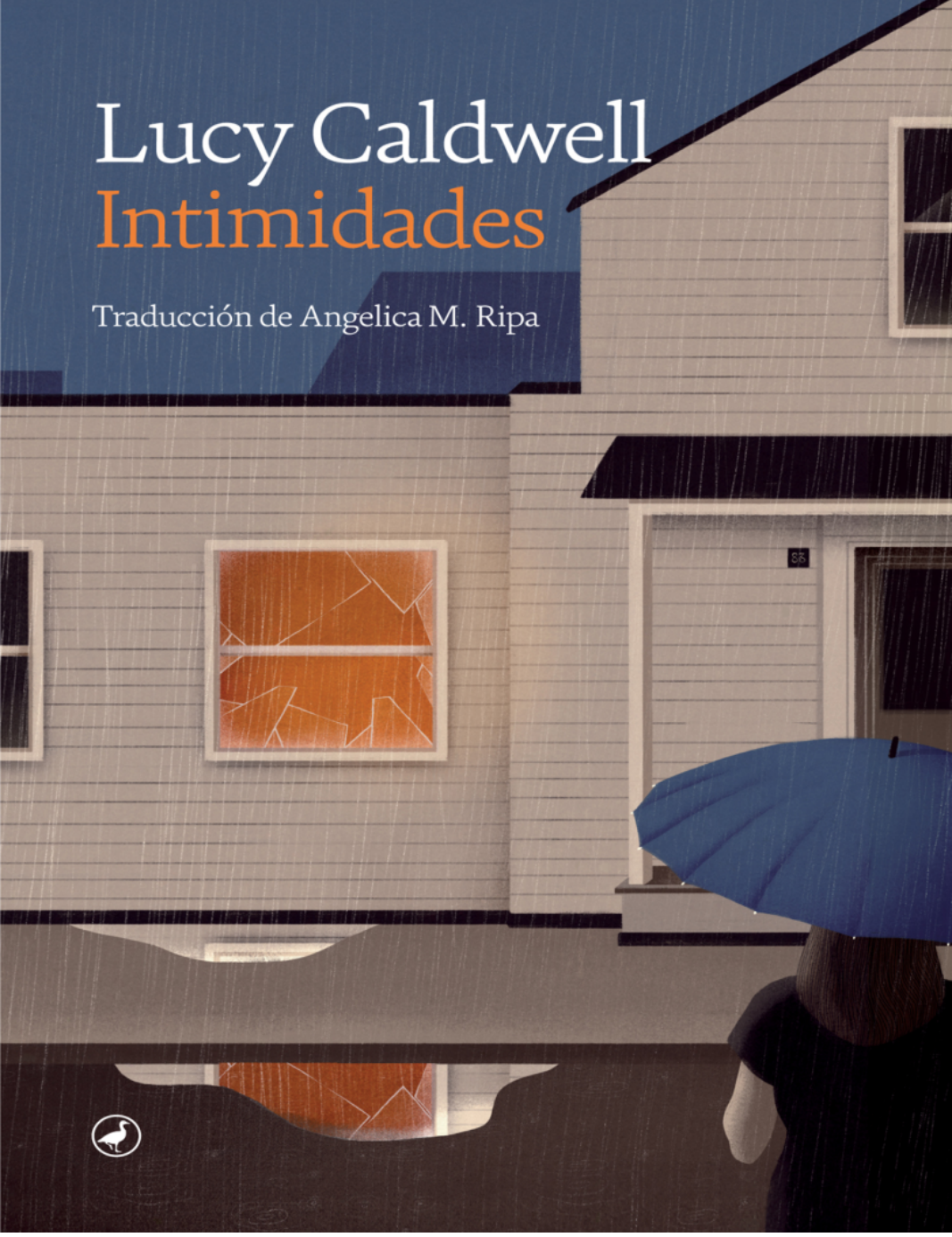
Lucy Caldwell
Intimidades

Traducción de Angelica M. Ripa



© Tom Routh

Lucy Caldwell (Belfast, 1981) es una de las voces más importantes de la literatura irlandesa actual. Es autora de tres novelas, dos libros de relatos, diversas obras de teatro y dramas radiofónicos, así como editora de un libro de historias cortas que conforma un mapa perfecto de la literatura irlandesa contemporánea. Ha sido galardonada con el premio Dylan Thomas dos veces, el Rooney Prize de literatura irlandesa y el George Devine, entre muchos otros. En 2018 fue nombrada miembro de la Royal Society of Literature.

Historias de amor, pérdida y exilio, de nuevos comienzos y vidas vividas lejos del hogar.

Intimidades traza de manera inmejorable los pasos y traspiés de mujeres jóvenes de hoy que luchan por encontrar su lugar en el mundo. Desde una estudiante de Belfast que se hace con drogas ilegales por internet para poner fin a un embarazo no deseado, a una madre joven que lidia con la mortalidad. Desde una Nochebuena caminando por las calles del centro de la ciudad, cuando todo parece posible, a un vuelo nocturno desde Canadá que podría cambiarlo todo de manera irrevocable. Con estas historias, Lucy Caldwell ofrece una visión profunda y reveladora de la angustia y la esperanza de la vida moderna.

«Estas historias son un fiel reflejo de los problemas a los que deben enfrentarse las mujeres de hoy.» *The Guardian*

«Lucy Caldwell se acerca con una gran sensibilidad a los personajes de su obra. Conoce los rincones más ocultos de su corazón y nos cuenta sus historias de manera veraz y tierna.» *The Independent*

«Un libro memorable y de lectura obligada de una de las escritoras más importantes de Irlanda.» *The Sunday Times*

Intimidades

Lucy Caldwell

Traducción de Angelica M. Ripa

para Orla Rose
por todos los lugares a los que iremos,
a los que vayas

Y
abraza siempre cosas, a la gente la tierra
el cielo las estrellas, tal como lo hago yo, libremente y con
el sentido adecuado del espacio.

FRANK O'HARA, *A True Account of Talking to the Sun at Fire Island* ('La verdad sobre mi conversación con el Sol en Fire Island')

Índice

Sucede así
Mayday
La gente te lo dice todo
El nombre de las cosas
Ánforas de barro
Despertarse en plena noche
Los niños
Lady Moon
Todo el mundo era malo y falso
Devociones
Intimidades

Agradecimientos

Sucede así

Así es como suceden las cosas.

Es martes o miércoles, uno de esos días amorfos de mediados de semana que no son fin de semana, pero al menos tampoco son lunes. Noviembre. La lluvia gris cae demasiado recta como para que sigas fingiendo, ante ti misma o ante los demás, que no está lloviendo. Ya no le puedes dedicar ni un minuto más de atención a los desesperanzados peces del estanque ornamental que hay justo delante del edificio de un bufete de abogados con nombre dickensiano. Se rumorea que se habría construido sobre el mayor osario medieval de Europa. El suelo de cristal acrílico te permite caminar sobre él, pero también recorrerlo a gatas para deleitarte observando la muralla romana y las estatuas de bronce. Los distintos estratos, los huesos. Entre el pez y el suelo tienes media hora de entretenimiento garantizada. A veces también coincides con uno de esos autobuses rojos de dos pisos transformado en teatro de marionetas, pero hoy no está.

Se te acaban las ideas.

El bebé lloriquea, el bebé lloriquea. En cualquier momento, cualquiera de los dos, o ambos, pueden convertirse en una explosión nuclear. Levantas la visera de la capa impermeable y acaricias la mejilla suave y húmeda de la pequeña, que se revuelve ciegamente intentando chuparte el dedo. Ha comido antes de salir de casa, hace menos de una hora. No puede tener hambre. A menos que vaya a tener un brote de crecimiento... ¿Qué tiempo tenía?

La desdicha del segundón. Cuando nació su hermano mayor, contabas religiosamente los días y las semanas que iba cumpliendo, hasta que el pragmatismo sustituyó los meses a favor de los años como unidad de medida. En cambio, con el bebé has perdido la cuenta de los meses que tiene. Doce, quizás. ¿Trece? Con el primero te angustiabas, te reías de pura incredulidad, bromeabas amargamente sobre el cansancio. Ahora no tienes tiempo. Ahora no te quedan energías ni para eso.

—¿Tienes hambre? Pobre criaturita, tienes hambre.

—Y yo —replica tu hijo con indignación—. Yo también hambre. Mamá mala —añade, porque te has olvidado de rellenar el táper de la merienda. Solo queda un triste plátano, ennegrecido y ninguneado, y los restos de un pastel de arroz que se desintegra en el estanque del edificio del bufete.

Así que, aunque te cueste justificarlo porque ahora formas parte de

una familia de cuatro miembros que vive de un solo salario y una irrisoria ayuda a la maternidad, entras en Frankie's, en el mercado cubierto. Es uno de los pocos lugares de la zona donde se tolera mínimamente la presencia de niños y bebés, e incluso de ambos al mismo tiempo; al menos hasta que llega la hora punta, la hora del almuerzo de la gente normal que no come a las 11:17.

Entras en Frankie's, haga el pedido en el mostrador, carrusel de cosas que puede que se coman o puede que se devuelvan; después, eliges una mesa, te peleas con una pila de tronas recalcitrantes, trona rechazada, mantel, ceras de colores, capas de prendas de lactancia con tercos corchetes y, por fin, el bebé se acopla correctamente y sus aullidos se extinguen. Cortas alimentos con la mano izquierda, cargas el tenedor que se transformará en avioneta para mayor persuasión, el bebé se desacopla y llora, el bebé eructa, lo cambias de lado, ceras de colores partidas, otro bocado... perdón, otro cargamento de comida que llega al hangar. Trasladas el bebé al carrito, la depositas con cuidado, le colocas el arnés (¿por qué no compramos un carrito con capazo desmontable?) y se lo ajustas. Por fin, un sorbo de té. Todavía está templado porque lo calientan con el vapor de la...

—Tengo pipí —dice tu hijo.

Lo miras indefensa. El lavabo adaptado vuelve a estar fuera de servicio, desde la mesa se ve el cartel amarillo de la puerta. Los lavabos unisex no son lo bastante anchos como para llevarte el carrito y, si sacas al bebé ahora, se despertará y empezará a llorar y tendrás que volver a darle de comer para que se duerma y después se encontrará mal porque ya se había atiborrado de leche.

—Tengo pipí urgente —anuncia.

—Vale, un momento.

—¡Mami! —vocifera angustiado—, ¡se va a salir!

—Corre —dice la mujer de la mesa de al lado—, yo te vigilo el carrito. Date prisa.

—¿En serio? —respondes agradecida mientras coges a tu hijo de la mano—. Muchas gracias, de verdad.

Corres hacia los lavabos con él y, aun antes de llegar, sucede. Así, sin más. Sin que se te haya pasado por la cabeza ni un milisegundo.

Hay que admitir que habéis intercambiado fragmentos inconexos de conversaciones de cortesía. En medio del caos, la mujer ha hecho algún comentario sobre el bebé, ha saludado a tu hijo, le ha preguntado qué

estaba dibujando. Ha alabado que des el pecho. Es lo mejor para ellos, no cabe duda. Yo no pude con los míos. Información obvia destinada a que le preguntes si ella también tiene hijos. Sí, pero ya son mayores. Un chico y una chica, igual que tú. El tiempo pasa volando. ¿Sí? Créeme. No lo parece cuando estás en la trinchera, pero es así. De acuerdo, me lo creo.

Te sacude de repente. Estás inclinada dentro del cubículo, con la espalda dolorida, sujetando a tu hijo en el aire para que orine en ese retrete demasiado alto; se niega a sentarse porque dice que los niños hacen pis de pie. Acabas de dejar lo más valioso e indefenso que tienes en manos de una desconocida.

No, te dices a ti misma. No. Ella también es madre. Te lo ha dicho. Y entonces piensas: pero si no sabes absolutamente nada de ella. Pues claro que *dices* que tienes hijos. Eso es lo primero que haría cualquiera. Y ¿por qué tenía tantas ganas de entablar conversación con una madre joven y visiblemente sobrepasada por la situación? ¿Por qué se ha ofrecido tan rápidamente a vigilar el carrito?

—Date prisa —le ordenas secamente a tu hijo. Serías incapaz de describirla. Pelo castaño, gafas. ¿Llevaba gafas? De unos cincuenta o sesenta años... Vestía ropa... ¿oscura? Le subes los calzoncillos y los pantalones de un tirón y sales volando de los lavabos con el niño en brazos.

—Pero ¡mami! —Está furioso—. ¡No me he lavado las manos! ¡Hay que lavarse las manos!

—Hoy no, date prisa—replicas y te lo llevas a cuestas mientras sigue protestando.

El corazón te late a mil por hora.

El carrito sigue allí.

Durante unos instantes, tus extremidades se vuelven de gelatina. Coges a tu hijo de la mano firmemente y te apoyas en el borde metálico de la mesa de unos desconocidos. El carrito sigue allí. Sientes el aleteo de una gran criatura ancestral y desconfiada que alza el vuelo, derrotada, y se aleja de ti. Con una sensación casi enfermiza de alivio, te arrodillas y abrazas a tu hijo.

—Mami lo siente mucho. Mami no está enfadada.

Él te mira y parpadea, inseguro, incómodo; es el barómetro de todos tus cambios de humor y de tus pensamientos y ese repentino choque de presiones discordantes lo ha sumido en la confusión.

—Yo estoy muy enfadado —te contesta—. Más enfadado que mami. Hay que lavarse las manos.

Observas la expresión grave de su rostro, la pequeña mandíbula contraída que sobresale y anuncia el berrinche que viene a continuación.

—Lo sé, lo sé. Ya lo sé, cariño. Mami lo siente mucho. Vayamos a buscar a tu hermanita y luego a por una galleta. ¿Te apetece una galleta? ¿O prefieres un batido?

Te escudriña con desconfianza.

—Un batido y una galleta —contesta.

—De acuerdo —confirmas—, un batido y una galleta.

—Un batido de «fesa» —dice, sabiendo que tiene la sartén por el mango, mientras a ti te invade el amor por ese pequeño tirano que todavía no sabe pronunciar la palabra «fresa».

—Trato hecho, un batido de fresa.

Serpenteas entre las mesas dispuesta a darle las gracias a esa mujer. En un primer momento no la ves debido al bullicio de la primera tanda de los almuerzos. La cola de gente pasa junto a tu mesa. Disculpen, dejen pasar. ¡Piiiip piiiiiip!, exclama tu hijo.

La muselina que cubre la visera del carrito mientras el bebé duerme está en el suelo. Aun antes de procesar esa información, sientes un escalofrío. De nuevo, el aleteo de esa criatura que regresa a ti, en absoluto derrotada, y te sobrevuela en círculos.

No llegan a encontrar a la mujer. Ni al bebé. Las cámaras de circuito cerrado, los programas de televisión, las portadas de los periódicos: nada. Tus amigos y los desconocidos bienintencionados te dicen que no es culpa tuya, que le podría haber pasado a cualquiera. Pero tú sabes que sí lo es y que no, que por supuesto no le podría haber pasado a cualquiera. En comisaría, la agente que te toma declaración te pregunta de nuevo, solo para que quede claro, si no conocías a esa mujer. ¿Era una desconocida? ¿Nunca la había visto ni había hablado con ella antes?

Tu niña, adorable y preciosa, y el conjunto de cosas que sabes de ella. Sus manitas todavía cerradas en puños, la manera en que rompe a reír. La piel tierna y agrietada de sus pies y sus codos, donde cada noche aplicabas loción hidratante. La sensación de acurrucar con cuidado en su moisés a ese ovillito de ternura, primero las piernas y después la cabeza, acompañándola con la mano. La emoción con la que observaba el móvil de avionetas mientras la cambiabas. Las noches posteriores a las vacunas, cuando le subía la temperatura y sentías como su cuerpo se crispaba y temblaba, y tú la cogías en brazos, la abrazabas y la mecías. Y su bodi de flamencos, y su chalequito de dinosaurios. Su manita sobre tu piel mientras le dabas el pecho. Pasan los años, pero sigues echándola de menos, noche tras noche.

El tiempo pasa, tienen uno y tres años respectivamente y juegan al pillapilla entre las brillantes gotas de agua de las fuentes de un parque.

Tienen dos y cuatro años, echan migas de pan a los cisnes y comen helado. Tienen cinco y siete años y saltan en una cama elástica. Seis y ocho, y nueve y once. Doce, trece, catorce, adolescentes, aliados y enemigos, adultos oficialmente, crecen, crecen y se marchan.

El matrimonio no resiste. O, mejor dicho, resiste hasta que nace el otro bebé, pero tú te sientes demasiado culpable y hundida debido a la ansiedad que te produce tenerlo en brazos y arriesgarte a quererlo. Tu marido solicita la custodia íntegra de ambos y tú no te opones. Aguantáis por el bien del niño, pero os separáis de mutuo acuerdo en cuanto cumple los dieciocho y, por supuesto, no vuelves a quedarte embarazada. No se acuerda de su hermanita, aunque a veces finja que sí lo hace.

—Mami —dice tu hijo—. ¡Mami! —Te tira de la mano.

—Mi bebé —le dices a la cafetería en general—. ¿Alguien ha visto a mi bebé?

Lanzas la pregunta al aire, a gente aleatoria. Demasiado fuerte la primera vez e incluso más fuerte la segunda. ¿Ha visto usted a mi bebé?

Algunas caras te miran, dejan de hablar, recelosas, inexpresivas.

—Tu madre se lo ha llevado —responde alguien.

—Tu madre —repites.

Tu madre. Tu madre está al otro lado del charco a cientos de kilómetros.

—No —contestas—, mi madre no está. No es mi madre. ¿Adónde ha ido? ¿La habéis visto? ¿Dónde está?

Caras inexpresivas.

—Creo que se ha ido hacia allá. —Señalan en dirección a la salida.

La masa de gente: caras, voces. Chaquetas oscuras por todas partes, pelo castaño. Una adolescente con granos que lleva una gorra y una placa de Frankie's.

—Disculpe, ¿necesita ayuda?

—Ha perdido a su madre.

—Ha perdido a su madre.

De repente, eres incapaz de articular palabra y, de repente, allí está. Lleva una chaqueta azul marino y vaqueros, gafas de carey —sí, lleva gafas— y un pañuelo de seda de color claro anudado al cuello (¿cómo se te ha pasado por alto ese pañuelo?). Media melena castaña canosa, una sonrisa y el bebé en los brazos.

Tu bebé.

—Nos hemos despertado —te dice—. ¿A que sí? Nos hemos despertado, así que nos hemos ido a dar un paseo, vaya que sí.

—¿Va todo bien? —pregunta la adolescente de Frankie's mirándoos a

las dos mientras te apresuras a recuperar al bebé y lo abrazas.

Ay, sí. La calidez de su cuerpo. La sensación inmensa de tenerla entre los brazos. Su vello aterciopelado, su nuca, su perfume a leche. Todo.

—¿Va todo bien? —pregunta de nuevo la empleada del local.

—Nunca se despierta —dices.

La mujer te mira desconcertada.

—Nunca se despierta —repites, y notas que tu voz se vuelve más aguda—. Si ha comido y se duerme, no se despierta a menos que alguien la moleste.

—Pues se ha despertado —explica la mujer—, y no me parecía bien dejarla llorando en el carrito, así que la he cogido en brazos.

Fatigosa vuelta a casa, empapada, con la indomable plataforma con ruedas de tu hijo dando tumbos por los bordillos y con la mente puesta en algo totalmente diferente a esto, algo no plausible. El velo que separa dos mundos, la piel a punto de cruzar al otro lado. Un viajero que visita otro mundo y se pasa toda una vida en él y cuando regresa al suyo se da cuenta de que apenas ha pasado un minuto. Deseas que termine el día de una vez, que llegue el momento en que los niños estén bañados y arropados, en la cama o en el saco de dormir, con las mejillas sonrosadas y la boca abierta, durmiendo plácidamente, y puedas tomarte un respiro.

Y solo es el principio.

Mayday

Diez días después, por fin, llega el paquete. Es un sobre pequeño, acolchado, con su nombre y dirección impresos en una etiqueta blanca. El sello es de los Países Bajos. Contiene un envase de comprimidos, uno redondo y cuatro ovalados. Sin instrucciones, sin avisos, sin nada que identifique al remitente. Saca el comprimido redondo y allí mismo, en el pasillo, intenta tragárselo, pero tiene la boca demasiado seca y se le pega en la garganta. Va a la cocina y se sirve un gran vaso de agua para que baje. Una puntilla de suciedad reseca adorna el cristal y el agua sabe a rancio. Todavía siente el comprimido alojado al fondo de la boca. Una vez, un novato de Geografía murió después de tomarse unas pastillas para adelgazar que había comprado en internet. «Hervido vivo», anunciaban los titulares de los periódicos, con una foto del chico, hospitalizado, con la cara tan hinchada que parecía que no tuviera ojos, y la piel del pecho y de los brazos que se le caía dejando heridas rojo sangre del tamaño de hojas de parra. Sus padres la publicaron para avisar, para disuadir a otros jóvenes.

Es el último día de abril y, según sus cálculos reiterados, le queda menos de una semana.

Un recuerdo: con once años, excursión de fin de semana en Carnlough con la escuela de música. El domingo por la mañana, los niños católicos van a misa en la gran iglesia de Bay Road, mientras que los pocos protestantes del grupo se quedan en Drumalla House cantando himnos con el profesor de chelo. Ella es de los que van a misa. Recorren la orilla rocosa y, al terminar, pasan por la tienda de caramelos del pueblo. La sensación de lo prohibido. Sus amigos hacen cola para comulgar y ella copia todo lo que hacen, se arrodilla y abre la boca, y el cura deposita sobre su lengua la oblea reseca. Ella la mastica y se la traga. Acto seguido le dicen que va a ir al infierno. Se esfuerzan sobremanera para que le quede claro. Ha cometido un pecado mortal y, puesto que no se puede confesar, no la pueden absolver. Y ha *masticado*. Los demás se regocijan al unísono. Ella llora. El profesor de chelo le dice que no tiene sentido y recrimina a los compañeros su comportamiento. Les explica que, casualmente, la palabra que aparece en *Juan Capítulo 6* para describir la recepción del cuerpo de Cristo se puede traducir como «roer» o «ronzar», así que ya lo tenéis, y ahora comportaos y dejad de hacer el tonto. Ellos se escudan en que era broma.

Hacía años que no lo recordaba, pero le viene a la mente ahora, en la

polvorienta sala donde ensayaban, con los rayos del sol entrando por la ventana. Las piedras redondeadas de la orilla. Los destellos que proyectaban los vitrales de la iglesia católica.

Ahora no sabe qué hacer con las horas que le quedan. Consulta la hora en el móvil. 11:11. Mañana, a esta hora, se tomará los comprimidos restantes. Los cuatro a la vez. Si se diera prisa, aún le daría tiempo a llegar al seminario de las doce. Pero no ha ido a clase en toda la semana y no ha preparado la lectura para el seminario. Ese módulo le gusta y la profesora le cae bien, quiere sacar buena nota. En la evaluación pasada, la tutora le dijo que su idea tenía potencial para un doctorado y esas palabras resonaron en su cabeza durante semanas. Sube a su habitación, se sienta y pasa las páginas de los dosieres y listas de lecturas que tiene encima del escritorio. *Género, familia y fe: normas y controversias*. El paraíso perdido *en su contexto. Guerras Civiles de ideas: política vs. religión*. En el siglo XVII era imposible escapar de la religión. Abre una página cualquiera de la antología de Norton. Una balada. Lee en diagonal las primeras dos estrofas:

> Buena fortuna, duendes y hadas,
> dirían las amas de casa decentes,
> ya que ahora en los establos
> es de las rameras la fortuna.
>
> Lamentaos, lamentaos, viejas abadías.
> Las hadas han perdido el control;
> solo por cambiar los bebés de los sacerdotes,
> otros ahora han cambiado vuestro país.

Se detiene. El corazón le late con fuerza. Putas. Hijos ilegítimos. Niños intercambiados al nacer y hadas a las que echarles la culpa. Ya no hay nada neutral, piensa. Nada volverá a ser neutral jamás.

Y después: céntrate, se dice a sí misma. Y lo repite en voz alta. Céntrate. Pórtate bien: eso es lo que le decían en el colegio. Pórtate bien. Se obliga a sí misma a encender el portátil y copia algunos versos de la balada. Saldrá bien. Todo va a salir bien.

Baja la pantalla del portátil y se echa en la cama. Presta atención a su cuerpo para captar cualquier señal de cambio. ¿Y si no pasa nada? ¿Y si es demasiado tarde? El caso es que te enteras y piensas, vale, nueve semanas, menuda eternidad. Pero entonces entras en la calculadora *online* y descubres, horrorizada, que ya han pasado más de seis semanas, ya son casi siete. La manera de contar no le parece justa. Nueve semanas

no son nada. Nueve semanas te dan poco más que una quincena. Encontró la web un domingo por la noche y para el martes ya tenía la decisión tomada y el pedido hecho. Sin embargo, podía ser demasiado tarde. Si hubiera tardado unos días más en darse cuenta. O si hubiera pasado mientras vivía en casa, o antes de tener tarjeta de crédito o cuenta de PayPal. No sirve de nada darle tantas vueltas, pero es inevitable volver atrás una y otra vez por la misma senda. Si vives en Inglaterra, el médico de cabecera te habría recetado exactamente lo mismo. Ya te lo habrías tomado y contarías con asistencia sanitaria. Todo habría terminado. Si esto no funciona, le quedan dos opciones: Londres o Manchester. Ha buscado clínicas en internet. Se pregunta si se lo acabará contando a su madre cuando llegue el momento. Su madre pediría hora, reservaría los vuelos y pagaría el hotel. La cogería de la mano en la sala de espera y la abrazaría al salir. Su madre no se enfadaría con ella, no lloraría como las madres de las películas. Su madre sería pragmática, actuaría con tranquilidad: su madre se encargaría de todo. ¿Por qué no se lo ha dicho a su madre? Su madre ha educado a tres hijas en la convicción de que pueden hacer lo que quieran, que valen lo mismo que cualquier hombre y que la mujer tiene derecho a decidir. Su madre la ayudaría. Su madre estaría con ella ahora mismo.

La echa de menos.

Otro recuerdo: el club infantil de debate. Debía ser en segundo o tercero de primaria. Kerry Ferguson mostrando fotos en tamaño A4 de bebés sonrientes en el útero, chupándose el pulgar. Las mujeres deben dar a luz, dice Kerry Ferguson. Que tengan los bebés y se los den a gente que los quiera. Casi nadie votó a favor del aborto. Más tarde, cuando su madre le preguntó cómo le había ido el día, le dio demasiada vergüenza mencionarlo.

El día pasa despacio, llega el atardecer. Mira el cielo, despejado y pálido, a través de la ventana del techo. Los compañeros de piso llegan a casa, ruido de sartenes y olor a comida. Alguien está fumando en el patio. Ese olor le revuelve el estómago. ¿Alguna novedad? Come y bebe de manera normal, dice la web, evita el alcohol por si te nubla el juicio. No ha tenido hambre en todo el día; ha comido barritas de cereales y un par de puñados de copos de maíz con miel. Una de las compañeras de piso llama a su puerta. ¿Estás bien? Sí, me ha venido la regla. Ay, pobrecilla. Tengo Nurofen si quieres. No, gracias, ya me lo he tomado. Bien hecho. Nosotros salimos a echar unas pintas dentro de un rato, por si te

encuentras mejor. Gracias, pero creo que me quedo en casa. Miraré la tele. Vale, llama si necesitas algo. Vale, gracias, hasta luego.

El cielo se tiñe de rosa. Le llega un mensaje de su madre: han vuelto a ingresar a la abuela en el hospital, otra neumonía. Siempre que pasa, creen que esta vez será la última, pero parece que se equivocan y, después de cinco días de tratamiento con antibióticos, la vuelven a aparcar en la cama de la residencia, en el colchón forrado de goma. No sabe qué contestar. ¿Está sugiriendo que vaya a visitarla? No puede poner un pie en un hospital: ¿y si empieza a pasar justo ahí, delante de médicos y enfermeras? (Si hay complicaciones y tienes que acudir al hospital, no se lo digas. No lo descubrirán y no tiene por qué saberlo. En cualquier caso, el tratamiento sería el mismo. No hay ninguna prueba que detecte lo que te has tomado, lo que has hecho.) Empieza a escribir la respuesta y luego la borra. Otro mensaje de su madre: *No quería preocuparte, desgraciadamente es lo de siempre. Solo quería que lo supieras*. Y una ristra de besitos. Un tercer mensaje: *¿Vienes a comer el domingo?*

Parpadea. Domingo. La comida del domingo. *Me gustaría* —responde; y, a continuación—: *Pero estoy hasta arriba de trabajos de la uni. Siento lo de la abuela*.

Papá está con ella —dice mamá—. *Es una pena. Pobre papá*.

Luego le escribo, contesta ella.

Al cabo de unos minutos, mamá envía otro mensaje: *¡Suerte con los trabajos!*, seguido de emojis de una pluma estilográfica, libros, una taza de café y una cabeza de hámster. Y, después, otro mensaje más: *Perdón, creía que era un gato de la suerte. ¡No llevo las gafas!*

Una tarde de su infancia: esta misma época del año, días persistentes y cielos pálidos y claros. Su padre le ha pedido a su madre que las lleve a ver a la abuela durante la semana, cuando pueda. Lo hace una tarde, después de natación. Salen del coche a toda prisa, corren por el césped y, por algún motivo inexplicable, se detienen y esperan. El viento frío de la ría atraviesa la tela del uniforme, la bata verde y la blusa veraniega azul. El pelo completamente seco por fuera, pero la humedad todavía presente en las nucas, y el punzante olor a cloro adherido a la piel. Su madre las alcanza y coge de la mano a la más pequeña de las tres. La hilera de casas con piedras incrustadas en las paredes, cada una con su verja de casa de muñecas y sus rosales impecables o setos recortados con formas geométricas. Más allá, los garajes y, detrás de ellos, el bosque. No es un bosque de verdad, aunque lo llamen así; se trata de un conjunto de alerces situado en la parte trasera de la zona residencial. El suelo está blando y esponjoso de la cantidad de agujas caídas acumuladas. No

parece que sea un suelo. Además, la vegetación absorbe el sonido. A un lado queda la carretera y, al otro, las casas. En cuanto cruzas la primera línea de árboles, parece que estés a kilómetros u horas de distancia de cualquier lugar. Pero ahora, la cara de la abuela ha adquirido un tono rosáceo con la luz que se filtra por el cristal de burbujas que hay junto a la puerta, y la puerta se abre hacia dentro y no deja suficiente espacio para que puedan entrar todas a la vez. La abuela se atusa el pelo: ¿qué es esto? ¿Qué ha pasado?

También está el pastor, ha venido después de la asamblea de la Unión de Madres. En la mesa, una bandeja con pastel de frutas y galletas de avena y en el centro de la habitación, el calefactor con las tres barras al rojo vivo. El pastor, de pie, saluda a su madre primero y a cada una de ellas después, llamándolas por su nombre. El reverendo te conoce por las fotos, dice la abuela. Se vuelve a atusar el pelo y se alisa la blusa. Su hermana pequeña da un paso al frente con una pirueta. ¿Te gusta nuestro peinado? Nos cortaron el pelo antes de fin de curso. De largas cabelleras pasamos a medias melenas por los piojos, aunque el pastor no tiene por qué enterarse, ven la advertencia en los ojos de su madre. Las tres mueven la cabeza para que la abuela vea cómo les queda. ¡Vanidad, vanidad!, exclama el reverendo; y la abuela se ríe, aunque su semblante permanece serio. ¡Vanidad, vanidad!, reitera. La vanidad es una cualidad terrible para las mujeres jóvenes, porque enraíza firmemente y todo lo que crece torcido ya no se puede enderezar. La abuela lo mira y deja de sonreír. Ya no vuelve a alabar sus cortes de pelo ni las vuelve a mirar a los ojos. Están desconcertadas y, cuando se marchan, mamá está furiosa.

Tenía la cara roja y el pelo blanco, y los ojos de un color azul intenso. Ahora está muerto, igual que la abuela dentro de poco, sea o no esta vez la definitiva. Los alerces también se han ido, de ellos solo quedan los tocones.

Cambia de tercio y recuerda las clases de natación de los martes en el Olympia. Se ve a sí misma en la ventana de la cafetería de la segunda planta, observando cómo el personal coloca de nuevo en su sitio los separadores de carriles mientras los miembros del club empezaban a entrenar con sus casquetes azul celeste y sus virajes ágiles, largo, tras largo, tras largo.

Sus compañeros de piso habían salido y ella le envió dos mensajes y más tarde un tercero. No le contestó. Según el móvil, los mensajes se habían enviado correctamente. Durante unos instantes vio incluso los puntos suspensivos que indicaban que su interlocutor estaba escribiendo. Pero los puntos desaparecieron y la respuesta no llegó. Una semana más tarde,

lo vio en el Clements de la avenida Botanic. Estaba visiblemente abochornado. Dijo que había perdido el móvil y que se acababa de comprar uno nuevo. Vuelve a darme tu número, dijo él, y ella se lo dio, sabiendo que no la llamaría. Y no la llamó. Después de aquello, le resultaba prácticamente imposible decirle por qué había intentado contactar con él. También debería ser problema suyo, pero no lo es; el mundo no funciona así. Vivirá sin saber nada de todo esto. Ni se le habrá pasado por la cabeza. Por un extraño momento, casi siente lástima por él. Es una de esas cosas que, de algún modo, tienen cierto sentido en plena noche. Sin embargo, al despertar, esa sensación ha desaparecido.

No soporta estar en casa, se sube por las paredes. Se acerca al centro, pero a esa hora las tiendas todavía están cerradas. Empieza a llover. Una lluvia intensa y opaca. El cielo amplio y claro de ayer se presenta ahora encapotado, con nubes gruesas y un aire áspero y húmedo. Primero de mayo. Vuelve sobre sus pasos. Dos de sus compañeros de piso están despiertos. Tienen resaca y están fumando en la cocina. Se prepara una taza de té y pasa un rato con ellos. Habla y oye su propia voz mientras conversa. Se ríe. Les cuenta la historia de aquel domingo en Carnlough y la comunión. Se ríen a coro. Vuelve a su habitación. A las 11:11 se toma los comprimidos restantes. El sabor amargo y la textura como de tiza debajo de la lengua. A las 11:21 prácticamente no se han disuelto. Le duele la mandíbula de intentar mantener la boca y la lengua quietas. Se espera hasta las 11:25 mirando cómo transcurren los minutos en la pantalla del móvil. 11:30. Tiene que ser suficiente. Se traga lo que queda con agua de la botella. Ahora no puede salir. Se supone que empieza a hacer efecto dentro de dos horas, aunque también puede tardar cinco. O más, en algunos casos. Enciende el portátil y entra en la web. Vuelve a leer la información por si hubiera pasado algo por alto. A continuación, elimina de nuevo el historial de búsqueda: borrar historial, restablecer páginas más visitadas, borrar todos los datos de navegación.

Espera a que la invada el sentimiento de culpa, el arrepentimiento. Pero no sucede. ¿Cómo está? Analiza sus sentimientos. Asustada, sí. Muy asustada. Ha eliminado el historial de búsqueda diecisiete o dieciocho veces. No obstante, saben cómo descubrirte y, en algún lugar de internet, grabado a fuego para siempre, aparece su nombre, su dirección y su cuenta de PayPal: en definitiva, sus actos han dejado huella. Cuándo, dónde y cómo. Podría acabar en la cárcel de por vida. Ella y cualquiera que la hubiera ayudado. Por eso está asustada. ¿Qué más siente? Tristeza. Quiere tener hijos más adelante. Quiere temblar de emoción al ver cómo aparece la rayita, observar, semana tras semana, cómo crece. Quiere

quererlo. Pero no de este modo. Se sorprende a sí misma, además, sintiéndose aliviada. Una sensación inmensa e increíble de alivio: está haciendo lo correcto.

Le baja la regla. La mancha inicial en el papel higiénico y, a continuación, las primeras cálidas gotas de sangre le producen tal alivio (y tristeza y miedo) que se echa a llorar. Se ha comprado compresas superabsorbentes en lugar de los tampones habituales y el cosquilleo que siente entre las piernas le recuerda a su primera menstruación, a correr a refugiarse en el regazo de su madre, sollozando y sintiéndose demasiado grande para estar ahí. Ahora ya es irrevocable: todo se ha perdido. Cambia tu manera de pensar. Se recordará a sí misma que el sangrado y los calambres pueden ser más intensos que de costumbre, que puede haber más coágulos. El manchado se puede prolongar hasta tres semanas. En la mayoría de los casos, entre cuatro y seis semanas después del final del sangrado, vuelves a menstruar con normalidad. Se lo repetirá una y otra vez, como una letanía, como una oración. Será una de las afortunadas. Lo será. Lo será.

La gente te lo dice todo

Estaba de copas con Rachel Trabajo en un bar diminuto que hay muy cerca de la oficina. Técnicamente, aunque ella no lo supiera, eran copas de cumpleaños. Es más, la idea era no decírselo para evitar una situación comprometida, por lo que esperaba no pasarme de la raya y acabar confesando empujada por el alcohol.

Además, tenía que acordarme de llamarla *Rachel* o *Rach* en lugar de *Rachel Trabajo*, que es como tenía su número guardado en el móvil. No sabía cómo se apellidaba. En las direcciones personales del sistema de correo de la oficina solo se utilizaba el nombre, igual que en la página web: *Rachel, Ben, Dmitri, Alex, Paola*, y una foto poco convencional de cada uno, practicando *rafting* en aguas bravas, moviendo el *hula-hoop* o bailando en un festival con la cara pintada de colores. En su foto, Rachel debía de estar en un baile de máscaras, o en un Secret Cinema, medio rostro oculto tras una máscara dorada con plumas rojas, lanzando un extravagante beso con los labios color carmín intenso a quienquiera que le estuviera haciendo la foto. Esa persona no parecía Rachel. Mejor dicho, no parecía la Rachel Trabajo que yo conocía, y por ahí debían de ir los tiros. Al fin y al cabo, trabajábamos en una agencia creativa.

Según Rachel, el segundo cóctel no estaba tan rico como el primero. «Lo siento, este local tenía buenas críticas en internet. Creo que soy demasiado mayor para venir a Shoreditch», dijo, y ambas nos reímos. Sin embargo, por el comentario me di cuenta de que no sabía su edad. ¿Cinco años mayor que yo? ¿Diez? Lucía una media melena asimétrica rubio platino y, detrás de las gafas negras y cuadradas, se le dibujaban arrugas alrededor de los ojos. Aunque puede que fuera porque se reía mucho.

«Un brindis por ser demasiado viejas para Shoreditch», dije, y chocamos las copas y apuramos de un trago los restos del *gin lo que fuera* que había elegido.

Es tu cumpleaños, me dije a mí misma, ¿qué más da? No es un día importante, solo es un día más. El sábado iba a quedar para tomar algo con amigos de la universidad, y mi madre, mi padre y mi abuela me habían enviado tarjetas de felicitación. Mi madre me había enviado además una falda de GAP cuatro tallas demasiado grande. Se acordaba de que el tallaje estadounidense era diferente y que había que sumarle o restarle dos números, y había hecho el cálculo al revés. Estuve a punto de contárselo a Rachel para reírnos juntas, pero entonces caí en la cuenta de que no podía hacerlo.

Dejé la copa sobre la mesa.

—¿Les damos otra oportunidad? —preguntó Rachel.

—Por qué no —contesté, y se levantó para pedir en la barra.

Hacía un rato me había vibrado el móvil en el bolsillo. Me esforcé por no pensar en ello. Debía de ser él, por fin, pensé. Por fin, por fin, por fin. Pero no era él, claro, solo era mi hermano.

Conall me felicitaba por mi cumpleaños y me enviaba una foto de David y él, con las caras espachurradas una contra la otra, sonrientes, sosteniendo copas de champán.

¡Gracias, chicos!, y una ristra de emojis de botellas de champán y corazones.

Es culpa tuya, respondió Conall inmediatamente con un emoji guiñando el ojo.

Ellos cumplían veintiún años juntos. Se conocieron en mi vigésimo primer cumpleaños, en una fiesta con mucho alcohol organizada a salto de mata por los que eran mis compañeros de piso en ese momento. Les horrorizaba que no tuviera ningún plan mejor para celebrarlo. A diferencia de Irlanda del Norte, donde solo importa cumplir los dieciocho, los ingleses daban mucha importancia a los veintiuno. Invitaron a todos los que pensaron que podrían estar libres un lunes de mayo cualquiera y, por suerte para Conall, David no tenía otros planes.

Y aquí estamos de nuevo, otro lunes de mayo. Cosas que pasan. Mi madre, que algo se olía, pero no lo sabía seguro, no paraba de decírmelo: el día menos pensado conocerás al amor de tu vida.

Observé a Rachel en la barra, intentando comunicarse con el camarero, gesticulando y apuntando a la carta, hasta que el chico se dio por vencido y levantó las manos: me rindo, tú ganas.

Lanzó la botella de alcohol al aire y luego la recogió con el antebrazo, vertió un chorro en la coctelera desde cierta altura y después la volteó y la agitó. Le guiñó un ojo a Rachel, a lo cual ella respondió meneando la cabeza mientras se reía.

Deseé de repente que la tarde pasara rápido. En cuanto se terminase sin saber nada de él, podría estar segura de que ya no se pondría en contacto conmigo.

Entré a trabajar en la agencia para cubrir una baja de maternidad. Fue el contrato laboral más largo que había tenido desde que dejé tan abruptamente el archivo de historia oral. Era una consultora joven con un gran potencial de crecimiento y, si jugaba bien mis cartas, o si como mínimo no las jugaba mal, tenía opciones de conseguir un empleo a jornada completa. Ese era el plan, o eso es lo que le conté a mi madre:

Hemos generado en el cliente final un sentimiento de pertenencia con respecto a un servicio dinámico, hemos sabido captar la confianza en el cambio e involucramos al público por medio de experiencias de marca en las que puede participar. Historias inventadas, rodeadas de una cortina de humo tejida de palabrería. Todo lo contrario que en el archivo, donde escuchábamos meticulosamente, transcribíamos y anotábamos cualquier vacilación, cualquier pausa, incluidos los tartamudeos y hasta las incongruencias. También era todo lo contrario a mi tesis de máster, que trataba de certezas e incertidumbres en los trabajos de Szymborska y Milosz para cuya investigación, puesto que no entiendo el polaco, había tenido que lidiar con un sinnúmero de traducciones, una miríada de posibilidades que se abría con cada elección de palabras.

No había logrado que ni mis padres, perplejos, ni mis amigos comprendieran por qué decidí escribir sobre poetas de países en los que no había estado y cuyo idioma no entendía. Puede que no hubiera sido capaz ni de explicármelo a mí misma. Sin embargo, más tarde, brevemente, todo cobró sentido. Me aferraba a ello cuando lo demás parecía imposible, cuando mis amigos me decían que era una estúpida; al cabo de un tiempo agotaron las maneras de decírmelo.

El alivio arrollador de recibir una notificación en el móvil y leer su nombre.

Dos años de mi vida. Un trabajo que me encantaba.

Veintisiete.

Mi mejor amiga de la universidad, que se había aficionado al tarot y las cartas astrales, me dijo que veintisiete era la edad de nuestro retorno de Saturno. El retorno de Saturno de una persona se produce cuando ese planeta regresa a la posición de origen de su carta natal. Nos volvemos a ver las caras. Ya no eres una cría. Al parecer, esto marca la tónica del resto de tu vida. O algo así. Podría marcharme de Londres, pensé. Volver a casa. Pero cada vez que se me pasaba por la cabeza, me imaginaba a mí misma bajando del avión con el cielo encapotado con el valle entre colinas de telón de fondo; el aroma tan particular de casa de mis padres, que siempre, sin falta, me provocaba una inexplicable punzada, como si, una vez más, regresara del colegio con deberes por hacer y me recibieran el olor de cebolla frita y patata hervida y las hojas mojadas y los hayucos aplastados sobre el felpudo en el porche trasero, y pensaba en los amigos del colegio con sus carritos infantiles en Belmont Park, sus pulcros Corsas y Peugeots con el adhesivo de «Bebé a bordo» y, en conjunto, sencillamente me parecía que ya era demasiado tarde para todo.

—¡A tu salud, bonita! —Rachel había vuelto de la barra con otras dos

copas. Me esforcé para que mi respuesta sonara alegre—. Esto es un Martini Oolong, lleva leche *oolong* de Taiwán, licor de cacao, mezcal plata y aquafaba en lugar de clara de huevo. ¿Qué te parece?

Di un sorbo de espuma. A pesar de la lista de ingredientes, no estaba mal.

—Pues... la verdad es que está rico. —Ella sonrió.

—El barman insistió en que debía llevar clara de huevo, pero... ¿hola? ¿Y los veganos? Así que le he pedido que lo hiciera con aquafaba y que no lo agitara demasiado para que no se pusiera viscoso.

—¿Eres vegana? —pregunté—. No sabía que fueras vegana.

—Pues claro que lo sabías.

Repasé los almuerzos juntas, sentadas en el banco que hay junto al eucalipto. Mi táper de cualquier tipo de pasta con sobras o el socorrido *bap* de queso y pepino contra las elaboradas ensaladas que ella traía y que insistía en compartir conmigo, los untables caseros de batata y remolacha y el jarabe de granada. El capuchino con leche de coco que se pedía en la cafetería pija de turno contra el café americano con un toque de leche que me tomaba yo o el café con leche en taza grande de toda la vida.

—Ah, sí. Supongo que sí.

Ella se rio.

Tomamos un sorbo en silencio. Ya habíamos repasado nuestro limitado repertorio de chascarrillos sobre el trabajo y ahora no hacíamos más que divagar, a pesar de contar con la ayuda del Martini Oolong.

—¿Así que correrás la maratón de Berlín? —pregunté, aunque ya habíamos hablado de ello cuando Rachel dijo que estas iban a ser las últimas copas antes de empezar a entrenar en serio la semana que viene —. Yo me apunto, pero como animadora.

—Cariño, ¿y por qué no te apuntas a correr? —replicó—. Alex también va. Y Dmitri, si no me equivoco. Podríamos entrenar juntos, sería divertido.

—Que no te sepa mal, pero odio correr —contesté. Rachel echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada—. No, en serio, todavía me persiguen los recuerdos postraumáticos de una vez que me obligaron a correr a campo través bajo la lluvia por Cairnburn.

—Cuando hablas de tu casa se te marca más el acento —observó.

—Ah, ¿sí?

—Ya te digo.

—Pues vaya —contesté, mientras intentaba pensar en algo gracioso que decir, pero fue en vano—. Es la *millie* poligonera que hay en mí —acerté a decir, y Rachel sonrió y meneó la cabeza.

—¿La qué? No lo pillo.

Pero no me quedaban fuerzas para explicarme.

—Nada, no me hagas caso.

—En serio, me encantan esas expresiones tan de Belfast que intercalas a veces, son graciosas. Me encantaría visitar Belfast —dijo Rachel—. Puede que algún día me lleves.

—Ajá. Puede...

Otro silencio.

—Perdona —proseguí—, es que...

—Tranquila, cielo —dijo Rachel, y me estrujó la mano. Sentí asomar a mis ojos lágrimas, cálidas y traicioneras—. Puedes contarme todo lo que quieras.

En la carpeta de borradores de la cuenta de correo tenía guardado un mensaje para mi yo futuro. Lo escribí la pasada Nochebuena. Mejor dicho, pensé, técnicamente fue el día de Navidad. Me prometió que después de las fiestas navideñas se lo contaría todo y cortaría con ella. Pero primero quería dejar pasar las Navidades. Volaron a Breslavia el día 21 y yo me vine a Belfast al día siguiente y, aunque apenas habían transcurrido cuatro días —tres, en realidad— sin saber nada de él, entre el avión y la distancia, me parecía mucho más tiempo.

En Polonia, el festivo principal es la Nochebuena. Por la tarde, se decora el árbol de Navidad y, cuando aparece la primera estrella en el firmamento, *Gwiazdka*, la estrellita, enciendes las luces del árbol y entonces empieza la Navidad. Acto seguido, la ristra de parientes disfruta de una cena compuesta de doce platos con una carpa entera en el centro de la mesa. Al terminar, llega la hora de los regalos y después se acude a la misa de medianoche. El día siguiente, Navidad, es festivo; sin embargo, no se hace nada especial. Se parece a nuestro San Esteban.

Para mí, el día más importante siempre había sido la Nochebuena, por los preparativos, la emoción, la casa llena de secretos, el recogimiento... Estaba segura de que encontraría un momento para enviarme un mensaje, aunque fuera un simple *Feliz Nochebuena*. Busqué a qué hora anochecía en Breslavia: a las cuatro menos doce minutos. A esa hora, todos los sobrinitos se pondrían a observar el cielo con fervor, cada uno de ellos intentando a toda costa ser el primero en ver la estrella y anunciar que la Navidad había empezado. Sabía que me escribiría en ese momento.

Esa mañana me acerqué al centro a hacer recados de última hora para mi madre, como comprar queso pijo y galletas para los vecinos que vinieran de visita, y más rollos de papel de regalo. Nada que no se

pudiera comprar en el barrio, pero siempre me ha gustado coger el autobús casi vacío que lleva al centro y pasearme por las calles adornadas, ver delante del Ayuntamiento al grupo de góticos que se niegan a celebrar las fiestas, o a los vendedores de mecheros de mi infancia. Ahora que la gente no necesita cinco mecheros por una libra, se han pasado a la venta de gorros de Papá Noel con lucecitas, cuernos de reno y espumillón. Los abedules de Donegall Place, desnudos y esbeltos, se alzaban hacia el cielo límpido, como quien está esperando algo. Pasé también por Corn Market, donde solía haber una tarima y un viejo ajado, equipado de megáfono y pancartas, que se dedicaba a anunciar el fin del mundo, aunque no se sabía si además hablaba de los *medios* o los *miedos*. Esa fría y pálida mañana del 24 de diciembre había amanecido con las colinas de color gris acero y la ciudad ensimismada. Las gaviotas de la ría volaban en círculos y se posaban en las farolas, desplegando y replegando sus desdeñosas alas, transmitiendo la sensación de que, a pesar de su naturaleza, ellas también estaban a la espera.

Un río oculto discurría a lo largo de High Street; antaño lo conocía, no podía evitar sentirlo bajo los pies, parecía que me arrastraba hacia el este, y siempre terminaba mi paseo resiguiendo su recorrido por Albert Clock y después hacia Custom House Square, donde el cauce desembocaba en el Lagan. Antes de volver sobre mis pasos para dirigirme a la parada del autobús de regreso a casa, me detuve unos instantes a escuchar los villancicos que cantaban delante de los edificios Mayfair. Mientras entonaban las primeras trémulas estrofas de *O Little Town of Bethlehem*, la sensación de que estaba a punto de pasar algo se iba intensificando, hasta la impresión de resultarme casi insoportable.

Él no había estado nunca en Belfast. O no como es debido. Por la despedida de soltero de un amigo, había cogido un avión para recorrer la ruta de *Juego de tronos* y se ve que no había parado de llover. Me lo dijo poniendo los ojos en blanco y riéndose y, aunque suelo ser la primera en criticar el lugar y lo provinciano que puede llegar a ser, y siempre que vengo suelo tener inmediatamente ganas de marcharme, su chascarrillo me sentó como una puñalada.

Belfast ya no me pertenecía. Sin embargo, aunque hiciera tantos años que me había marchado —ya no sabría recomendar bares para tomar algo y las líneas de autobús han cambiado por completo—, seguía formando parte de mí. Y cuánto llegaba a desearlo en aquel momento. No en sentido abstracto, ni en un futuro indefinido, sino justo allí, a mi lado, en Corn Market el día de Nochebuena. Quería que viera la ciudad, que recorriera sus calles junto a mí, y pensé: quiero que lo sepas.

Cuando los cantores hicieron una pausa para pasar de página, saqué

el móvil y escribí el principio de un caótico y enrevesado correo electrónico que seguí redactando durante el día, en el autobús de vuelta a casa, delante de la chimenea, mientras veíamos *¡Qué bello es vivir!* como manda la tradición familiar, antes y después de las cuatro menos doce minutos y durante la noche, mientras Conall y David discutían en broma sobre la mejor manera de preparar café irlandés, e incluso más tarde, en la cama individual de mi habitación, del pomo de cuya puerta todavía colgaba el calcetín de Papá Noel de cuando era niña. Sin embargo, a medida que se hacía de noche y seguía sin saber nada de él, tomé la decisión de no enviárselo. En cambio, en el instante en que Nochebuena se convierte en Navidad, de 00:00 a 00:01, lo que sí hice fue escribirme a mí misma un mensaje para leerlo cuando llegara el momento, cuando más lo necesitara o cuando no pudiera seguir fingiendo.

Me aliviaba y me resultaba agotador al mismo tiempo pensar que todavía no había llegado a ese punto.

—Creo que estás lista —sentenció Rachel—. ¿Quieres saber cuál es mi teoría?

Hacía días que me hablaba de su teoría sin revelarme en qué consistía. Decía que se forraría si escribiera un libro de autoayuda, porque la teoría era simple y perfecta.

—¡Cuéntamela! —contesté.

—De acuerdo, vamos allá.

Dio un gran trago y apartó la copa. Después también apartó la vela.

—La gente —enunció— te lo dice todo.

—La gente... —repetí.

—Sí, te lo dice todo. Te dan toda la información que necesitas. Directamente. Sin que se la hayas pedido.

—Vale.

—Piénsalo. Acuérdate del día en que conociste a alguien, quien sea. Qué te dice esa persona. Te dirá lo que necesites oír. La relación entera está ahí, tú solo tienes que elegir si quieres escucharla o no.

—Ajá.

—¿A que sí? —concluyó, mientras se reclinaba en el respaldo con aire de satisfacción.

—A ver, un momento.

Primera semana en el archivo, pero él no estaba. Había ido a una conferencia o algo así. El jueves por la tarde, los otros tres miembros del equipo y yo nos reunimos con él en Toynbee Hall, donde había una inauguración y daban bebidas y el acto se había ido trasladando hacia el patio del edificio. Le gorreé un cigarrillo mentolado a una chica que no

conocía y entonces me di cuenta de que estaba allí, junto a mí, mirando cómo fumaba. Le pregunté si quería una calada y contestó...

Cerré los ojos para concentrarme.

Contestó...

—No debería. Hace un par de años que dejé de fumar. —Y entonces me quita el cigarrillo de entre los dedos—. Venga, una caladita. —Y añade algo parecido a: Eres una mala influencia o Soy muy facilón.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Rachel.

Abrí los ojos. De repente, me di cuenta de lo ruidoso que era el local. No sabía si estaba un poco borracha o simplemente cansada.

—Estaba poniendo a prueba tu teoría —respondí—, recordando situaciones en detalle.

—¿Y? —preguntó.

—Pues... no sé, puede que tengas razón. —E intenté forzar una sonrisa.

Debatimos sobre Szymborska y Milosz, y me preguntó, como todos, por qué había decidido escribir sobre poetas polacos si había tantos buenos poetas en Irlanda.

En aquella ocasión, no sé por qué, dije la verdad.

—No lo sé. A lo mejor la suerte lleva años jugando conmigo. O a lo mejor es que tengo alma polaca —añadí con un tono extravagante para que pudiera reírse, si le apetecía. Pero no se rio.

—Creo que los polacos y los irlandeses son almas gemelas —respondió.

Acto seguido, gorreamos otro cigarrillo y nos lo fumamos a medias, y nos quedamos en el patio a pesar de la lluvia.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste la primera vez que nos vimos? —preguntó Rachel.

—Sí —contesté, aunque solo lo recordaba vagamente—. Fue en el parque del cementerio.

—Exacto.

Era lo único que recordaba. Creo que yo andaba en busca de un banco para sentarme a almorzar, pero no quedaba ninguno libre y el césped estaba mojado. Después de dar un par de vueltas —sí, así sucedió—, oí que alguien me llamaba desde cerca del eucalipto.

—Me dijiste que me podía sentar en tu banco —añadí yo—. Me reconociste porque era la sustituta de Paola.

—Sí —respondió sonriendo—. Y te sentaste. Había llovido por la mañana y las hojas de eucalipto desprendían ese perfume dulce y fresco tan característico y tú inspiraste profundamente, estiraste los brazos y dijiste: «Huele a nuevo, como si pudieras volver a empezar de cero». Y

chocamos los tenedores en un brindis por los nuevos comienzos.

—Sí, estaba decidida a conseguir que el trabajo en la agencia saliera bien, a ser sociable, de trato fácil... Una versión mejorada de mí misma.

De repente me sentí indescriptiblemente triste.

Rachel acercó una mano a mi rostro y me tocó la mejilla.

—¿Rach? —titubeé.

—Te pones colorada —dijo ella. Me alisó el flequillo, me colocó detrás de la oreja un mechón que sobresalía y yo no sabía qué responder. Me volvió a acariciar la mejilla, hacia arriba, con el dorso de los dedos, y después hacia abajo, con las yemas—. Eres guapísima.

Mi corazón se detuvo unos instantes y, a continuación, empezó a latir desbocado.

—Un momento —repuse, mientras sentía que se apoderaba de mí una combinación de pánico y asco que no iba contra ella exactamente, sino contra todo aquello, contra el jaleo que estaba armando yo sola en mi vida.

—Qué más da, cielo —me tranquilizó—, esto es Shoreditch, a nadie le importa una mierda.

—No, si no es eso. —E incluso antes de terminar la frase ella ya sabía lo que iba a decir.

—Ah —exclamó, mientras retiraba la mano. Y después—: ¿En serio? Aaah, joder.

—Lo siento mucho, Rachel. Lo siento.

—Pero, espera un momento... —empezó la frase, se detuvo, se rio y meneó la cabeza—. Vale. Vale, vale.

—No era mi intención... —titubeé—. No pretendía que...

—Pero, entonces... —vaciló un instante—. Hace ¿cuánto? ¿Un mes? Que quedamos cada día para almorzar.

Entonces se hizo un silencio largo y terrible.

—Mira —dijo al cabo de un rato, apurando de un sorbo lo que le quedaba en la copa—, será mejor olvidar el tema. Ya pago yo la bebida.

—Ni hablar —protesté, sin convicción ni sinceridad, mientras se disponía a ir a la barra.

Los retretes eran tazas metálicas de borde fino sin asiento. Me apoyé contra el panel separador y me deslicé hacia abajo hasta quedar en cuclillas, preguntándome si tenía ganas de vomitar o no.

Tu retorno de Saturno, dijo mi mejor amiga, hará que parezca que siembras el caos por donde pases. Como el rey Midas, pero al revés: todo lo que toques se convertirá en mierda. Sentía vértigo. Intenté concentrarme en mi respiración y en ignorar al mismo tiempo el olor

punzante de lejía y orina.

El móvil vibró en mi bolsillo. Volvió a vibrar. Cerré los ojos y rogué precariamente a Dios, o a Saturno, o a quien fuera.

RACHEL TRABAJO
Venga, cariño

RACHEL TRABAJO
Deja de darle vueltas

RACHEL TRABAJO
Todo se arreglará

No era él. No era él. No era él.

Se me pasó por la cabeza tirar el móvil por el retrete para que nadie pudiera escribirme o pasar de escribirme nunca más. Sin embargo, lo que hice fue deslizar las notificaciones de los mensajes de ella y buscar su nombre en la lista. Abrí nuestra conversación.

¿Te puedo llamar solo con la fuerza de la nostalgia? La respuesta siempre era negativa, pero eso no parecía disuadirme.

Había días en que, por cualquier motivo absurdo como la inclinación de los rayos del sol o la ausencia de nubes en el cielo, estaba completamente segura de que me escribiría. Me diría: «Te he echado mucho de menos durante los últimos meses, ahora sé que lo único que quiero es estar contigo». Me pasaba el día mirando el móvil hasta la noche, cuando empezaba a darme cuenta de que me había equivocado. Pero ¿por qué? No tenía ningún sentido.

Necesito más tiempo, solía decir. Necesito más tiempo.

Hoy era uno de esos días. Estaba convencida de que recibiría un mensaje suyo. Mi cumpleaños, por un extraño capricho, coincidía con lo que en Polonia llaman *imieniny*: la celebración de la onomástica, del santo que lleva tu nombre. «Es muy especial», me dijo cuando se dio cuenta. «Significa que eres muy especial.» Durante un tiempo me lo creí. O, como mínimo, me creí que era especial para él.

La gente te lo dice todo. Puede que fuera verdad o puede que no. Puede que la gente ya te lo haya dicho todo o puede que no lo haga jamás.

Repasé nuestra conversación. *Sé que las aves lo saben / las vi escribiendo en el cielo / abiertamente y sin pudor / el nombre con el que llamo a mi amor*.

Precioso, le contesté yo, como una tonta. Regresé al momento presente de la conversación.

La aplicación de mensajería revelaba si la otra persona estaba conectada o si estaba escribiendo. En dos ocasiones después de haber cortado y haberme marchado del archivo lo había visto «Escribiendo… Escribiendo…» y mi cuerpo se había licuado al momento fruto del alivio y del deseo. Pero nunca recibí ningún mensaje. Estos días me había prohibido a mí misma entrar a mirar y él ya no me aparecía nunca conectado.

Ya no estás, pensé intensamente con la mirada clavada en el móvil. Y luego: nunca estuviste, al fin y al cabo.

Esa idea me produjo un alivio inesperado. Fue liberador. Arrastré la pantalla de la conversación hacia la izquierda y abrí el menú. «Eliminar conversación». ¿Estás segura?, me preguntó el móvil. ¿No prefieres «Archivar» la conversación? Volví a seleccionar «Eliminar conversación.» y, al cabo de un segundo, sin más, todo había desaparecido.

Rachel me estaba esperando cerca de la puerta de los lavabos. Se me pasó por la cabeza fingir que no la había visto.

—Dios mío —dije.

—Venga, vámonos.

La seguí por el local, que ahora estaba lleno de gente. Subimos las escaleras y salimos a la noche de Shoreditch, a la basura por la calle, los grafitis y las luces de neón, el taller de bicicletas transformado en bar por las noches, las cadenas de bombillas y las guirnaldas, los remolques Airstream aparcados en plazas de coches funcionando como *foodtrucks*. Delante de los bares, hamacas plegables dispuestas sobre parcelas de césped artificial desgastado. Los plátanos intermitentes, enormes y moteados, recién podados, tan ajenos si los miras con atención, listos para desarrollar de nuevo brotes verdes. Y el cielo: ese azul oscuro profundo de mediados de mayo; todavía no ha anochecido, pero poco le falta.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Después de lo que llamamos crepúsculo —divagué—, que técnicamente es el crepúsculo civil, vienen el crepúsculo náutico y el astronómico. Hay latitudes en que, en algunos momentos del año, incluso aquí en Londres durante algunas semanas de mayo y junio, debido al solapamiento de los crepúsculos, se puede decir que no hay noche. Y esta es una de esas noches.

—¿Estás muy borracha?

—No es eso —respondí—. Es decir, estoy borracha, pero eso no importa. Es que yo… —dije, sabiendo que le debía una explicación, pero

no me veía capaz de pronunciarla en voz alta. No porque le pudiera parecer penosa o porque me dejara a mí como una ingenua. No me quería arriesgar a que alguien de la agencia supiera que había renunciado a mi trabajo anterior después de haberme enrollado con el jefe casado.

Visto con más perspectiva, no éramos más que un conjunto de lugares comunes. Eso es lo que solíamos decir mi mejor amiga y yo, hasta que dejamos de hablarnos.

El dolor al fondo de la garganta. La agotadora soledad constante.

—Es que yo... —repetí.

—No, escúchame —me cortó Rachel—. Es culpa mía. Creo que, de algún modo... —se detuvo—. Lo siento mucho.

—Que no, en serio.

Observamos el Shoreditch nocturno. Las parejas, las pandillas de chicas del bracete, o abrazadas, caminando por la acera o por la calle, provocando los pitidos y las broncas de los numerosos repartidores de Deliveroo que pasaban zumbando. Un vagabundo con un perro de tres patas atado a una cuerda pedía limosna acercando un vaso de cartón a los transeúntes. La mayoría lo ignoraba. Cuando pasó junto a nosotras, Rachel abrió la cartera y le dio un billete de diez.

—Toma, amigo —le dijo.

—Gracias —respondió el hombre—. Gracias, cariño.

Rachel se inclinó para rascarle la cabeza al perro.

—¡Hola, guapo! —Se incorporó—. Bonito perro. Buenas noches y cuidaos... los dos.

—Lo mismo digo. Que Dios os bendiga.

Rachel era buena persona.

Nos quedamos ahí un rato más.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dije.

—Sí. Pregunta.

—¿Qué consejo le darías a tu «yo» de veintisiete años? —La pregunta me rechinaba incluso a mí.

Rachel arqueó una ceja. Detecté un punto de decepción, aunque al mismo tiempo la pregunta le debió causar cierta diversión.

—Veintisiete, ¿eh? —repuso ella. Me empleé a fondo para no añadir «Sí, desde hoy».

Suspiró. A la luz anaranjada de las farolas me pareció todavía más mayor de lo que pensaba. Me di cuenta de que podía tener cuarenta años fácilmente. A estas alturas todo podía ser.

—Si algo no funciona —dijo—, una cita, un encuentro, no tiene por qué ser culpa tuya. Puede que no sea culpa de nadie.

—Ajá —respondí.

—También diría: no tengas prisa en entregarte solo porque alguien haya demostrado un mínimo de interés.

Hizo una pausa. Esperé a que continuara, pero no lo hizo. Los taxis negros circulaban por delante del hotel con encanto que había al final de la calle. Rachel levantó el brazo.

—Te voy a parar un taxi —dijo—. Quiero asegurarme de que llegues bien a casa.

—Prefiero caminar.

Suspiró.

—¿Por dónde vives? —me preguntó.

—Weavers Fields.

—Vale. Vayamos para allá.

—No te preocupes —le dije—. Estoy bien. De verdad.

—Si te pasara algo, me sentiría responsable. Te acompaño. Eso sí, puede que por el camino tengamos que parar a comprar un falafel o lo que sea.

—Faltaría más —contesté—. Si nos pilla de camino, podemos ir a ese sitio de Brick Lane, el que está cerca de las arcadas del ferrocarril.

Había cola en la puerta de Damascu Bite. Esperamos nuestro turno para hacer el pedido apoyadas en la pared; en el ambiente, el aroma a *shisha* de manzana y la emisora de radio siria que el dueño tenía encendida a todas horas.

—Oye, que quede claro—dijo Rachel—. No quiero que te sientas rara en el trabajo, ¿vale? ¿Me lo prometes?

—Pero si no sé ni cómo te llamas —repliqué. Me reí, pero solo a medias.

Me miró.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Tu apellido —contesté—. Tu nombre real completo. En mi teléfono te llamas Rachel Trabajo.

Ahora le tocaba a ella reírse a medias.

—Vale.

—Vale —repetí yo.

Pasamos un rato en silencio. El dueño cortaba tiras de carne de *shawarma* y doraba lonchas de *halloumi* en la plancha, agitaba el asa del cesto de la freidora y anunciaba los pedidos que estaban listos, todo ello en una especie de baile. Después del siguiente, ya nos tocaba a nosotras.

—¿Rollo de falafel con todo? —me preguntó Rachel.

—Sí, gracias —respondí, y me di cuenta de que me apetecía mucho, porque hacía bastante que no comía más que ensaladitas veganas (por

supuesto) haciendo ver que me gustaban—. Pago yo, es lo mínimo que puedo hacer.

—De acuerdo, gracias. —Y añadió—: Eleanor Anastasia Rachel Cooke.

—¿Qué? —pregunté.

—Ya sabes cómo me llamo.

—¿Eleanor... *Anastasia*?

—Eleanor Anastasia Rachel Cooke.

—¿Por qué te presentas como Rachel?

—Siempre he odiado mi nombre. —Se encogió de hombros—. Me parecía tan... ostentoso. Tan extravagante. Cuando empecé el instituto decidí que sería solamente Rachel.

—Pero Eleanor es bonito. ¡Y Anastasia! Bueno, a ver... no quiero decir que Rachel no sea bonito, solo que...

Rachel me miró. Su expresión burlona y divertida, con los ojos entornados, de repente me resultó familiar.

—Perdona —y me disculpo en serio.

—Vamos, chiquilla, que estás borracha. Es hora de ir a casa.

El nombre de las cosas

Estábamos hablando de Monica Lewinsky.

En una de esas vorágines nocturnas de búsquedas en internet, mi amiga había caído en la cuenta de que, cuando pasó todo aquello, la chica apenas tenía veintidós años.

Joder, dije yo.

Ya te digo. Veintidós.

Nos quedamos calladas un buen rato, ausentes, cada una meciendo su carrito. A veces mecía el carrito aun cuando estaba vacío. A veces mecía carritos de la compra.

Acabábamos de salir de la clase de natación para bebés. Treinta minutos acarreando a una criatura mojada, metida en un traje de neopreno, cuya reacción abarca desde la indiferencia perpleja hasta la impotencia aullante, dando vueltas a la piscina del sótano de un hotel y añadiendo frases inventadas a la letra de canciones infantiles de toda la vida. *Había una vez un barquito chiquitito*.

Estábamos junto a la puerta trasera del hotel, listas para despedirnos y seguir cada una por su lado. Los bebés estaban extrañamente tranquilos, como petrificados y ausentes, a diferencia de cómo recuerdo estar yo de niña al salir de natación, aunque también es cierto que, en estas clases, el esfuerzo no lo hacen ellos. Era primavera, pero hacía frío. Mi amiga se metió un pelo suelto bajo el sombrero color amarillo yema de huevo. Los bebés se llevaban un mes justo y ya eran bastante grandes, mientras a nosotras ya nos empezaba a crecer de nuevo el pelo: mechones suaves y rebeldes, y el alivio de saber que se habían terminado las bolas de pelo taponando el desagüe.

Mi amiga dijo que quería llegar a casa para la siesta de su hijo, así que era mejor que se pusiera en marcha.

Veintidós, dije yo. ¿Te acuerdas de tu opinión sobre el tema en ese momento?

Que era tonta, creo.

Sí, yo también.

Cuando teníamos dieciséis y diecisiete años estábamos seguras de que la culpa era de Monica Lewinsky. Recuerdo haber hablado del tema con compañeros de clase en secundaria. Esa zorra estúpida, solíamos decir, guarra y cortita. ¡Y el vestido! El presidente había visitado Belfast unos años antes. Encendió las luces del árbol de Navidad en sustitución de los Power Rangers frente a la multitud exultante reunida en Donegall

Place. Hubo fuegos artificiales. El líder del mundo libre. ¿Acaso Monica Lewinsky no sabía dónde se metía? El presidente tenía una hija de nuestra edad, más o menos; pelo rizado y ortodoncia. Nos daba asco y vergüenza ajena.

Recuerdo a mi madre diciendo que era un hombre carismático, comenté yo.

Es una manera de definirlo, sí.

Eso es.

¿Y sabes que el vestido tan solo era de GAP? Era un simple vestido-camiseta de esos. Color azul del montón.

En cambio, yo me había imaginado un vestido fino de cóctel con plumas de marabú y un escote de escándalo.

Sí, dijo mi amiga. Y no lo lavó para volvérselo a poner porque, según su amiga, no le sentaba bien, la hacía gorda.

Nos entró la risa a las dos y los bebés nos miraron con un gesto de desaprobación.

Te acompaño un rato. Encaré el carrito y nos pusimos en marcha. Ambas llevábamos zapatillas deportivas, aunque las mías estaban más pasadas de moda que las suyas. Hacía años que mi fijación por el calzado poco práctico se había convertido en una broma entre ambas. Recordé lo importantes que me parecieron mis primeros tacones altos, después de años llevando endebles bailarinas. De las baratas, hechas de cartón y piel de imitación. Cuando descubrimos el esmero con el que fabricaban los *brogues* de hombre, nos partimos de risa.

Su autobús estaba a punto de llegar a la parada, así que nos tocó correr. Vente a casa, dijo de pronto, tengo papilla de arroz y compota.

Pero en el autobús ya había un carrito y el máximo permitido eran dos. Nos despedimos muy rápido hasta la semana siguiente con un abrazo de cloro y mejillas frías.

Por supuesto, no íbamos a natación infantil por los niños.

Un minuto más tarde me vibra el móvil: una ristra de emojis que narraba la historia de dos ballenas y dos pececitos separados de manera trágica y abrupta. Al cabo de unos instantes, otro mensaje en que, en un alarde de tacto, sustituía las ballenas por delfines y añadía emojis que lloraban de risa.

No sé cuándo empezamos a comunicarnos solo con emojis, pero estoy casi segura de que coincidió con la maternidad. Era una manera de afirmar lo directas, sinceras y seguras que siempre habíamos sido a la hora de abordar cualquier tema. O puede que fuera la falta de horas de sueño.

Le envié el mismo emoji y después busqué el bol de arroz y la fresa, y

escribí: Disfruta del banquete predigerido.

Ella respondió con el emoji de Edvard Munch y añadió unos besos.

A mí me iba a ser imposible llegar a casa antes de la siesta del bebé, pero si aceleraba el paso me daba tiempo de meterme en una cafetería y pasarme cinco minutos buscando a Monica Lewinski en Google, el tiempo que tardaría él en expresar su indignación porque había dejado de mecer el carrito.

Mientras caminaba, me dio por pensar en cuando teníamos veintipocos. Nos pasamos esos años arreglando el mundo entre sorbos de combinado de Zubrowka y zumo de manzana en fábricas de bolsos reconvertidas en bares, o con una taza de té en la habitación de un piso compartido. Una misma conversación espontánea que parece durar años, que vincula entre sí todos los lugares que compartimos nosotras y nuestros amigos, los alojamientos, las prácticas, las relaciones, las esporádicas reuniones Alpha. Bruselas, París, Londres, Nueva York: ciudades grandes con una iluminación espectacular, pisos compartidos, fracasos emocionales y mercadillos los domingos. Era la vida que habíamos soñado, por lo que, si no éramos felices, la culpa debía de ser nuestra, por no estar a la altura.

Una vez, en una fiesta, estuvimos charlando junto a la hoguera hasta las tantas. Todo el mundo se había ido a dormir y nosotras seguíamos allí, moviendo las sillas de vez en cuando para que nos diera el calor. De repente, nos dimos cuenta de que estábamos rodeadas de rescoldos encendidos; pensamos que debía de ser una metáfora.

Cogí el móvil y desbloqueé la pantalla. Escribí un mensaje mientras iba caminando: ¿Te acuerdas de la hoguera?

Respondió enseguida, antes incluso de que me diera tiempo a enviarle emojis de llamas.

Decía: *Dentro de nada, habrá menos diferencia entre nuestros bebés y nosotras en ese momento, que entre nosotras en ese momento y nosotras ahora*.

Tardé unos instantes en comprender a qué se refería.

Le contesté con el emoji que llora y sonríe y el de Edvard Munch.

De camino a casa me paré a hacer la compra. Me entró el antojo y metí en el cesto todos los ingredientes necesarios para hacer *fifteens*.

Se llaman así porque necesitas quince unidades de cada cosa. Quince galletas digestivas, quince nubes y quince guindas, de las más pegajosas, rojas y artificiales que encuentres. Aplastas las galletas con un rodillo de amasar, cortas por la mitad las guindas y las nubes, lo mezclas todo con una lata de leche condensada, haces un rollo con la masa resultante y lo

espolvoreas con coco rallado. Ni siquiera hace falta cocerlo, con meterlo un rato en la nevera es suficiente. Es una receta ridícula, sin duda. Semejante invento solo puede proceder de un lugar en el que hombres y mujeres adultos son capaces de pedir en una cafetería, con el semblante perfectamente serio, una porción de Lumpy Bumpy para acompañar su taza de té. Un lugar en el que la compostura se puede o se debe perder solo un poco, ni un milímetro más.

Hice *fifteens* en primaria, igual que todo el mundo, y todavía recuerdo a la rechoncha directora pasando el dedo por el borde interior de la lata de leche condensada, regodeándose de placer.

Nos había enseñado caligrafía, y un día entró por sorpresa en el aula para explicarnos las tablas de multiplicar. Llevaba el pelo muy bien recogido y tenía rizos perfectos. Usaba un bastón con la punta de goma con el que a veces daba golpes en el suelo. Una vez, en un Supermac, harta de nuestro comportamiento, mamá casi pierde los estribos; nos amenazó a mis hermanas y a mí diciendo que la directora podía estar a la vuelta de la esquina. Fuimos al pasillo contiguo a ver si era verdad... y allí estaba. La admiré durante años, pero no porque mi madre la hubiera invocado, sino porque era ella, la directora, la que tenía poderes para aparecer donde quisiera.

Hacía años que no pensaba en la directora. Intenté calcular cuántos años tendría ahora. Me di cuenta de que, siguiendo la lógica de mi amiga, yo me encontraba más cerca de su edad de entonces que ella misma. Si es que estaba viva. Se jubiló cuando acabamos primaria. Intenté buscar su obituario en internet, pero no sabía cómo se llamaba. Es más, ¿quién me decía a mí que la mujer no había usado un apellido falso durante toda tu etapa en la enseñanza? No, eso no era posible. Por aquel entonces, las maestras debían renunciar al matrimonio. Seguí buscando en Google. Descubrí a una tal Nell McCafferty de mediados de los setenta; estaba al frente de un pelotón de mujeres que entró por la fuerza en un *pub*. Pidieron treinta copas de brandi y una pinta de Guinness. Cuando el barman se negó a servirle una pinta a una mujer, las demás se bebieron el brandi y se negaron a pagar aduciendo que no se les había servido todo lo que habían pedido. Todavía recuerdo la voz de la directora. Estoy segura de que habría aprobado esa acción.

Cerré la ventanita en el móvil. Era hora de despertar al bebé, que seguía fuera de juego en el pasillo. De lo contrario, no pegaría ojo en toda la noche. Antes de despertarle, corté una esquina de rollo de *fifteens*. Demasiado dulce, por supuesto. Recordé, una vez más, el placer teatral de la directora. Me comí dos o tres trozos más.

El bebé se despertó con una amplia sonrisa, como si verme fuera la cosa más maravillosa del mundo. Lo quiero con locura. Nos pasamos la tarde en la cama; nos mimamos mutuamente, le di de comer y le hice practicar los ejercicios de *tummy time*. Nos divertimos, o me divertí a mí misma, mejor dicho, inventando más letras alternativas de canciones infantiles. *El viajar es un placer que no suele suceder, en el auto de mamá nos iremos a pasear...* El bebé estaba juguetón, balbuceaba y hacía ruiditos divertidos, se reía cuando le daba besos en los deditos de esos pies diminutos, así que grabé un vídeo y lo envié al grupo de la familia. En los últimos meses, desde el nacimiento del bebé, habíamos hablado mucho más que antes y se lo debíamos íntegramente a él.

ooooooohhhh

dijo mi hermana pequeña al cabo de segundos

que monada
dale un besito de su tia preferida

Mi hermana pequeña escribía como una *millennial*, que es lo que era, al fin y al cabo, a diferencia de mí y a pesar de llevarnos apenas cuatro años: una frase por mensaje, prácticamente sin ningún signo ortográfico y siempre en minúsculas. Cuando estaban enfadados, su novio y ella se enviaban ráfagas de mensajes de una sola palabra.

cuando

te

pones

así

eres

un

puto

capullo

Desde la franja horaria que fuera, mi hermana mediana enviaba emojis con ojitos de corazón.

Mamá está escribiendo... decía mi móvil.

Mamá está escribiendo...

No hubo respuesta al vídeo por parte de mi padre. Una o dos veces a la semana se ponía al día de los mensajes recibidos y entonces contestaba como el inmigrante digital que era: un mensaje largo, en bloque, lleno de elisiones y compresiones (*yo tb tk*), vestigio de cuando le tocaba pagar las facturas de todos los móviles de la familia y los mensajes tenían caracteres limitados.

Mamá está escribiendo...

Mamá está escribiendo...

Me acordé de mi primer Nokia y de lo milagroso que parecía en ese momento: un sobrecito indicaba que te había llegado un mensaje nuevo; una ristra de letras fluctuantes que se movían despacio por la pantalla de color verde grisáceo.

Mamá está escribiendo...

Mi madre, fiel a sí misma, acabó enviando un GIF. Hacía poco que los había descubierto y ahora se comunicaba casi exclusivamente mediante GIF animados, aunque a veces no los eligiera correctamente. El que acababa de enviar era de una escena clave de *Flashdance*. A pesar de tener tres hijas, dudo que haya visto la película. La llamé, fruto del subidón del momento.

¿Hola?, dijo, con entonación de sorpresa.

Hola, dije yo, me apetecía llamarte.

Ah, qué bien. Estoy en el aparcamiento del supermercado.

Vaya, lo siento.

No, tranquila, me gusta que me llames. Espera un segundo.

Pausa para acabar de hacer lo que estuviera haciendo. Mi madre nunca me llamaba, decía que era para no molestar. Para no despertar al bebé. Yo, ahora, la llamaba prácticamente cada dos días.

¿Has visto el vídeo? Pregunté cuando volvió a coger el móvil.

Sí, ¿no he contestado? Pensaba que había contestado.

No, sí que has contestado. ¿Has visto *Flashdance*?

¿Qué es *Flashdance*?

Nada, da igual.

Oye, dijo mi madre, risueña, ¿cómo estás?

Bien, contesté. Es un primor, ¿a que sí?

Sí que lo es. Me acuerdo de ti a esa edad, cuando empezaste a gatear. De repente, sin más. El día de Navidad. Todavía no te sentabas erguida, pero ibas directa a por el papel de regalo más brillante.

Se rio. Y añadió:

Nadie te volverá a querer con tanta devoción.

¿Cómo dices?, pregunté

Se pasa volando, dijo. Y ya mucho más escuetamente: He llegado al

coche y ha empezado a llover. Y tendría que preparar la cena.

¿Mamá?

¿Cómo dices? ¿Me oyes?

No, nada, dije.

Sigue enviando fotos y vídeos, nos encanta verle.

Lo haré, contesté.

Mi madre en el aparcamiento del supermercado. Pone el motor en marcha para encender la calefacción. Se espera unos instantes antes de salir del aparcamiento e incorporarse al tráfico del lateral de la carretera en dirección a la circunvalación de Sydenham. Nubarrones espesos cargados de agua sobre las colinas de Hollywood. El trasbordador Stena Line aproximándose a la ría, el mar de Irlanda.

Nadie te volverá a querer con tanta devoción. Ni más ni menos, era lo que había estado pensando yo misma desde el nacimiento de mi hijo. Volví a sentir la punzada de dolor, fruto de la inevitable y necesaria complicación que entraña ese amor. Mi amiga y yo hablábamos del tema prácticamente cada vez que nos veíamos: hoy en día, ¿resultaba más difícil criar a un hijo o una hija? ¿Cómo podíamos evitar cagarla?

¿Qué piensas si te digo Monica Lewinsky?, le pregunté a mi marido esa misma noche.

Era viernes por la noche, nos estábamos tomando una copa de vino, cada uno mirando su móvil.

Mi marido no perdía comba.

Yo nunca, dijo poniendo voz de paleto y sin apartar la vista de la pantalla, he tenido relaciones sexuales con ella.

Pero él sí.

Mi marido me miró.

Pues claro que sí, ¿alguien lo dudaba? Bueno, sí. O eso querían que creyésemos.

Negación plausible.

El vigilabebés agorero, situado entre él y yo, empezó a crepitar. Nos esperamos para ver si era una falsa alarma. No lo era.

Voy yo, dijo mi marido, aunque ya había ido él previamente.

Gracias. Si la paternidad era un setenta por ciento intentar que el bebé se durmiera, un veinte por ciento intentar que permaneciera despierto y un diez por ciento enviarse mensajes con listas de cosas, entonces puede que esto fuera amor verdadero.

Mientras mi marido estaba con el bebé, le envié a mi amiga otro nombre:

Anna Nicole Smith. Nos pasamos la tarde enviándonos nombres la una a la otra. Tonya Harding, Amy Winehouse, Shannen Doherty, Britney Spears. Porque no se trata solo de Monica Lewinsky, sino de todas las demás mujeres que habían sido objeto de burla hasta que, de repente, te das cuenta de que el tema no es como lo pintan. A la que empiezas a buscar en Google, cuesta mucho parar. El hijo de Anna Nicole Smith, Daniel, desconocido para mí hasta ahora, murió en el hospital, mientras visitaba a su madre y a su hermanastra recién nacida. Según el informe toxicológico, había ingerido metadona de la que le habían recetado a su madre, además de otros fármacos. En su funeral, la madre pidió que abrieran el ataúd e intentó meterse dentro, suplicó que la enterrasen con él. El chico tenía veinte años y ella solamente treinta y ocho. Al cabo de pocos meses, murió de sobredosis.

¡Qué buena!, contestó mi amiga. Al cabo de un momento: Jade Godoy.

¡Jade Godoy!, contesté.

Mi amiga envió el emoji de la mano pintándose las uñas.

Quería responder: ¿Cómo puede ser que no lo supiésemos?, pero no se me ocurría qué emoji añadir para que sonara divertido.

Tú lo sabías, yo no. A veces tenía la sensación de que mi vida había girado en torno al eje «Saber» y «No saber». Como si fuera una técnica en lugar de un estado; un escudo de protección, una manera de lidiar con todo. Resulta que existen palabras para referirse a cosas que antes no eran cosas, no éramos conscientes de que fueran cosas, y no lo éramos, porque no conocíamos esas palabras.

¿Te acuerdas de Sinéad O'Connor rasgando la foto del papa?, pregunté cuando volvió mi marido.

Vagamente. No mucho.

Mira, aquí está, lo he encontrado en el móvil.

Había actuado en el programa estadounidense *Saturday Night Live*. En los ensayos había mostrado fotos de niños huérfanos. *Confiamos en la victoria del bien sobre el mal*. Pero cuando actuó en directo, la foto era del papa Juan Pablo II y la rasgó una, dos y tres veces, y luego esparció los trozos. *Lucha contra el verdadero enemigo*, dijo, mirando fijamente a la cámara. El vídeo termina con ella quitándose los auriculares y apagando los cirios que hay encima de una mesa junto a ella.

Volvimos a mirar los veintinueve segundos de vídeo. Y otra vez más. Sin falta, un escalofrío te recorre la columna.

¡Joder, vaya tela!, exclamó mi marido.

Me parece increíble que no lo recuerdes, dije. A lo mejor en Inglaterra no causó tanto revuelo.

Dejé el móvil a un lado y recosté la cabeza en su hombro.

Teníamos once años cuando pasó, dije.

Recuerdo la conmoción que causó. En una entrevista en televisión, un cardenal declaró que la artista estaba empleando el *voodoo* o la «magia simpática» para hacerle daño al papa.

El puro, dijo mi marido al cabo de un rato.

¿El qué?

Es lo otro que recuerdas. O lo que intentas evitar recordar.

Poco después, dijo: Estoy hecho polvo. ¿Por qué no nos vamos a la cama?

Eran las nueve y treinta y cinco, pasaban cinco minutos de la hora a la que nos solíamos acostar. Nos habíamos propuesto ver algo en la tele.

Sí, respondí.

Puso en marcha el lavavajillas mientras yo conectaba el vigilabebés al cargador.

Las cosas de la vida, dije. Hacía poco que habíamos incorporado esa frase a nuestro léxico privado y servía para cualquier cosa.

Lo sé, dijo él, son las nueve y treinta y siete. Vamos.

No podía dormir. Las noches así eran terriblemente crueles. Tu cuerpo exhausto segrega adrenalina, está programado para saltar ante cualquier carraspeo o gemido, se niega a descansar. Volví a buscar a Monica Lewinksy en Google y encontré la foto del vestido en la memoria caché de un enlace de eBay donde estaba a la venta, *No es el traje original lol*, por cien dólares. ¿No hay ningún museo que lo quiera?, comenta alguien en la sección de preguntas. Creo que el auténtico está en el Smithsonian, ¿no?

Observé el vestido, las fotos de Monica ahora, las fotos de Monica en aquel momento. Ni siquiera hacía falta teclear el apellido, internet sabía que era a ella a quien buscabas. Encontré una foto borrosa escaneada de un anuario universitario.

Pensé nuevamente, cómo no, en mí misma en aquel momento. En mí misma con veinticuatro años, veintidós años, diecinueve.

En mi primera semana de universidad dimos el Starr Report. Es más, puede que incluso fuera mi primera clase magistral. El aula estaba llena hasta la bandera, no solo de alumnos de primero sino también de alumnos de segundo y de tercero. El joven profesor era una especie de celebridad en el campus, eso me había quedado claro desde el primer momento, junto con las palabras que usaban los veteranos para referirse al comedor y a la portería del edificio, y a la mujer que —para mi

vergüenza— me hacía la cama y me vaciaba la papelera a diario. Eran palabras que todavía me costaba utilizar porque estaba convencida de que sonarían ridículas pronunciadas con mi acento, saliendo de mi boca.

La clase magistral era del tipo crit. práct., «crítica práctica», lo más nuevo en cuanto a competencias —o conceptos— que debía dominar. Cómo leer entre líneas y analizar un texto. Intenté no pensar en nuestra profesora de bachillerato, tan seria y recién salida de la formación para la docencia. Nos obligaba a explicar por qué Wilfred Owen había decidido utilizar una palabra y no otra. Nosotros nos aguantábamos la risa como podíamos y nos mandábamos notitas.

¿Porque rima?, dije yo cuando me preguntó directamente. Mi tono fue lo bastante sarcástico como para que mis amigos lo captaran, pero a lo mejor ella no.

Esto es una mierda, había susurrado la chica que se sentaba a mi lado. Ese tío está en una trinchera y le están disparando por todos lados. Lo que quiere es dejar el poema por escrito, no le importa en absoluto si usa una palabra u otra o por qué.

El profesor, delgado y anguloso, de presunto pronto fuerte y fama de mente brillante, bajó de la tarima. Empezó a leer en voz alta, paseándose entre los alumnos, mientras esperábamos que nos llegara una copia del dosier que había mandado repartir.

> En un momento determinado, la señorita Lewinsky y el presidente estuvieron hablando a solas en el despacho del jefe de personal. Mientras coqueteaba con él, se levantó la chaqueta por detrás y le enseñó las tiras del tanga, que sobresalían por encima de los pantalones.

Era un fragmento del informe Starr. Alzó la vista, bromeó sobre las distintas palabras con las que el inglés americano y el inglés británico se referían a la ropa interior, e hizo una pausa para las risas. Todo el mundo cumplió, yo misma incluida. Sigue tú, le dijo de repente a un chico de las primeras filas que llevaba gafas de montura fina metálica y que se sonrojó en el acto.

> La señorita Lewinsky, *leyó el chico*, testificó: «Creo que recibió una llamada telefónica... Así que pasamos del vestíbulo al despacho trasero... Me llevó la mano a los pantalones y me estimuló manualmente la zona genital».

De acuerdo con el manual de Haynes con respecto a la relación sexual, dijo, y todos nos reímos de nuevo, aunque yo no sabía qué era el manual de Haynes.

Oigamos de nuevo el fragmento, dijo, y eligió a otra persona.

«Creo que recibió una llamada telefónica... Así que pasamos del vestíbulo al despacho trasero... Me llevó la mano a los pantalones y me estimuló manualmente la zona genital.»

Todavía no me ha quedado claro. Una vez más.

Yo estaba en la tercera o segunda fila, desesperada por evitar llamar su atención. Si me hubiera hecho leer en voz alta o decir mi opinión, me habría quedado en blanco, sin duda alguna, y me habría puesto en ridículo delante de todos.

Tras la cuarta lectura se apiadó de nosotros. O se aburrió, quién sabe.

Las *elipsis*, dijo. ¿Por qué no oigo las elipsis? Las elipsis son lo más importante.

Entonces lo leyó él mismo en voz alta con voz de falsete.

Creo que recibió una llamada telefónica —puntos suspensivos—, *así que pasamos del vestíbulo al despacho trasero* —puntos suspensivos, PUNTOS SUSPENSIVOS—. Querido puritano aturullado que representa a una Monica dignificada, fíjese en esas elipsis OTRA VEZ —puntos suspensivos, puntos suspensivos—. Piense en lo que dicen o en lo que quieren evitar decir.

Mientras intentaba pasar desapercibida, mientras el presidente seguía hablando por teléfono, mientras el profesor se pavoneaba y bromeaba, ella se arrodilló y ejecutó («ejecutó», dijo el profesor, ¿en qué medida se trata de una ejecución y de quién?), ella ejecutó el sexo oral.

Él terminó de hablar y, un momento después, le pidió a la señorita Lewinsky que parase. Según el relato de ella: «Le dije que quería *puntos suspensivos* terminar. Y él dijo *puntos suspensivos* que necesitaba esperar a confiar más en mí. Y entonces creo que bromeó *puntos suspensivos* con que no se lo habían hecho en mucho tiempo».

Bill El Cachondo no ha llegado al final, dijo el profesor, pero igual que él, por ahora hemos terminado con Monica. Aunque puede que nos aceche más adelante.

Y nosotros nos reímos de nuevo: de Monica, con alivio; del tropo (palabra nueva para mí) del marido insatisfecho, y pasamos a Wordsworth.

Al terminar la hora, todos los presentes, incluida yo, aplaudimos con entusiasmo. En mi cabeza, era inconcebible poner la declaración textual sobre una felación junto a los poemas de Wordsworth y leer ambas cosas con esmero y atención equivalentes.

Todavía lo recordaba, después de tantos años. Puntos suspensivos, puntos suspensivos. Lo que se decía y lo que no se decía, y por qué.

Parece ser muy carismático, dijo mi madre. Es una manera de definirlo, amiga mía.

Tenía el informe Starr en el móvil. Al principio, dice: *Cuando ella se le presentó, él le dijo que ya sabía quién era*.

Al menos nosotras...

Empecé a escribirle a mi amiga y el móvil daba saltos prediciendo cada palabra. Eran las dos de la madrugada, pero a su bebé también le estaban saliendo los dientes de leche, por lo que, incluso a estas horas de la noche, o de la mañana, las aspas de la aplicación de mensajería se ponían de color azul al momento.

Al menos nosotras...

Entonces me detuve. Permanecí quieta con el teléfono en la mano durante un rato y me concentré en respirar hasta que logré visualizar cómo mis pulmones se llenaban y se vaciaban de aire. A continuación, borré los caracteres uno a uno.

Ánforas de barro

Se separan en el mostrador de control para que todos tengan la oportunidad de presenciar quiénes son sus compañeros de viaje. Quién sabe, dice el pastor Rick, parece que esto de volver a casa para votar es importante, a lo mejor consigues hacer cambiar de opinión a alguien.

Su asiento está junto a la ventana y el asiento del pasillo lo ocupa una mujer de mediana edad con el pelo lila y gafas de pasta. El asiento del medio está libre, por lo que esa mujer es su única oportunidad. Deja pasar el despegue y se espera a que el avión se estabilice (si tomare las alas de la aurora y habitaré en el extremo del mar, también allí me llevará tu mano y me sostendrá tu diestra) antes de tomar aire y dirigirse a la mujer.

Hola, la saluda. Ve el lateral de la cabeza de Steve a través del hueco de los asientos de la fila de delante y se pregunta si la estará escuchando. Se aclara la voz.

Me preguntaba si tendría usted un momento para hablar sobre su postura acerca del derecho a la vida de los niños nonatos.

La mujer la mira. ¿Lo pregunta por usted?, replica.

Tarda unos instantes en comprender que la mujer se refiere a *ella*.

¡Cielo santo, no!, contesta, aliviada de que Steve no haya oído nada. Soy miembro de una pastoral juvenil, explica rápidamente, y nos dirigimos a Irlanda con el fin de ayudar a convencer a la gente para que la semana que viene tome la decisión correcta.

De acuerdo, dice la mujer. Por un momento parece querer añadir algo más, pero entonces sonríe y dice: Cariño, estoy contigo al cien por cien; se vuelve a poner los auriculares y cierra los ojos. Cuando pasa el carrito de las bebidas, la mujer abre los ojos y pide dos minibotellas de vino; las vierte en una sola copa, a punto de rebosar. Se le ocurre que podría comprobar que la mujer ha aceptado a Jesucristo en su corazón como salvador personal, pero cuando logra reunir el valor para entablar una nueva conversación, el vino se ha terminado y los auriculares vuelven a estar en su sitio.

Despiértame cuando pasen con la comida, le dice la mujer, y se pone un antifaz, y bajo ningún concepto permitas que nadie me moleste por cualquier otro motivo. Ella se limita a contestar con un «Vale».

Las tardes en casa del pastor Warren, practicando.

¿Y qué pasa en caso de violación o incesto?

Ese era el punto fuerte y la mirada de Steve transmitía seguridad mientras hablaba, con los ojos clavados en los de Rebekah. Durante unos instantes, Rebekah no dijo ni mu y los demás aguantamos la respiración. Entonces exhaló aire.

Ambos supuestos, dijo ella, son verdaderamente terribles. Pero ¿acaso merece un niño inocente la pena de muerte por los delitos que ha cometido su padre?

Ambos se miraron. Steve estaba lo bastante cerca como para alcanzar su mejilla con tan solo alargar la mano. Por un momento pareció que fuera a hacerlo. Parecía que fuera a secar la fina capa de sudor que se había formado sobre sus pecas, o a recolocarle ese mechón de pelo suelto detrás de la oreja. Tenía la mano derecha cerrada en un puño, primero apretado y después más relajado. Destellos de luz reflejados en su pendiente.

¿Se merece una mujer tener que dar a luz al hijo de su violador?

Puede que las circunstancias de la concepción no sean ideales, pero añadir el asesinato a la ecuación no mejorará la situación. Un error no subsana el otro.

Hablas de derechos, dijo él, ¿qué pasa con los derechos de la mujer?

Estamos totalmente a favor de los derechos de la mujer, respondió Rebekah sosteniéndole la mirada. Pero no estamos a favor del asesinato de inocentes con el beneplácito de la sociedad.

Pero si es un puñado de células.

El milagro de dos células minúsculas uniéndose conforma inmediatamente un perfil genético completo en el cual ya se han determinado el grupo sanguíneo, el color de los ojos, el color del pelo y unas huellas dactilares únicas que nadie más tendrá. La tecnología nos ha demostrado que tan solo veintiún días después de la concepción es posible detectar el latido del corazón. ¿Lo vamos a ignorar solo porque no se adapta a nuestros fines?

Bien, dijo él, disponiéndose a defenderse de nuevo, pero Rebekah prosiguió.

Debemos recordar que no se trata de nosotros. Se trata de todos aquellos que dependen de nosotros para, literalmente, salvar la vida. Por favor, en nombre de los que no pueden alzar la voz, la respuesta está en lo más profundo de vuestros corazones. Escuchadla y haced lo correcto.

Seguro que uno notaba el aliento del otro, el calor que desprendían sus cuerpos.

Bien, dijo Steve levantando las manos con las palmas hacia delante. Vale, tú ganas.

Se miraron unos segundos más y las mejillas de Rebekah se

ruborizaron lentamente. Apartó la mirada.

Al otro lado del pasillo, Rebekah mira una película. No alcanza a ver a Steve, ni al pastor Rick, y tampoco a Jen. Apoya la cabeza contra la refrescante pared de la cabina y mira por la ventana. No hay nada que ver: Irlanda está a cinco horas y ya se ha hecho de noche. Por supuesto, lleva consigo la Biblia de estudio. Podría leer, o rezar. Podría ensayar en silencio respuestas potenciales.

¿Es correcto aprobar la esclavitud sexual y la pedofilia solo porque «la gente lo hará igualmente»?

¿Se deberían dejar de enseñar las tablas de multiplicar porque la Iglesia Católica no está de acuerdo con las matemáticas?

Lo que está mal, está mal, aunque todo el mundo esté equivocado. Lo correcto es lo correcto, aunque nadie lo ponga en práctica.

Sin embargo, se pone a pensar en la sala de espera del dermatólogo. Te obligan a hacerte un test de embarazo antes de recetarte Accutane y te piden que lo repitas una vez al mes mientras te medicas. Salió de la consulta y le anunció a su madre: «¡Confirmado, sigo sin estar embarazada!». Lo dijo demasiado alto y un par de personas la miraron de soslayo como si hubiera querido decir lo contrario. Lo más penoso es que ni siquiera había besado nunca a un chico. Solo había llegado a hacer manitas una vez con Noah Dean. En su neceser, la vergüenza de llevar el blíster verde de píldoras anticonceptivas Microgynon.

La isotretinoína tenía efectos teratogénicos graves, según el folleto informativo que contenía la caja de Accutane. Si se suministra durante el primer trimestre de embarazo, el feto tiene un 20-35 % de probabilidades de desarrollar malformaciones craneofaciales, cardiovasculares, tímicas y del sistema nervioso central. Además, un 30 % de lactantes sin malformaciones destacadas puede padecer discapacidad intelectual de moderada a grave, y hasta un 60 % puede sufrir daños en la función neuropsicológica. De niñas, solían jugar a un juego que consistía en plantear escenarios cada vez más nefastos. Sin embargo, en todos ellos, coincidían tercamente en que darían a luz pasara lo que pasara. Estaba convencida. Si se diera el caso, tendría el bebé y lo querría, independientemente de su aspecto o deformidad. Lo querría y nada, absolutamente nada, podría cambiar los hechos: aquel era su bebé.

Las embarazadas en la iglesia, en distintas fases del proceso de gestación. Amables y limpias como la porcelana, con las manos posadas plácidamente sobre la barriga y una mirada lejana en los ojos. Rostros de rasgos suaves, cabello brillante. Ese aire de saber algo que todos los demás ignoramos.

Si fuera una niña, la llamaría Grace. Si fuera un niño, Theodore, o algo por el estilo.

Cierra los ojos. El pastor Warren reza por cada uno de ellos individualmente antes de ponerse en marcha. El tacto de esas manos fuertes y cálidas sobre su cabeza. Si se concentra, todavía siente la energía que procede de ellas. Señor, en nombre de tu misericordia, esta hija tuya posee una misión. No permitas que desfallezca, conserva su fuerza por los cuatro costados para que no la aplasten; que la persigan, pero no la abandonen; que la dobleguen, pero no la destruyan. Que lleve en su cuerpo la muerte de Cristo para que asimismo se revele a través de su cuerpo la vida de Cristo. Amén.

Terminaron cantando uno de sus himnos favoritos, *There is a green hill*; según el pastor Rick, era adecuado porque se dirigían a la isla Esmeralda.

Después de la última estrofa, Steve siguió tocando la guitarra, improvisando melodías dulces e intrincadas, y tristes al mismo tiempo. De nuevo, invade su cuerpo esa sensación tan familiar, ese deseo cuya intensidad llega a doler.

En la pensión juvenil despliegan los carteles y pancartas que habían preparado en casa, alisan las partes dobladas y usan cinta adhesiva para pegar cañas de bambú. La pancarta más grande mide casi dos metros de largo y lleva letras de color azul intenso sobre un fondo de estrellas amarillas. ANTES DE FORMARTE EN EL VIENTRE, TE ELEGÍ, dice, y debajo espachurraron la referencia Jer 1:5 para quien no reconociera la cita inmediatamente. El llamamiento de Jeremías era una de las historias preferidas del pastor Warren. «Ay, Señor, Dios mío —dice Jeremías—, mira que no sé hablar, solo soy un niño.» Y el Señor le contesta: «No digas "solo soy un niño", pues irás adonde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene». Extiende la mano y toca la boca de Jeremías y le dice «He puesto mis palabras en tu boca».

El pastor Rick dirige las oraciones y les recomienda que descansen para mañana. Jen y él se abrazan y se dan las buenas noches. Están casados y podrían haber pedido una habitación privada; sin embargo, duermen en los dormitorios compartidos igual que los demás. Ella desvía la mirada para darles algo de intimidad. Rebekah hace un corazón con los dedos. El pastor Rick y Jen llevan casi dos años casados y todos rezan para que Dios los bendiga cuanto antes con los niños que tanto desean tener.

No pasará si dormís en habitaciones diferentes, piensa ella en algún rincón malicioso y sarcástico de su interior. Aparta ese pensamiento traidor de su cabeza.

La mañana llega demasiado pronto, parece que tan solo hayan pasado unos minutos desde que Rebekah y Jen han conseguido dormirse. En el comedor, se le revuelve el estómago al ver los huevos, pálidos y flácidos, dispuestos en las bandejas calientes sobre círculos de papel de aluminio. No obstante, el pastor Rick insiste en que los huevos dan la energía necesaria para afrontar el día. Se obliga a sí misma a tragar un par de bocados, sobre todo de pan tostado, y da un sorbo de café recalentado. Piensa que eso debe de ser lo que la gente llama náuseas matutinas. Al fin y al cabo, la píldora anticonceptiva funciona engañando a tu cuerpo para que crea que estás embarazada. Pensar en ello le pone los pelos de punta, mientras en su interior algo se afloja de una manera muy peculiar. Señor, permíteme albergar en mi vientre la muerte de Cristo, permíteme renunciar a mis actos secretos y vergonzosos.

Se instalan entre la universidad y el eje comercial principal, cerca de la estatua de Molly Malone. El pastor Rick se hace un selfi con todos los demás junto a la estatua para publicarla en el boletín de noticias, pero la borra porque le parece indecente: sin darse cuenta, ha inclinado la cabeza y su cara y su boca sonriente apuntan hacia los pechos turgentes de la estatua. Ella se alegra de que la haya borrado. De niños, su madre siempre les cantaba la canción y estaba segura de que, en la letra, Molly también era una niña y no una mujer exuberante. Además, se la veía mucho más alta que Steve. Se hacen otro selfi, esta vez con la pancarta apoyada en una barandilla y después chocan los puños y se ponen manos a la obra.

No es como se había imaginado. Algunos activistas provida los saludan, se presentan, se dan un abrazo, intercambian folletos, pero prácticamente nadie se para a hablar y, quien lo hace, ya tiene la decisión tomada y solo busca bronca.

Estáis equivocados, les grita una viandante.

Rezaré por usted, contesta el pastor Rick; y, cuando la mujer le responde que no necesita sus oraciones, el pastor sigue repitiendo: Rezaré por usted, señora.

Todos rezaremos por usted, añade Jen. Que tenga un buen día.

Lo tendré, responde la mujer, y los mira fijamente a los ojos, uno a

uno.

Y se lo dices con total amabilidad, le explica Jen. Rebekah se ríe. Mira hacia otro lado y frota la acera con la bailarina.

Oye, dice Steve, que no te intenten convencer. Lo correcto es lo correcto, aunque nadie lo ponga en práctica, ¿de acuerdo?

Se gira y lo mira. Es lo primero que le ha dicho a ella directamente en todo el viaje. Le dedica una sonrisa socarrona mientras juguetea con el pendiente que lleva en la oreja. Ella piensa que ojalá el maquillaje que se ha puesto a la escasa luz del lavabo del albergue no le haya quedado demasiado naranja.

Sí, le responde. Lo correcto es lo correcto. Busca algo ingenioso que añadir, pero Steve ya se ha marchado.

Diseñan un sistema para atender a la gente que se acerque. Las que presentan un cuadro de aborto séptico o se niegan a recibir tratamiento contra el cáncer durante el embarazo, para Jen, que había hecho un año de enfermería. Los que esgrimen citas de la Biblia, a menudo para tergiversar, eligiendo deliberadamente pasajes contradictorios del Levítico o de los Proverbios, para el pastor Rick. Ella, Steve y Rebekah se turnan para sostener la pancarta, porque no tienen permiso para fijarla a ningún elemento de propiedad municipal, a pesar de la teórica libertad de expresión que hay en Irlanda, y se centran en tratar con los jóvenes.

Pero los únicos jóvenes que se acercan son un grupo de adolescentes que, después de pasarse varios minutos mirando y riéndose con disimulo, preguntan por qué los americanos usan toda la cara cuando tienen que pronunciar la palabra «Irlanda».

Esa observación no es del todo amable, les reprocha Steve, y uno de ellos le replica que tampoco lo es meterse en asuntos constitucionales ajenos cuando nadie se lo ha pedido.

Mi familia es irlandesa, dice Steve, pero el comentario solo sirve para hacer reír a los jóvenes.

La familia de ella también lo es. Su tatara-tatara-tatarabuela —se hace un lío con los tatara, su tatara-algo-abuela— se embarcó en Cobh, que sabe que se pronuncia «caf», con destino a Staten Island en algún momento del siglo XIX. Se pregunta si tendría tiempo en este viaje para visitar Cobh, que tan solo estaba a un par de horas en coche.

Un hombre se para a decirles «Os deseo lo mejor». Insiste en darle la mano cubierta de manchas hepáticas a cada uno de ellos. Os deseo lo mejor. Lo mejor. Lo que hacéis es la buena obra del Señor. Vuelve a sentir esa especie de electricidad recorriendo su cuerpo. Podrían ponerse en marcha al amanecer y, a buen ritmo, estar de vuelta a media mañana.

Escuchar música por el camino. No puedes alquilar un coche si no has cumplido los veintiuno, así que tendría que ser Steve quien lo gestionara. Su madre le ha dado dinero para emergencias. Todavía no se ha atrevido a sacar el tema. La familia de Rebekah es originaria de Suecia, de ahí el pelo rubio. Es probable que Cobh a ella le resulte indiferente.

Rebekah le acababa de tomar el relevo para sostener la pancarta, cuando se acerca una mujer.

Disculpe, dice la mujer. Disculpe.

La mujer se dirige a ella.

Buenos días, ¿cómo está usted?, y le dedica la sonrisa más amplia y amable de la que dispone. Pero, antes de poder siquiera ofrecerle un díptico, la mujer le dice: Me diagnosticaron una AFIV cuando estaba de veintiuna semanas. ¿Sabes lo que significa AFIV?

Inspira hondo. De acuerdo. Se sabe la respuesta a esa pregunta. Lamento su pérdida, dice ella, pero la mujer vuelve a hablar y la corta.

Significa Anomalía Fetal Incompatible con la Vida. Me la diagnosticaron el año pasado, cuando estaba embarazada de veintiuna semanas. Tardé dos años en quedarme embarazada. Dos años enteros. Y entonces me hicieron una eco y me diagnosticaron. No había nada que hacer. De haber dado a luz, no habría vivido más de cinco minutos fuera del útero.

La mujer hablaba con una voz grave y tranquila. Tenía arrugas alrededor de los ojos, se diría que debía de ser una persona de risa fácil en otras circunstancias.

Lamento su pérdida, repite. Quizás la reconforten las palabras de David en el salmo 139: Tus ojos veían mi ser todavía informe, todos mis días estaban escritos en tu libro, estaban calculados antes de que llegase el primero.

Él no tenía ningún día, replica la mujer. Si hubiera sobrevivido al parto, se habría asfixiado en cuestión de minutos con gran dolor y sufrimiento.

Pero Él la eligió a usted.

¿Quién me eligió?

Dios la eligió. Y su bebé también la eligió. La eligió a usted para ser su madre, independientemente de la brevedad de la experiencia.

Pero ¿cómo pueden ser ambas cosas a la vez?

¿Cómo dice?

Si Dios me eligió, ¿cómo puede haber sido elección del bebé?

Mira rápidamente en dirección a los demás. El pastor Rick, con semblante serio, habla con una persona; Jen hace muecas mientras mira

el móvil y Rebekah se ríe con Steve; nadie se da cuenta de que necesita que le echen un cable.

Dios tiene un plan para cada uno de nosotros y nosotros decidimos si lo cumplimos o no.

Querida, dice la mujer al cabo de un instante, sé que la intención es buena, pero no tienes ni idea de la vida.

Lo dice con suavidad, con mucho cuidado. Se han pasado toda la mañana aguantando gritos y abucheos, incluso escupitajos. Nadie ha hablado con ellos con tanta delicadeza como esa mujer, como si se preocupase por ella, como si viera más allá de la sudadera, los vaqueros y los granos hasta lo más profundo de su reluciente alma inmortal.

Se concentra en sus labios e intenta recordar la respuesta correcta, ya que, en este momento y con las palabras adecuadas, se la puede ganar, mientras que, si utiliza palabras equivocadas, la puede perder para siempre. Sin venir a cuento, se pregunta cómo debe de ser besar a esa mujer. La idea la sobrecoge y la asquea profundamente. Una oleada de calor se hace presa de su cuello y sus mejillas.

Hola, ¿qué tal? Rebekah se desplaza lateralmente hasta su interlocutora. ¿Qué podemos hacer por usted?

Nota cómo la mujer la sigue mirando durante unos segundos, pero después retrocede.

Nada, gracias, responde y después le dedica una amplia sonrisa. Me tengo que ir.

¿Le puedo presentar uno de nuestros dípticos?, pregunta Rebekah, pero la mujer ya se ha girado y se aleja de ellos.

Gírate. Gírate.

Sin embargo, naturalmente, la mujer no se gira.

¿Va todo bien?, pregunta el pastor Rick.

Anomalía Fetal Incompatible con la Vida, responde. Le dijeron que el bebé no sobreviviría fuera del útero.

De acuerdo, dice el pastor Rick. ¿Verdad que habíamos hablado del gozo de sostener en brazos a tu bebé, aunque sea durante poco tiempo? ¿Verdad que mencionamos la donación de órganos sanos a personas que los necesiten desesperadamente?

Sí, no, contesta ella. No he llegado a ese punto de la conversación.

El pastor Rick hace una mueca. Lleva una GoPro ceñida al pecho para dejar constancia de cualquier malentendido o agresión, pero también para editar la grabación y hacer un vídeo del viaje para los compañeros que no han venido.

GoPro apagada, dice.

Cuando el piloto se apaga, añade: Vete a buscar un refresco.

No hace falta, empieza a contestar, pero el pastor levanta el dedo índice.

Hay un centro comercial al otro lado de la calle. Tómate un descansao, cómprate una bebida y algo para comer. Se saca un billete del bolsillo, como si fuera un truco de magia. Invito yo.

Lo coge. Gracias, dice. De acuerdo.

Lo estás haciendo muy bien, muchachita, añade. El *jet lag* es un engorro.

En el centro comercial, se compra una Pepsi Max y unas patatas fritas. Se sienta en una mesa y agita los cubitos de hielo. En la mesa de al lado, dos señoras comen hamburguesas dando bocados refinados y meticulosos, y hablan de la votación. Debería intervenir, presentarse y preguntar qué tienen pensado votar. Hay que aprovechar cualquier encuentro, cualquier oportunidad. Pero en lugar de hacerlo, se bebe el refresco demasiado rápido y le duelen los senos frontales.

Las tardes de verano, después de los campamentos bíblicos, reunían la calderilla y debatían qué sabor de granizado pedir. Todas estaban enamoradas del chico del pelo castaño del puesto de granizados. Apostaban a ver quién era la que se atrevía a sacar la lengua y preguntarle si el granizado de chicle se la había teñido de azul. Menuda cara habrían puesto si el chico hubiera contestado, sin importar la respuesta. La certeza de preservar el templo puro y sagrado de tu cuerpo para tu marido y para los hijos que albergarías en él. ¿No os parecería maravilloso que vuestro primer beso fuera en el altar, ante los ojos de Dios?, preguntó Steve. En realidad, no me parecía que tuviera mucho sentido, teniendo en cuenta que Dios lo ve todo igualmente.

Se levanta de la mesa. No ha tocado las patatas, pero es hora de regresar.

Sus oponentes tienen un puesto junto a la entrada del centro comercial, venden sudaderas y camisetas. Antes los ha esquivado con presteza. Una chica con el pelo rosa anima a los transeúntes a comprar la última camiseta que les queda. Es la de color blanco con un corazón rojo en medio del pecho. Durante unos instantes se plantea comprarla con el dinero sobrante del pastor Rick. Le diría que era la última que les quedaba. La he comprado para evitar que otra persona la lleve deliberadamente. Pero, por supuesto, me habrían dicho que ese dinero, el dinero donado por personas de buena voluntad, se utilizaría para financiar la matanza de inocentes, independientemente de mis

intenciones o de lo graciosa que fuera la broma.

De pronto, se enfada con la mujer. Nadie más se ha tomado un descanso. La idea ha sido del pastor Rick, lo ha dicho con amabilidad y comprobando que la cámara estuviera apagada, pero no cabe duda de que el asunto no ha pasado desapercibido. Por sus frutos los conoceréis. Hay miles de pobres bebés nonatos, desesperados y desamparados, que dependen de ella. Lamento tu pérdida, es lo que debería haber dicho. Sin embargo, dicho sin tapujos, una experiencia personal trágica no significa que cualquiera tenga la potestad de asesinar a un bebé cuando le venga en gana.

A lo mejor es el *jet lag*. A lo mejor es la píldora. No le cabe duda de que todo recobrará su sentido; el mismo sentido que tenían las cosas en casa, en el grupo de jóvenes, con el pastor Warren diciéndoles que tienen razón y que son unos afortunados, que hay una sola verdad y que nosotros también debemos ser faros encendidos, resplandecientes; tesoros en ánforas de barro.

Despertarse en plena noche

De golpe, te despiertas sin motivo aparente y con el pulso acelerado.

Nada. El bebé duerme a tu lado en la cama. En la habitación, la luz anaranjada de la lámpara de sal proyecta sombras inmóviles.

Ni un ruido en la habitación de tu hijo.

El bebé gimotea. A veces te despiertas apenas unos segundos antes que ella, como si tu cuerpo lo intuyera. Eso es lo que cuentan los blogs que defienden la opción del colecho. El instinto maternal os protegerá a las dos. Aunque a lo mejor eres tú la que despierta al bebé. El ruido de las sábanas al girarte mientras sueñas. Permaneces echada, sin moverte, para ver qué hace la pequeña.

Y entonces lo oyes de nuevo.

Es el crujido de un paso sobre el parqué del pasillo. El ruido de un paso que intenta evitar que cruja la madera.

No.

Aguardas.

Conoces las líneas ley del piso, las rutas seguras, navegables. Los listones dañados que, al pisarlos, te garantizan que el bebé se despertará, aunque ese mismo bebé siga durmiendo mientras circula por la calle un enjambre de coches de policía con luces y sirenas a todo trapo.

Nuevamente, nada. Aunque ahora mismo esa nada está cargada de algo.

Es verano, así que la calefacción está apagada. No puede ser el ruido de las tuberías o de los radiadores al encenderse. Es verano, así que la puerta del balcón está abierta para que circule algo de aire en ese piso sofocante. Es un tercero y el cerramiento de cristal del balcón no comunica con los balcones de los vecinos, por lo que siempre te ha parecido un lugar lo bastante seguro.

Tienes la sensación de que respiras ruidosamente. Igual que tu corazón, que da botes como un ente encerrado en tu pecho.

El bebé suspira y se agita, se da la vuelta y queda boca abajo. ¿Ha oído otro paso?

Escuchas con atención con las yemas de los dedos, con cada uno de los cabellos de tu melena.

Anoche cerraste la puerta con llave, de eso estás segura. Bueno, casi: como últimamente la cerradura de mortaja se queda enganchada, no la cerraste del todo, sino que giraste el cerrojo hacia abajo para bloquear la

cerradura de cilindro. De eso siempre se ha encargado tu marido, según vuestra división tácita de tareas domésticas, igual que de los cubos de basura, del reciclaje y de fregar sartenes. Pero ahora va a estar fuera dos noches, de las cuales esta es la primera, para acudir a un simposio en Berlín. A veces te da pereza bajar las persianas, porque al anochecer las horas transcurren más lentamente. ¿Y si alguien te ha estado espiando? Tú misma sabes más de lo que debieras acerca de tus vecinos de enfrente a través de los dioramas de sus vidas. ¿Y si alguien que te conoce a ti o a tu marido ha visto en Facebook o en Instagram que está fuera?

Escuchas, escuchas. Te duele el cuerpo de escuchar con tanta atención.

El hombre que vino a reparar los goznes de la puerta de entrada, aquella vez que la hoja se empezó a torcer y no paraba de atascarse en el marco. Después de ese día te pasaste semanas recibiendo llamadas perdidas de un número desconocido. Al final, decidiste enviarle un mensaje para preguntar quién era y te contestó al momento: *un admirador*, y un emoji sonriente. A continuación, otro mensaje: *t aptc kdr?*

Creo que te equivocas de número, respondiste.

No m ekivoco, y otro emoji sonriente.

Lo siento, pero no sé quién eres.

Si k lo sabes

Ya no volviste a contestar y le enseñaste los mensajes a tu marido esa misma noche. Te preguntó si querías que le escribiera él y le dijera que es tu marido, o algo así.

Eso suena a «Propiedad privada, prohibido el paso».

Ambos os echasteis a reír y el asunto ya no te parecía tan siniestro.

En ese momento estabas embarazada, aunque todavía no se te notaba. Tenías náuseas y mareos, y ese hombre te había despertado de la siesta. El cansancio del primer trimestre que te cala hasta los huesos. Abriste la puerta con la mente en blanco, casi con mala educación, y después lo sobrecompensaste con una alegría impostada, le ofreciste una taza de té y galletas de jengibre, y cuando él replicó que lo que de verdad le apetecía era una cerveza bien fresquita, tú te reíste y dijiste que te parecía buena idea.

Pensaste que el de las llamadas podría ser él, aunque no tenías la certeza suficiente como para llamar a la empresa en la que trabajaba. Además, tampoco es que hubiera cambiado las cerraduras, sino solo las bisagras, y ya no recibiste más mensajes.

Hace rato que no oyes ningún ruido, tiempo suficiente para pensar que tal vez haya sido fruto de tu imaginación. O puede que simplemente hayas malinterpretado sonidos procedentes de la habitación de tu hijo: un brazo que sobresale de la cama y golpea el somier, un libro que resbala de la colcha y cae al suelo.

Deberías ir a ver cómo está tu hijo. Antes de acostarse, te suplicó una y otra vez que le dejaras dormir en tu cama, como antes de que llegara el bebé. Estuviste a punto de decir que sí. De hecho, tú tenías prácticamente las mismas ganas que él; la calidez de su cuerpo blandito, la manera en que se abraza a ti y se acurruca como si la piel no fuera frontera. Pero sabías que, durmiendo juntos, ninguno de vosotros habría descansado. El bebé lo despertaría y, al verle despierto, pensaría que ya es por la mañana y que, por lo tanto, era hora de jugar. Por eso te mantuviste firme.

Como tu hijo últimamente tiene miedo de los ladrones, le has leído libros de tu infancia que has sacado de la biblioteca: amigos de lo ajeno con nombres como Dani el Sisador o la Yaya Joyafina, urdiendo planes maestros, perseguidos por la policía en una compleja y trepidante danza, hasta que uno de ellos roba un bebé por error y se vuelve bueno y devuelve todo lo que ha robado.

Deberías ver cómo está, pero tu cuerpo no responde. Si hay alguien en el piso —que no lo hay, te repites, pero si lo hubiera...—, lo mejor es que todos estéis durmiendo o que por lo menos lo parezca, ¿no? Que el intruso o intrusos se lleven lo que quieran y se marchen como si nada. El portátil está sobre la mesa de la cocina y has dejado el bolso junto al sofá. En la estantería hay una manzana de cerámica con monedas, casi todo calderilla. No debería llevarles mucho tiempo. A lo mejor incluso han terminado.

Intentas recordar si los ruidos, suponiendo que hayan existido, se desplazaban hacia los dormitorios o hacia la sala de estar, si se acercaban o se alejaban.

En el barrio hay un problema de droga. Como en una película distópica, te encuentras grupos de yonquis por la calle y jeringuillas y pipas de *crack* chamuscadas en los rincones. A veces alcanzas a ver los trapicheos desde el balcón, adolescentes esperando en las esquinas con pequeñas bandoleras repletas de fajos de billetes enrollados. Coches a toda velocidad circulando en dirección prohibida, las carreras de los drogadictos en cuanto se hacen con la mercancía. La policía ha repartido octavillas alertando de las agresiones callejeras y promoviendo medidas de seguridad para los domicilios. No obstante, los movimientos que has oído no transmitían urgencia sino sigilo.

Violadores potenciales que se cuelan en casas ajenas durante la noche y se agazapan para esperar a sus víctimas y escucharlas respirar. Secuestradores que se llevan a personas por encargo: niño, rubio, menor de tres años.

Ya basta. Levántate y vete a mirar, tal como le ordenas a tu hijo. No hay ladrones en el armario ni monstruos debajo de la cama.

Te incorporas.

La profesora de Francés que te dijo que, cuando caminaras sola por la calle de noche, cerraras el puño y llevaras la llave de casa sobresaliendo entre los dedos índice y corazón, un arma improvisada. Una novela en la que alguien frustra un intento de secuestro clavándole una horquilla de pelo en el ojo al captor. Escudriñas la habitación: ¿un lápiz portaminas bien puntiagudo? ¿Un clip?

Una sirena estridente y cacofónica pasa de largo por la calle.

Reprimes un gemido.

Te has dejado el teléfono en el pasillo. Leíste un artículo sobre la correlación entre la radiación de los móviles y el cáncer que te metió de lleno en una espiral de páginas de información pública sobre salud del estado de California acerca de la reducción de la exposición a las radiofrecuencias. Desde entonces insistes en no cargar los móviles al lado de la cama durante la noche. La toma de corriente en el apretujado dormitorio está justo detrás de la cuna. De todos modos, ¿qué ibas a hacer? ¿Despertar a tu marido a base de llamadas perdidas y luego decirle en un mensaje que puede que haya entrado alguien en casa? ¿Escribir en el grupo de la familia, con tu hermana a miles de kilómetros de distancia, y pedir que llamen a la policía?

El operador preguntaría de qué tipo de emergencia se trata.

«Me he despertado en plena noche.»

Apartas el edredón y te levantas de la cama. Dicen que, a la que tienes hijos, despídete de dormir del tirón, incluso cuando ellos empiezan a hacerlo. Los pies en el suelo como una manada de elefantes, tal como le sermoneas a tu hijo. Si hay un intruso, ya te habrá oído. Descartas el plan de avanzar con sigilo pegada a la pared y te diriges rápidamente al pasillo a buscar el móvil. Permaneces quieta unos instantes. Nada. Entras en la habitación de tu hijo. Nada. Está echado de lado con medio cuerpo fuera de la cama. Lo aúpas, lo vuelves a meter bajo la sábana y lo arropas, presionas los labios contra su cuello. Emite un quejido. Tal como habías previsto, el bebé se despierta y se pone a llorar. Vuelves al dormitorio y

coges a la niña en brazos. Deja de llorar y empieza a balbucear, aunque todavía no le das de comer. La vuelves a dejar en la cuna, de donde no se puede caer. Con el sonido de su indignación de fondo, recorres el pasillo en la otra dirección, dejas atrás la puerta de entrada y llegas a la sala de estar.

Todo y nada parece fuera de lugar.

La veneciana se mece por la corriente y golpea el marco de la puerta abierta. Un bloque, y después otro más, se han precipitado de lo alto de la precaria torre que tu hijo había construido con piezas de Duplo, cajas de cereales y ladrillos de su hermanita. Insistió en no desmontarla antes de ir a dormir.

Cierras la puerta del balcón y giras la manija hacia arriba. Compruebas la puerta de entrada y la trabas con el carrito infantil, por si acaso.

El llanto del bebé alcanza su punto álgido. Tu hijo se despierta y también te reclama. Una minúscula y vergonzosa parte de ti se siente aliviada por no ser la única que está despierta.

Deberías ir a verlos, aupar a tu hijo y llevarlo a tu cama, dar de comer al bebé y echaros todos juntos como las familias debieron de hacer durante siglos, tal como hacen los animales.

En la calle, sirenas otra vez. Pero ahora en mayor cantidad y más fuerte, cambiando el timbre y la frecuencia. Todavía hay algo que te carcome. En la pared del pasillo, un mapa enmarcado está torcido. Lo enderezas y piensas: ¿desde cuándo está roto este marco? De pronto, sientes una mano enguantada sobre el hombro y un aliento cálido en la nuca. ¿Por qué se iban a mover unas cortinas en una noche sin brisa? ¿Por qué se iba a caer una torre de bloques?

Algo pasa en algún lugar, te dices a ti misma, pero no aquí. Ni aquí ni ahora.

Los niños

La calle Trumpington bañada por el sol resulta escultural: franjas y romboides de luz y sombras bien definidas. El tráfico es intenso y el taxi avanza despacio. El conductor narra la visita turística: el Fitzwilliam, el edificio Pitt, Peterhouse. Ya hemos pasado la zona de Backs, el puente Matemático diseñado por Isaac Newton y construido, según el taxista, sin emplear ni tornillos ni tuercas. Una vez, unos estudiantes lo desmontaron para ver cómo estaba hecho y fueron incapaces de volver a montarlo. Sé que es mentira. Newton murió un cuarto de siglo antes de que se construyera el puente. Y claro que tiene tornillos; lleva unos pernos de hierro en puntos que quedan ocultos a la vista. Recorrí el puente durante la mejor —o la peor— parte de un periodo de tres años. Sin embargo, el momento de contraargumentar ya ha pasado, así que me limito a sonreír y asentir y a dejar fluir mis pensamientos.

Estoy escribiendo una historia sobre Caroline Norton, «la mujer que cambió para siempre a todas las madres» con su lucha a favor de la reforma de la ley de custodia infantil. Por lo menos eso es lo que dice la nota publicitaria del libro. Llevo la biografía en una bolsa de tela, aunque por ahora eso es todo lo que he leído sobre ella, además de un fajo de poemas suyos y, más recientemente, un manojo de fotocopias acerca del matrimonio y la ley victoriana y las luchas de las mujeres por la igualdad. Yo acabo de llegar de Girton College, el primer campus para mujeres de Cambridge; rayos de sol polvorientos, techos altos, estancias forradas de libros, pasillos de parqué y almuerzo de bufé (salmón, patatas cocidas, maíz dulce y guisantes) en el mostrador iluminado y calefactado del comedor de la Sociedad Académica. Una jarra para compartir de agua del grifo con un ligero sabor a peltre. Tonos comedidos en un entorno respetable; todo suena esencialmente razonable. Las cartas de Caroline Norton a los Muy Honorables, sus panfletos, su famoso ensayo que condena la mano de obra infantil, las propuestas de ley presentadas ante la Cámara de los Lores. Me leeré los textos y escribiré la historia.

El fantasma de mi yo anterior disfrutando despreocupado de este día de junio, paseándose entre Sidgwick Site y la UL en una bicicleta oxidada con una mochila de libros, sentado con gesto grave en butacas de muelles con el tapizado desgastado, se ve arrancado de la ensoñación por los bocinazos procedentes de los coches de atrás y un arranque de mala uva del taxista, que se ha detenido de sopetón en un sitio donde no está permitido. Hemos llegado. Mi marido y los niños me esperan en el Jardín

Botánico. Pago la carrera, me cuelgo del hombro el asa de la bolsa de tela y salgo dejando las cábalas atrás.

Al día siguiente, me doy cuenta de que tengo un bulto en el pecho.

La preocupación está justificada desde el primer momento. Estoy dando el pecho. No será nada. Ya se irá. No se va. Pasa una semana y después otra. Ha crecido y no cabe duda de que está allí. Busco en Google: cuándo es preocupante tener un bulto en el pecho. Google sugiere, como hace siempre, que podría ser terminal o podría no ser nada. Llamo al centro médico donde, sorprendentemente, me dicen que me pueden visitar mañana, que elija yo la hora. Les doy las gracias y añado que no sé si sentirme aliviada o preocuparme.

A la mañana siguiente, esquivo el jaleo del desayuno y cojo la bolsa de tela con el libro intacto. La consulta es un hervidero y siempre llevan retraso: será un buen rato de lectura. En la sala de espera, los consejos en bucle contra la diabetes procedentes del televisor quedan ahogados por las voces de los párvulos haciendo cola para vacunarse, el señor mayor con un arranque estrepitoso de tos seca, la madre sermoneando en bengalí a sus hijos, que se pelean de puro aburrimiento. Saco la biografía de la bolsa. «Privada de sus hijos después de una turbulenta separación, se volcó en lograr cambiar la ley para esposas y madres.»

De acuerdo, le digo a la pintura al óleo de la portada, un lánguido retrato con un vestido de hombros caídos, un brazalete de oro y rubíes, un peinado esculpido a base de laca y, en la mano, una pluma sostenida con delicadeza. Vamos allá.

Leo en diagonal acerca de los padres de Caroline y su niñez hasta que, con sus propias palabras, decide aceptar una propuesta de matrimonio que hará que su vida pudiera empezar.

Hay una tremenda historia detrás de los títulos de sus canciones, que fueron lo primero que escribió. De antes de casarse: *Rosalie, amor mío, ¡despierta!*; *Enjuga esa lágrima reluciente*; *El hogar donde actuó mi infancia*; *Amor, no me olvides nunca*. De después: *Un corazón tan tan triste*; *¿Por qué cantar por los días pasados?*; *Amor no*. El honorable —o no— George Chapple Norton se burla de sus cartas y de sus ambiciones, y le quema el material de escritura. Se gasta sus regalías en un cabriolé, palabra procedente del francés *caper* debido a su movimiento ligero y marcado, un vehículo elegante y plenamente disfuncional. Cuando el doctor le recomienda a Caroline pasar un tiempo en la costa para que el aire de mar alivie las náuseas de su segundo embarazo, George la obliga a

compartir la cama con la casera para ahorrar dinero. La abofetea y le pega. La agarra de la nuca y la tira al suelo. Le propina tales patadas en el costado, que le impiden sentarse durante días. Le vapulea la cara hasta el punto de que su hermana, al verla, no puede evitar vomitar. Durante el desayuno, le ordena que se levante de la silla en la que él quiere sentarse y, como se niega a hacerlo, coge la tetera hirviendo y le aplasta la mano con ella. Acto seguido, ocupa la silla y se sienta tranquilamente a desayunar. Ella lo abandona. Él le suplica que vuelva. Ella siente pena y, por el bien de sus hijos, accede a darle otra oportunidad. Al cabo de dos días, le da una paliza y Caroline pierde el bebé que estaba esperando. La deja tendida en el suelo, sangrando, y se marcha a la caza del urogallo en Escocia. Se niega a pagar la factura del médico y la obliga a acudir a su hermano para pedirle dinero. Entonces se pasa semanas sentada junto a la ventana observando las gotas de lluvia: «Empiezo a pensar que he perdido el alma».

Es mi turno y me llaman. La doctora quiere una segunda opinión y me pide que vuelva a la sala de espera hasta que pueda hablar con su compañera. Ya no hay asientos libres, así que me quedo de pie, apoyada contra la pared. Un bebé de pocas semanas llora de dolor y mi cuerpo responde automáticamente con la hinchazón de la subida de la leche. A esta hora, mi marido debe de haber vuelto al trabajo, así que le envío un mensaje con las instrucciones para que le dé el almuerzo al bebé. Rescato el libro del fondo de la bolsa de tela y vacilo un instante. Siento que se me hiela la sangre. Esto no estaba planeado, las cosas no debían ir así. Una segunda opinión. Lo que yo me esperaba era «Tranquila, solo es una obstrucción. Con unas gasas calientes y un cepillo estará solucionado». Estaba incluso preparada para «Entra, que te lo aspiramos directamente. Un poco de anestesia local y terminamos en un santiamén». De repente, ya no quiero leer nada sobre madres, hijos y pérdidas. Le envío otro mensaje a mi marido. Me responde que por allí todo está en orden y me envía besos. Claro que sí, es un padre fantástico. Somos compañeros e iguales. Aun así...

No seas estúpida, me digo a mí misma. Me obligo a desechar el temblor de las manos y abro el libro.

Su hermano la invita a pasar la Pascua en su casa de Dorset; con los niños, pero sin George. Este se lo prohíbe. Ella no sabe qué hacer. Decide esperar que se marche a trabajar y después se escabulle. Sin embargo, él ya lo tenía todo pensado. Una mañana, Caroline vuelve a casa. No están

ni los niños ni la niñera.

Los busca frenéticamente; descubre, sobornando a un criado, que los han llevado a una pensión en Upper Berkeley Street y que los va a enviar al norte. Acude a la pensión y suplica a los sirvientes que le permitan ver a sus hijos, aunque no sea una hora, aunque sean cinco minutos, para decirles que los quiere. Sin embargo, las órdenes del amo son claras y están avisados del castigo que les caería en caso de desobedecer, por lo que no logra convencerlos.

Oía sus piececitos corretear por encima de mi cabeza y yo allí abajo, llorando. ¡El techo era lo único que nos separaba y me resultaba imposible acceder a ellos!

Su hijo mayor había enfermado de escarlatina y se estaba recuperando. No se fía de su marido en cuanto al segundo, porque siempre se burla de él y no le cae bien, mientras que el pequeño no es más que un bebé. Está desesperada. No hay nada que hacer. Los niños son propiedad de George, puede hacer lo que quiera con ellos hasta que cumplan los veintiuno y sean mayores de edad. Los manda a vivir a Escocia con su hermana. Le cambia el nombre al pequeño. Cuando consideran que deben «corregir» al mediano, lo desnudan, lo atan al cabecero de la cama y lo fustigan. Un día, logra verlos en Londres durante unos minutos. Están hechos un manojo de nervios y el mediano es un esqueleto andante. No entienden por qué los ha abandonado. Le suplican que no se marche. Se le parte el corazón, el dolor que siente es indescriptible. Al día siguiente, recibe un mensaje de su marido: sus hijos no la volverán a ver jamás.

Pasan los años.

La segunda doctora frunce el ceño y dice con cuidado que, aunque probablemente no sea nada, está claro que es algo. Menciona la clínica de afecciones mamarias de Barts. Teclea alguna cosa en el ordenador. Me llamarán por teléfono dentro de un par de días para concertar una visita. Salgo a la calle y termino de leer las pocas páginas que me quedan del capítulo. George le escribe a su «querida Carrie» que los chicos han crecido tanto que ya no los reconocería si se cruzara con ellos. Le ofrece enviarle los retratos que ha encargado que les hagan. Dice que puede volver a verlos si regresa a casa y se somete a él. Redacta cartas falsas firmadas por ella, una de las cuales, dirigida a sus hijos, en la que les comunica que su padre quiere que mueran para no tener que alimentar tantas bocas. Le dice que le devolverá a sus hijos si acepta entablar una relación con la mujer que él elija. Cuando ella acepta, él se retracta inmediatamente. Le confirma que los podrá ver en Navidades. Entonces

le dice que se han embarcado en el SS Dundee. El día después de la fecha en que debían volver, le anuncia que han decidido no hacerlo. Le dice que se reunirán con ella para pasar las vacaciones. Ella alquila una casa junto al mar, prende el hogar y abre las ventanas para ventilar las estancias. Al cabo de diez días todavía no han llegado. George le dice que se reúna con ellos en Londres. Deja la casa y regresa a Londres, pero él vuelve a cambiar de opinión.

Ella le escribe: *Has convertido nuestras vidas en un orfanato*.

Le envío un mensaje a mi marido para decirle que estoy de camino a casa. Le pregunto si todo va bien con los niños. Me contesta que sí y quiere saber si yo estoy bien. Con dedos torpes, no sé qué contestar.

Hay una casa famosa en la calle Folgate, en Spitalfields, a unos quince minutos de donde me encuentro (o veinte si te toca empujar un carrito infantil con patinete acoplado para un segundo niño). Pertenecía a un hombre llamado Denis Severs, que la transformó en una especie de museo —medio museo, medio instalación artística—, con la intención de que el visitante, al entrar, sienta que está atravesando la superficie de una pintura. Las diez habitaciones de la casa, desde la bodega y la planta noble hasta la sala de fumadores y el vestidor, representan diez «periodos» históricos distintos, desde la época de las tejedoras de seda hugonotas, las primeras en vivir en el edificio en el siglo XVIII, hasta la era victoriana, todo ello atestiguado por la fortuna de la familia —y de la sociedad—. La porcelana, los retratos, el tictac del viejo reloj de latón: el conjunto hace que tengas la sensación de que los verdaderos inquilinos hayan acabado de salir de la habitación en la que te encuentras y que vayan a regresar en cualquier momento. Por lo menos eso dice la página web. No te permiten entrar con tacones de aguja o suelas muy rugosas, así que, de carritos infantiles y niños revoltosos ni hablamos. Abren de noche y lo llaman «noches silenciosas» porque te hacen dejar el móvil en la entrada, mientras que los domingos y los lunes se puede visitar sin reserva. Mi marido sale del trabajo a la hora del almuerzo y se queda con los niños en un parque cercano para que yo pueda ir a la casa, pero debo de haber entendido mal los horarios de la web. Es miércoles: la casa está cerrada.

No eran como nosotros, dijo el historiador de Girton College. Tendemos a pensar que los victorianos se parecían a nosotros, que simplemente eran un poco más estrictos, más sentimentales quizás, pero no es así, no eran como nosotros en absoluto. Pensad en todo lo que creemos, todo lo que damos por sentado actualmente, y dadle la vuelta del revés. Así de lejos estamos de ellos. A esa distancia, o más todavía.

Te recomiendan que te reserves medio día para la visita en la clínica. Te hacen ecografías y mamografías, hablas con radiólogos y secretarios de admisiones, llevas volantes blancos y rosas a diferentes mostradores en diferentes plantas, donde los guardan en diferentes carpetas. Hay un asiento libre en una esquina, pero me levanto de nuevo al darme cuenta de que está junto a un expositor de dípticos sobre el cáncer y el embarazo y sobre cómo prepararse para la pérdida de un hijo. La clínica es además un centro oncológico y hay mujeres que se encuentran en distintas fases de tratamiento, desde el diagnóstico potencial hasta la quimio semanal con la dosis completa de fármacos. Hay mujeres hinchadas por culpa de los esteroides en sillas de ruedas. Una mujer de mi edad se sienta a mi lado y me sonríe, dispuesta a entablar conversación. Viste una bata de hospital y un trozo de esparadrapo le sujeta la cánula que lleva en el dorso de la mano izquierda. Desvío la mirada y apunto cosas al azar en los márgenes de mi manojo de papeles, hasta que noto que su intención, o solidaridad, remiten.

En las distintas salas de espera, me sumerjo en la lectura de la versión digitalizada de las cartas de Caroline, en las que asume su pérdida y la transforma en algo más grande que ella misma, en algo heroico, persistente y revolucionario. Su letra manuscrita resulta elegante y legible incluso desde la pantalla de un móvil. La curvatura de las íes mayúsculas; la floritura de las ces mayúsculas, o los ojales de las íes griegas y las ges, que desaparecen cuando escribe apresuradamente.

Sueña que su marido se está muriendo y que las dos señoras que lo cuidan la reprenden. Sueña que un bebé nonato muere ahogado: *¡Vi que se alejaba flotando, pero nadie me hacía caso porque decían que estaba loca!* Desde que nacieron, yo también he soñado que perdía a mis hijos. Sueño que dejo a mi hija en la taquilla de una consigna y que, cuando voy a buscarla, hay cientos de puertas relucientes y yo no tengo la llave de ninguna. Acabo de aterrizar de un vuelo de larga distancia y suena el teléfono: es mi marido, que está a miles de kilómetros, y me pregunta que dónde demonios estoy. De fondo, el llanto del bebé. Me reclama desesperadamente, pero ya es demasiado tarde para borrar lo que he hecho. Me estoy muriendo y estoy asustada, y me dicen que me calme y que estreche las manos que me tienden. Lo hago y entonces siento que me arrancan de mi propio cuerpo. Un instante de alivio y, después, la agonía de darme cuenta de que no volveré a abrazar a mis hijos nunca más. Ruego que se me conceda otra oportunidad y entonces regreso a mi cuerpo, dolorido y torpe; siento a mi hijo en mi regazo y lo abrazo fuerte, noto la suave curvatura de su espalda y soy consciente de que eso es lo

único que importa.

Caroline, sin sus hijos —su Penny, su polluelo abandonado Brin, su renacuajo Tutú—, no pega ojo en toda la noche, día tras día, con la mirada clavada en la oscuridad, hasta que se le aparecen visiones de sus enormes ojos marrones, «como cuando levantaba la vista de mi trabajo y los veía mirándome».

Entonces se enfadaba con ellos por la interrupción, por desconcentrarla. Escribe —y siempre lo ha hecho— para sobrevivir. Su primera novela pagó los gastos del nacimiento de su hijo, las facturas del médico y las enfermeras. Por encargo de su editor, escribe un almanaque de joyas especial para la campaña navideña, de apenas cuatro centímetros de ancho y vendido con su propia lupa en miniatura. Prueba suerte en el mundo de la dramaturgia y, en general, igual que en el pasado, no puede cerrar la puerta a otros ámbitos de la escritura, con hijos a su cargo o sin ellos.

Experimenta la culpabilidad y la rechaza. Rechaza asimismo la vergüenza; escribe que hay demasiado miedo a publicar sobre mujeres. Se acepta que lo máximo a lo que pueden aspirar las mujeres es a esconderse y no hablar de las cosas que las afligen. *¡Eso se acabó!*, escribe Caroline, decidida a contar su realidad y a cambiar el mundo.

Al cabo de un rato, pierdo la concentración. Aparco las cartas de Caroline y me pongo a leer Twitter. Deslizar, pulsar, deslizar. En la frontera de Estados Unidos, separan a los hijos de los padres que llegan demandando asilo. Por las redes sociales circulan fotos de minibuses con hileras de portabebés para llevarse a los más pequeños a refugios infantiles. Hay vídeos movidos, grabados a pulso, con testimonios anónimos. Les dicen a los padres que se llevan a sus hijos para bañarlos, pero luego no se los devuelven. Bebés lactantes arrancados de los brazos de sus madres. Niños llorando agarrados a adultos de los que no se quieren despegar. Un reportero rompe a llorar en directo, incapaz de seguir leyendo el teleprónter. El presidente de los Estados Unidos despotrica en Twitter con altanería o simulando indignación. Pienso en George Norton, suspicaz, caprichoso, beligerante, tediosamente falto de inteligencia, un niño ingobernable. Acusaciones lanzadas a diestro y siniestro, entre verborrea, injurias y divagaciones, para que resulte imposible —según un sacerdote que intentaba mediar— identificar qué pretende o a quién está atacando.

Laura Barrera, abogada en el centro médico UNLV Immigration Clinic de Las Vegas, Nevada, tuitea desde Paradise, Nevada.

@ABOGADA_LAURA
5:55 h- 28 Jun 2018
Mi clienta de 5 años no sabe decirme de qué país es. Preparamos su caso dibujando con ceras de colores a los pandilleros que solía ver a la salida del colegio. Sin embargo, a veces prefiere dibujar cucuruchos de helado y corazones. Se enfrenta sola a un proceso de deportación.

Sigo leyendo todas esas historias, incapaz de desviar la atención. Una niña ciega de seis años y su hermano mudo de cuatro; en parte, mudo porque está traumatizado. La BBC cita a un abogado: «Un niño de cinco años, incluso sin traumas, no siempre es capaz de decirte su dirección, describir a sus padres o decir cómo se apellidan. ¿Cómo pretenden que se enfrente a una situación como esa? Ni padres ni hijos lograrán jamás olvidar algo así».

Me someto a las pruebas; en una habitación oscura llevan a cabo la biopsia. Los resultados tardarán entre siete y diez días. La recepcionista me da cita con la especialista para dentro de dos semanas exactas. Al volver a casa, le pregunto a mi hijo, que todavía no ha cumplido los cuatro años: ¿cuál es tu nombre completo? ¿Cómo me llamo yo? ¿Y papá? ¿Dónde vivimos? La mitad de las veces casi acierta las respuestas.

Julio: el Reino Unido se prepara para la visita del presidente de los Estados Unidos. La mañana del 13 de julio visiono un vídeo en directo de manifestantes inflando un enorme bebé hinchable con la boca asimétrica en una mueca de enfado y dos ojos como el hueco que queda al hacer pis en la nieve. Flota sobre el palacio de Westminster. Mi hijo y yo hemos hecho pancartas con cartulinas tamaño A4; las hemos pegado con celo a varas de bambú para ir a la manifestación. Sin embargo, en el último momento, el calor inaguantable, la idea de achicharrarnos en el metro y mi marido metido en un atasco en la otra punta de la ciudad provocan que cambiemos —que cambie yo— de idea. Mi hijo se alegra, tenía miedo de que el hombre que roba niños fuera a por él. Le haré esto, dice, y me enseña los dientes con un gesto que le da un aire a chimpancé. Le haré esto y el señor malo se irá corriendo. Entonces se agazapa a mi lado. Quiero estar contigo todos los días y todas las noches.

Sí, digo yo. Sí.

Más tarde busco las mejores pancartas en Twitter. Mary Poppins, con su icónico paraguas, junto a un lema escrito con los colores del arcoíris: SUPERCRUEL Y FRÁGIL Y RACISTA Y SEXISTA Y NEONAZI POTUS. Venceremos... al odio. El naranja es el nuevo nazi. Me estoy perdiendo Wimbledon por esto, maldito SOPLAGAITAS. Las nuestras simplemente decían CADA

LACTANTE, CON SU MAMÁ y, más simple todavía, NO MÁS NIÑOS EN JAULAS.

Caroline a lord Melbourne: *Ojalá no hubiera tenido hijos. Primero, dolor y agonía cuando nacen y, después, miedo y ansiedad por lo que les depare el futuro. Y ahora, un vacío y nada más*.

Por la noche, cuando se duerme, cojo la colección de dinosaurios de mi hijo y los coloco como si estuvieran construyendo una torre con los bloques de su hermana o disputando una carrera montados en su autobús de dos pisos y el carrito de paseo. Me acuerdo de las hadas que vivían en la casa de muñecas de cuando era niña. A veces me dejaban caramelos de violeta y me escribían cartas diminutas del tamaño de un sello postal. Sin embargo, mis hermanas y yo éramos más mayores que mi hijo ahora, así que no creo que lo recuerde cuando crezca. A veces le pregunto si se acuerda de antes de que naciera su hermana. Entonces él reflexiona un instante y me contesta que no; piensa un poco más y añade «Me hice daño en la rodilla en Croacia», lo cual es cierto, se hizo un rasguño considerable al caerse de un pequeño muro. Se asustó tanto al ver la sangre, que se pasó una hora llorando.

En los momentos buenos, Caroline está convencida de que todavía hay esperanza. *Que hagan lo que les parezca con los niños, porque pienso desmantelar en dos horas todo lo que han tramado durante diez años. Mi poder va más allá de la fuerza bruta y aprovecharé su propio impulso para devolverlos a las ciénagas de las que proceden*. No obstante, lo que la aflige más a menudo es el letargo de la desesperación. *No hay futuro que pueda barrer o renovar el pasado*. Sus hijos no la reconocerían si se cruzara con ellos por la calle. El pequeño ha dejado de ser aquel bebé rubio y gordito: esos meses, esos años, esos valiosos días han pasado y no volverán.

La idea de que un hijo no reconozca a su madre es insoportable.

Un psicoanalista afirma que, si el bebé es niña, hay un momento del embarazo en que se funden cinco generaciones en una. Se produce más o menos en la vigésima semana de gestación, cuando en los ovarios incipientes se forman los cientos de óvulos de los que nacerán —o podrían nacer, potencialmente— sus futuros hijos. En ese momento, el bebé nonato ya es madre y la futura madre ya es abuela, igual que esta fue en su momento una hija potencial en el útero de su madre nonata dentro del útero de la que sería su abuela. Me fascina la idea por su aire a escalera de Escher, por su carácter de *matrioska*. Los nietos potenciales a los que puede que nunca llegue a ver, unidos en un círculo vertiginoso a mi abuela a la que apenas conocí; siglos pulverizados en un instante.

Sin embargo, el psicoanalista utiliza esta imagen para ilustrar cómo se traslada el sufrimiento de una generación a la siguiente, cómo nos

vemos atrapados en los comportamientos de nuestros padres y de nuestros abuelos, condenados a repetir patrones destructivos, siempre y cuando no logremos romper con ello y liberarnos. Como dice solemnemente la Biblia, las maldades de los padres que recaen sobre la tercera y la cuarta generación que los sucede. La repercusión de la pérdida de una madre que se hace eco en las almas de los hijos de los nietos.

Los abogados de Raices, la mayor ONG de Texas dedicada a la asistencia jurídica para inmigrantes, estima que al menos una cuarta parte de esos niños —centenares, en términos absolutos— no volverán jamás con sus padres.

Me compré el libro de ese psicoanalista porque alguien lo citó en Twitter diciendo que el presidente de los Estados Unidos estaba trasladando por la fuerza a nuestro plano consciente algunos de los problemas que afectan a nuestro subconsciente colectivo. Nos dice que no debemos mirarlo a él, sino que debemos mirarnos a nosotros mismos. No estoy segura de haber llegado a la misma conclusión. La noción de que tenemos lo que nos merecemos o lo que necesitamos deja fuera de la ecuación al individuo; dicho de otro modo, de ser así, los logros del individuo nunca acaban de ser mérito suyo. Pienso en Caroline y en Abogada Laura. Por las noches, esos niños se me aparecen en sueños. Me despierto empapada de sudor. Ni siquiera consigo ir a una puta manifestación. El bebé gimotea en la cuna junto a la cama. Me espero sentada durante horas, años, hasta que logro controlar la respiración.

Cambia la ley sin ayuda de nadie, pero ya es demasiado tarde para ella. La norma no ampara a los dos mayores, de diez y ocho años, y el pequeño también queda fuera de su jurisdicción mientras su padre lo tenga en Escocia. El pequeño William Norton muere de tétanos un lunes de septiembre, con tan solo nueve años, tras hacerse un corte en el brazo al caer de su caballo. Los niños están solos, sin supervisión, en casa de su tío. La única persona de servicio que hay es la mujer del guardabosques, una anciana jorobada que abre y cierra verjas y puertas. Willie consigue llegar a la capilla Thorpe Hall, la residencia más cercana, donde lo acuestan después de desmayarse. Para cuando Caroline recibe la noticia de que su hijo ha sufrido un accidente, el niño ya ha muerto. Le dicen que estaba consciente cuando llegó y que no paró de suplicar que quería a su madre.

El doctor informó a Caroline de que su hijo Willie soportó los dolorosos espasmos con un «nivel de valentía poco habitual en un joven de tan corta edad», como si eso sirviera de consuelo.

Estoy cansada. Intento desconectar y pensar en el momento presente. Y en este. Y en este otro. Estoy aquí, ahora, el vello sedoso y el olor dulce de mi bebé. *Aaa-gu*, dice cuando se despierta en plena noche y quiere leche. Leí en internet que a una madre le diagnosticaron cáncer de mama al notar que su bebé de seis meses empezó a rechazar un pecho. Y en otro caso de internet, una madre de gemelos todavía lactantes murió diez días después de que la diagnosticaran. Es la víspera del día de los resultados de la biopsia. En alguna sala sin ventanas alguien ha raspado células de una muestra y las ha colocado en un portaobjetos, las ha teñido, las ha observado y estudiado, y ha emitido un veredicto. He acabado de leer la biografía y las cartas y ahora he pasado a los poemas. Me los leo hasta que me aprendo de memoria algunos pasajes.

> Si el océano arrullado y jadeante pudiera revelar
> todo lo que ha pasado sobre su arena dorada,
> cuando las olas iluminadas por la luna se alzaron ufanas,
> y arrojaron su espuma sobre los ecos de la orilla.
> Si el rocío pudiera decir cuántas lágrimas se han mezclado
> con las brillantes gotas como gemas que llora la naturaleza,
> si la noche pudiera decir cuántos ojos miran fijamente
> las oscuras sombras mientras la creación duerme.

Me empieza a doler la cabeza de la luz azulada del móvil. Despuntan los primeros albores del día.

El hospital de nuevo, las escaleras, la sala de espera; una silla junto a la ventana, el expositor de dípticos en la pared. Mujeres con pañuelos de estampados étnicos en la cabeza, mujeres con goteros, algún que otro hombre solitario. Otra mujer joven sentada junto a su madre, silenciosa y afligida. Me llaman. Todo lo que has dado por sentado hasta ahora puede dar un vuelco.

De repente, todo pasa. Tiene nombre y no es muy común, pero es benigno. Te puedes marchar, me dicen. Vuelve dentro de seis meses, cuando hayas terminado de dar el pecho, o dentro de un año como mucho y te volveremos a examinar para confirmar que todo sigue bien. Han cambiado el orden de las casillas del formulario, por lo que la secretaria de admisiones no encuentra las que debe marcar. Cuando da con ellas, ya está, ya puedo llevar la copia blanca a la recepción de la planta baja y marcharme, al encuentro del despiadado, maravilloso y anquilosante calor de la calle. Me prometo a mí misma que haré que mi vida tenga sentido. Alzaré la voz. Lucharé contra la injusticia. Las

promesas afloran en mi interior. Perderé menos tiempo en las redes sociales. Valoraré más a mi marido. No volveré a gritar a mis hijos. Mis hijos. Les enseñaré que ellos también tienen el deber de distinguirse. Intentaré dar buen ejemplo. Lo haré. Lo haré.

En 1863, Caroline termina una novela en la cual la heroína protagonista se niega a doblegarse ante la vergüenza. Beatrice Brooke es seducida y después abandonada por Montagu Treherne, un rico de actitud depredadora; estando sola en Gales, su hijo ilegítimo muere siendo un bebé. A pesar de todo, Beatrice rehace su vida vendiendo sus ilustraciones y la puntilla que teje a mano, regresa a Londres y allí se convierte en la modelo de un artista. Contra todo pronóstico, *Lost and Saved* tiene un final feliz: Beatrice se casa y tiene otro hijo. La crítica se mostró dividida ante la obra. Algunos la consideraron una obra genial, la mejor de la autora hasta la fecha, mientras otros se ofendieron por el hecho de que una mujer caída en la desdicha se pudiera redimir de ese modo. Caroline defiende a su heroína en la sección de cartas de *The Times* y, a continuación, empieza a trabajar en su siguiente y última novela, aunque naturalmente ella no sabe todavía que será la última. Su segundo hijo, *en un terrible eco de mi juventud*, se vuelve cada vez más violento. Su humor cambiante, tosco y caprichoso, adquiere tintes oscuros. Tiene ataques de ira irracional y culpa a su madre de cosas que no tienen sentido, por lo que ella lo rehúye por miedo y se esconde en su habitación. Cuando sale, la zarandea y le ordena que desaparezca de su vista. La insulta con lenguaje soez, la golpea y también golpea a su mujer.

Seguimos adelante. Resistimos y seguimos adelante. Las viejas batallas, las mismas batallas, regresan una y otra vez con infinitas configuraciones nuevas. Anuncian que el 24 de julio el bebé hinchable viajará hasta Sídney para la visita del presidente de los Estados Unidos. El 24 de julio, Raices publica en Twitter un llamamiento a sus seguidores:

> Recordad:
> Todavía hay niños en jaulas. Hay padres que siguen sin saber dónde están sus hijos.
> Algunos han sido obligados por la fuerza a abandonar el país.
> Ya no aparece tan a menudo en los medios de comunicación, pero el problema no ha desaparecido.
> Por favor, no os rindáis.

Lady Moon

Gracias, dice. Mañana a las tres menos veinte, octava planta, ascensor número nueve. Pero antes de acabar de repetir la información, su interlocutor ya ha colgado. Permanece de pie junto a la cocina americana. Bajo sus pies, los bordes de las piezas de linóleo amarillo se despegan del entarimado. Con el dedo del pie levanta una casi por inercia y después la pisa para devolverla a su sitio. En el acto, la vecina de abajo empieza a chillar. Cuando se mudaron, les trajo una bandeja de *samosas* caseras que ellos aceptaron con muestras excesivas de agradecimiento. Sin embargo, desde entonces, la mujer se ha quejado de ellos más de una docena de veces: fiestas inexistentes, peleas imaginarias... Ahora, cuando les sube comida, le dan las gracias y la tiran directamente a la basura, aunque traiga mal fario. Hemos buscado motivos para marcharnos, eso es lo que se han dicho el uno al otro. Las ollas y sartenes que golpea por la noche. Los montones de cartones podridos que se amontonan junto a la valla. Las dramáticas discusiones con personas invisibles.

Los gritos pierden intensidad, se convierten en un gruñido y después cesan.

Mañana a las tres menos veinte. Octava planta, ascensor número nueve.

Hay dos tipos de ginebra y un *whisky* japonés encima de la nevera. Una botella polvorienta de angostura. Un viejo aguardiente de cereza que usaron una vez para cocinar y una botella de Baileys sin abrir. Cuando iban al colegio, bebían chupitos de Baileys y *sambuca* y la combinación se llamaba «pezón resbaladizo»; si, además, le añadían *amaretto* y Khalúa, el nombre era «chillido orgásmico». Era el colmo de la sofisticación en el Wolsey o en el Boom Boom Room. Se estremece. No tiene ni idea de dónde ha salido esa botella. Coge la de *whisky*, pero la vuelve a dejar en su sitio. Le podría enviar un mensaje a Adjo: *¿Qué tal si compras una botella de vino blanco de camino a casa?*, pero entonces él lo pillaría al vuelo y no le apetecía decírselo de manera tan abrupta.

Sacan las sillas a la terraza de la azotea y pasan allí las largas y pálidas tardes. En realidad, no se trata de una terraza, sino de la cubierta alquitranada del edificio contiguo, del apartamento donde viven su hermano mayor y su hermana. Los inquilinos anteriores dejaron un jazmín descuidado en una maceta y ella ha comprado bandejas preparadas de hierbas aromáticas: perejil, eneldo, romero y salvia. La

ciudad exhala el inhóspito calor acumulado durante el día. Se oye retumbar la música de un coche aparcado más abajo, desde donde les llega también un hedor a hierba. Observan los aviones que dejan una estela plateada tras de sí en un firmamento que oscurece gradualmente.

Se han descargado una aplicación para identificar aviones. Al principio era una mera distracción, pero resulta curiosamente adictivo. Apuntan al cielo con el móvil y esperan que el dispositivo les devuelva información con un zumbido o un pitido. La mayoría de los aviones no tiene nada de especial, proceden de Zúrich, Fráncfort, Dublín o Aberdeen y casi siempre su destino es Heathrow, aunque a veces cazan un vuelo Qantas, o el UPS que cubre la ruta entre Louisville International y Colonia Bonn, o un *jet* privado con toda la información oculta.

Adjo sale tarde del trabajo y, cuando llega a casa, se la encuentra en la terraza.

Ey, dice, mientras atraviesa trepando la ventana. Se deja caer sobre la otra silla desvencijada de madera curva que rescataron de un contenedor de una obra.

Ey, responde ella, y se inclina hacia delante para vaciar el resto de agua de la botella en las macetas y ganar así unos instantes antes de que Adjo pueda verle la cara.

Dios mío, dice él, y lo repite: Dios mío.

Bajan juntos a la tienda. Una botella de *chardonnay* de las que publicitan demasiado y tienen un precio excesivo.

Podríamos seguir hasta la licorería y comprar algo mejor, sugiere él.

No estamos de celebración, replica ella. No pretendía que sonase tan duro.

Vuelven a casa y él prepara la cena, algo avergonzado, porque tiene hambre a pesar de todo, mientras ella no tiene apetito. Se sienta en un taburete y lo observa: remangado hasta los bíceps, cortando los ingredientes como un chef, con la mano izquierda tapando la hoja. De repente, deja a medias su segunda copa de vino, por si acaso, y al cabo de unos instantes rompe a llorar.

Esa noche sueña con una gran casa de listones de madera junto al mar, con un porche blanco que la rodea por tres lados y rosas trepando por las columnas del pórtico. Sube las escaleras y recorre el tramo lateral del porche, donde alcanza a ver a una señora resplandeciente que se aleja con una niña. En el sueño, la señora se gira para mirarla, pero la niña no; en el sueño, ni siquiera intenta pedirles que no se marchen. Se despierta temblando y, cuando él intenta consolarla, lo aparta enérgicamente.

Quedan para almorzar una hora antes de la cita. Deambulan por los aledaños del hospital, por las calles de casas bajas con zonas ajardinadas pequeñas y descuidadas, cristales rotos, cacas de perro, rosales desatendidos y alguna que otra jeringuilla. Se apoyan contra un muro de ladrillos y Adjo le coge la mano.

He estado buscando en Google, le dice. Podría no ser nada. Podría ser... implantación.

Procedente de sus labios, la palabra suena suave y conciliadora. Sí, contesta ella. Aunque no lo creo.

No, concuerda él.

La doctora tampoco lo tiene claro. O sea, por eso decidió...

Sí, dice él. Sí.

Por teléfono, sin visitarme siquiera.

Sí, repite él. Al cabo de unos instantes, añade: Estamos juntos en esto.

Sí. Lo siento, ya lo sé.

Te quiero, le dice. Nos tenemos el uno al otro.

Nos tenemos el uno al otro, repite ella, y es verdad; y, hasta hace dos semanas, su vida, su divertido pisito y las tardes en la terraza les parecían más que suficiente, más de lo que merecían.

Las tres menos veinte, octava planta (ascensor número nueve). Una hilera de sillas monobloque atornilladas al suelo. La ventana con vistas a la ciudad, las docenas de grúas con sus brazos oscilantes bendiciendo constantemente las obras situadas a sus pies. Un recuerdo: una excursión a Edimburgo en sexto de primaria, una cámara oscura en la que, mediante un inteligente juego de espejos y una tarjeta, podías coger un cochecito con forma de escarabajo que se encontraba mucho más abajo. Veías cómo subía por la tarjeta y luego volvía a caer al vacío. Y lo mismo con personas: las recogías como si fueran hormigas y fingías soplar, y entonces veías cómo se alejaban, ajenas a todo. Se dispone a contárselo a Adjo, pero cambia de idea. En esa sala no hay intimidad; aunque no quieras escuchar las conversaciones ajenas, es imposible evitar oírlas, aunque sea por encima. «He ido a hacerme una ecografía por lo privado y, al no detectar frecuencia cardiaca, me han mandado para acá directamente. Por favor, necesito que me vean.» Las tres menos diez. Las tres. Una pareja sale de la consulta contigua con expresión ceniza. Él no logra abrir la puerta, no sabe qué botón pulsar ni si debe empujar o tirar, mientras ella se espera a su lado colocándose el hiyab.

Las tres y cinco. Y diez. Y cuarto. Y media. El reloj no funciona bien, llevan ahí horas, la vida entera. Por fin la llaman. Toda la sala de espera observa cómo se levanta y después las miradas se dispersan

furtivamente.

Las preguntas bruscas, concretas, corteses. El historial, los datos. ¿Algún sangrado más?

Un poco.

¿Rojo brillante?

Más bien... color óxido.

De acuerdo, vamos a echar un vistazo.

A continuación, esa sensación íntima de violación impersonal.

Así, muy bien, dice la enfermera. Responde de manera automática, como si fuera un cumplido, gracias.

Adjo está a su lado, le coge la mano con fuerza excesiva. O a lo mejor es ella la que aprieta demasiado. La pantalla está orientada hacia la profesional, que va pulsando con los dedos de la mano izquierda. Uñas acrílicas de colores vistosos. Es insoportable. Siente aflorar el llanto, la autocompasión desdichada. La profesional corrige la posición de la sonda y la pantalla parpadea.

De acuerdo, dice, por fin.

En internet, todo el mundo parece dominar ese nuevo idioma, el vocabulario del grosor endometrial, de los análisis en serie de hormona beta, de hCG, de UI/l y polos fetales. Frases repletas de siglas: PG, AE, pico LH. DPO, HPT, OPK. Clomifeno, metformina, dosis, fechas. Peticiones de apoyo: *¡POR FAVOR, compartid vuestras experiencias positivas!*

Cuando se disponían a marcharse, la enfermera dijo: «Quizás sea demasiado pronto, o puede que sea una señal de que no es viable. Vamos a esperar una semana y después te volveremos a tomar muestras de sangre».

¿Qué más dijo? «Me temo que las cifras no son buenas.»

En internet, una señora presentaba cifras bajas que se duplicaban muy despacio y ahora está embarazada de doce semanas. De gemelos. Otra se hizo una ecografía de control antes de una D y C y detectaron frecuencia cardiaca. Una avalancha de historias sin signos de puntuación que se suceden, actualizaciones esporádicas de la autora del hilo o usuarias preguntándole cómo ha evolucionado la situación.

Escruta las cifras de su informe de una sola página, las revisa para comprobar si ha pasado por alto alguna cosa.

Saco gestacional: presente

Grosor endometrial: 25,00 mm

ßhCG: 141 UI/I, requiere medición en serie de niveles hCG para establecer la tendencia.

Google le ha traducido la información. En Google, cada uno de esos

elementos la aboca a la desesperación y le abre la puerta a la esperanza al mismo tiempo.

Queda a la espera de sentir la lenta calidez del primer coágulo, pero transcurren dos días, y después tres, y no sucede nada. Llega el fin de semana y pasean a lo largo del canal hasta llegar al centro de jardinería. Una pizarra anuncia CAFÑ, TÑ, BEBIDAS FRÍAS con letras de colores, aunque la camioneta clásica Piaggio que hay en el interior está fuera de servicio. Recorren los caminos de gravilla, los manzanos con los frutos embolsados, los laureles podados en forma de pompón. Compra impulsivamente un *Rhodanthemum*, margarita marroquí o *moondance*, porque le recuerda a la canción de Van Morrison; una planta llamada nemesia, porque huele a vainilla, y un cosmos de un color intenso llamado «violeta casanova». Al volver al piso, alinea las plantas en el murete que delimita la terraza y entonces piensa que necesita tiestos de verdad y compost para trasplantarlas. Una regadera. Debería ponerle una estructura para trepar al jazmín, un enrejado hecho con cañas de bambú. Cuerda de jardinería o cordel. Como de costumbre, pasan el atardecer en la terraza. Un vuelo de las líneas aéreas internacionales de Pakistán ha despegado hace doce minutos y doce segundos rumbo a Karachi. 1.850 metros de altitud. Velocidad 324 nudos. Un vuelo procedente de Dublín inicia el descenso hacia la City de Londres. La maniobra de aproximación lleva a la aeronave hasta Southend-on-Sea y ahora vuela a una altitud de 560 metros con una velocidad-tierra de 88 nudos; tiempo de vuelo restante: un minuto.

El móvil hace los cálculos con un margen de error de pocos kilómetros. Y eso no es nada: ¿sabías que se puede calcular la distancia de cualquier punto de la Tierra con respecto a la Luna con un margen de error de apenas unos centímetros? Ambos dirigen la mirada a la luna pálida que se alza en el cielo.

Un margen de error de pocos centímetros, repite ella.

Se acuerda de una canción que solía cantar su abuela, incluso después de perder la capacidad de conversar. *Lady Moon, Lady Moon, tú que sobrevuelas los cielos, baja de las alturas adonde te espera el bebé. Dulce bebé, que estás allí abajo, oigo tu voz, pero no puedo ir a buscarte*.

No lo habían planeado. No están preparados, ni de lejos. Se lo recuerdan mutuamente. Era lo último que se les habría pasado por la cabeza. Se lo repiten una y otra vez. Viven en un piso pequeño, amueblado apresuradamente con cosas procedentes de un piso anterior y más

grande. Hay tabiques que parten ventanas, escaleras empinadísimas y barrotes demasiado separados; hay un radiador detrás de la nevera y la terraza no es más que una superficie asfaltada de pocos metros. Adjo acaba de terminar la carrera, siete arduos años de estudio, mientras ella trabaja por su cuenta; a duras penas llegan a fin de mes entre el alquiler y las deudas. Se quieren prometer y después se quieren casar. Quieren viajar, a la India quizás, o a Tailandia. El contrato de arrendamiento especifica que no se admiten bebés, lo dice justo después de la cláusula que no les permite tener mascotas. A pesar de todo. Cuando vieron aparecer la rayita rosa, al principio les pareció que se iban a desmayar; después, les entró la angustia, pero, sorprendentemente, lo siguiente que sintieron fue felicidad. Pánico, por supuesto, e incredulidad, pero sí, también felicidad. Ella, en concreto, sintió como su alma —su verdadera alma indiscutible, algo que no se había planteado con anterioridad— crecía hasta hacerla sentir demasiado pequeña para contenerla.

Lunes, y luego martes. En su interior, cifras infinitesimales se duplican concienzudamente o caen en picado siguiendo sus patrones intrincados y misteriosos. Mañana les darán la respuesta. En internet, la gente habla de IC después de AE. Antes se decía que era mejor esperar, pero ahora parece que ya no es necesario. Es más, *no debes* esperar, porque la compensación natural hace que tu cuerpo sea más fértil. Al cabo de un mes o incluso de dos semanas la prueba podría arrojar un positivo inequívoco. Devora los mensajes de los foros con arrebatos de autorrechazo. Siente aprensión ante las ansias de todas esas mujeres. Rebuscar minuciosamente entre despojos de intimidad ajena para aferrarse a una brizna de esperanza. La idea de encontrarse algún día en esa situación. Otras cosas que dicen en internet. Que un alma que aparece en tu plano astral, aunque sea un instante, unos pocos días, una semana, es un alma que te ha elegido como madre. Que los alimentos deben ser suaves y untuosos, nunca duros o picantes. Que los daños en tu chakra raíz pueden causar problemas reproductivos, además de un problema existencial más amplio por el cual una nunca termina de sentirse como en casa en ningún lugar. Que la ley de la atracción nos alinea con una realidad acorde a cómo nos sentimos, por lo que anhelar algo con tanta fuerza necesariamente nos aboca a una situación en la que carecemos de lo que deseamos; de lo contrario, ¿cómo podríamos seguir anhelando? Que todo pasa por un motivo, porque el mundo sería demasiado cruel si solamente aprendiésemos de las experiencias dolorosas y, en tal caso, las lecciones derivadas de dichas experiencias nos resultarían confusas.

La noche previa a los resultados llama a su madre, que pone el altavoz para que pueda hablar también con su padre al mismo tiempo. No encuentra la manera de explicarles nada de lo ocurrido. ¿Cómo va a contar nada, si las cosas todavía pueden cambiar? Divaga acerca de los barcos de colores del canal, con sus guirnaldas de lucecitas, su pequeño jardín central y las margaritas rosa y blanco que ha comprado y cuyo nombre ya ha olvidado, lo cual divierte a su padre, jardinero entregado, como debe ser. Cuando su madre le dice que, a pesar de todo, suena un poco apagada, ella contesta que puede que esté algo acatarrada. Sus padres llevan treinta y dos años casados y tienen tres hijas. A su edad, su madre ya la tenía a ella y estaba embarazada de su hermana mediana; lo que hicieron fue comprarse una casa «familiar» más grande. Sabe que les preocupa que viva en Londres, pero no por la delincuencia, las drogas o el precio de las cosas, sino por lo difícil que resulta conseguir tu propio espacio en la ciudad, echar raíces de cualquier tipo. Sin embargo, Adjo es de Londres nunca se marcharía a otro lugar. Y, ahora, ella sabe que su sitio está junto a él. Y, aunque no hayan pasado más que un par de semanas, esta cosa —lo que sea o deje de ser— que no es más grande que una semilla de girasol o un grano de arroz los ha unido aún más y los ha hecho hablar largo y tendido sobre niño o niña, sobre el color del cabello, de los ojos o de la piel.

Se convencen mutuamente de que, ahora, la vida ha retomado el ritmo que tenía al principio: trabajo, un piso mejor, la boda. Su nueva identidad no ha durado más que un par de semanas. Ese futuro resplandeciente y poco plausible a partes iguales.

Todo el mundo era malo y falso

Dos semanas después de la muerte de tu prima te encuentras en un vuelo nocturno de vuelta a Londres desde Toronto. Tu hija, de veintiún meses, demasiado pequeña para tener su propio asiento, pero demasiado mayor para pasarse todo el vuelo en tu regazo, está agotada e inquieta. Se te ha acabado la batería del móvil. Ya no puedes recurrir a los dibujos animados, así que lo único que tienes a mano para entretenerla mientras el avión maniobra y espera, maniobra y espera, cada vez más cerca de la pista de despegue, es el libro que tu tía le ha regalado justo antes de marcharos, el primer volumen de una colección autoeditada y publicada por su parroquia.

Todo el mundo, dice, *era malo y falso. Todos excepto Noé. Noé era bueno y, como era bueno, Dios lo salvó*.

Odias este libro.

¿Miramos a los animales? Pero tu hija responde que no. Le gustan los animales, pero esas páginas le gustan todavía más. A lo largo y ancho de una doble página, la gente mala y falsa se dedica a hacer cosas malas y falsas: se tiran del pelo y se ríen, se apuntan mutuamente con tirachinas y catapultas, protestan, refunfuñan, escupen y se pisan. Señalas a cada uno de ellos y nombras la falta que están cometiendo, mientras tu hija pone caras divertidas y se ríe.

A ver esos animales, dices con tono firme mientras pasas la página, pero tu hija echa la cabeza hacia atrás y protesta.

Lo siento mucho, te disculpas con el hombre del asiento de al lado, el hombre que tendrá la mala suerte de sentarse junto a ti durante las próximas siete horas y treinta y seis minutos de vuelo. El único consuelo, indiscutiblemente insuficiente, es que la vuelta dura la friolera de treinta minutos menos que la ida.

No se preocupe, contesta él, y añade, innecesariamente, puesto que ya ha sido muy amable antes, al ayudarte a colocar el equipaje de mano en el compartimento superior y sacar después de la desordenada bolsa de tela de debajo del asiento la taza de la niña, los conejitos, las chocolatinas para sobornarla y el libro de marras, que lo entiende, que él también tiene hijos, en concreto dos hijos, pero el tono del llanto de tu hija no para de aumentar. Le lanzas un gesto de disculpa, te devuelve una sonrisa y luego aparta la mirada educadamente, como si no hubiera nada que ver.

Por favor, le pides a tu hija, que tiene la cara colorada y aúlla

desconsolada, por favor, Matilda, chissst, y reprimes el impulso de zarandearla o de ponerte a dar voces.

Respiras hondo y vuelves a empezar: *Todo el mundo era malo y falso*.

Hay una página del libro que te gusta. Una página de color azul, solo azul, con un arca pequeñita en el extremo superior derecho. Sin palabras, nada, solo la vertiginosa perspectiva; el peso de toda el agua que ha diluviado. Es la única imagen auténtica de toda la historia.

Tu hija se retuerce y llora durante todo el despegue, pero cuando el avión alcanza la altitud de crucero, la señal de cinturones se apaga y la tripulación se dispone a iniciar el servicio de cabina, se duerme sobre tu pecho. Sostienes su cuerpo pesado y cálido, blando y tendente al desparrame, y, cuando su respiración tiembla y se vuelve más pausada, te concedes tú también cerrar los ojos durante un rato. Quedan siete horas y tres minutos. No llega a cinco mil kilómetros. Te da la sensación de que lo que atraviesas es mucho más que espacio y tiempo. Hace media vida que te marchaste de Londres. Y ha sido una de las veces en que tu marido y tú habéis estado separados durante más tiempo. Y es, con diferencia, la ocasión en que se ha pasado más tiempo sin ver a Tilly.

Lo acompañaste a un par de rodajes después de su nacimiento: uno en Dublín, otro en Ciudad del Cabo. Pero no resultó ser como ninguno de los dos os habíais imaginado, y, desde luego, no fueron unas vacaciones: intentar calmar a un bebé en un entorno desconocido, interminables horas deambulando sola o echada en una habitación de hotel intentando dormir, pero pendiente al mismo tiempo de que él volviera del trabajo. Un chófer a tu disposición, pero sin saber adónde ir y, en todo caso, qué hacer al llegar a ese lugar. Acabó siendo una experiencia mucho más solitaria que si te hubieras quedado en casa con tu hija. Después de esos dos viajes decidiste no repetir.

Piensas en ocasiones anteriores en que hayáis estado separados, ocasiones en las que uno de los dos —más a menudo él que tú— tuvo que pasar un tiempo fuera, el reencuentro en estaciones de tren o a pie de taxi, y la extrañeza y la timidez que sentías al preguntarte si tendría un aspecto distinto al que recordabas, o si olería diferente, y como, a veces, al principio, te daba hasta cierto reparo mirarle a los ojos. Por Tilly, habéis intentado hablar cada día: en Ciudad del Cabo es seis horas más tarde que en Toronto, así que cada noche hablabais por FaceTime a la hora de acostar a la niña, medianoche para tu marido, aunque él estaba despierto igualmente, de copas con el equipo o intentando resolver

nuevos problemas en un rodaje de por sí sobrecargado de trabajo y con un calendario prorrogado.

Intentas no pensar en esta separación prolongada en clave de separación, de prueba.

¿Su esposa desea algo?, pregunta la azafata. Abres los ojos.

Ah, dices, nosotros no... al mismo tiempo que él también dice Ah, nosotros no... y sonríe con sorna.

Creo que a ella también le vendría bien un *gin-tonic*, ¿no? Sonríes y contestas Sí, gracias, buena idea, y la azafata pesca unos cubitos de hielo, añade una rodaja de limón; abre el botellín verde, levanta la anilla de la lata con destreza, con movimientos muy practicados, y le entrega la bebida a él. La deposita en la mesita abatible contigua.

Gracias, repites, y te cambias de lado a tu hija para liberar una mano e interceptar el vaso.

Salud, dice él, con un acento particular que tiene un aire al tuyo, y repites la palabra con tu acento, parecido al suyo. Chocáis los vasos y dais un sorbo.

Por los bebés dormidos, dice él, y tú contestas Lo siento muchísimo, de verdad, y él te explica que una vez viajó solo en avión con los gemelos, de tres años recién cumplidos, de Vancouver a Sídney con escala en Los Ángeles, madre mía.

Solo con gemelos, repites, y él añade que sí, que su mujer viajaba mucho y la canguro estaba enferma, parecía una broma pesada, no le deseo un viaje así a nadie, y guarda silencio durante unos instantes. Mi hermana murió una hora antes de nuestra llegada. Lo siento, añade.

Mi prima ha muerto, explicas, hacía años que no la veía, pero durante un tiempo fue como una hermana para mí.

Lo lamento, dice, mientras tú también te disculpas, porque una prima con la que no hablas desde hace años no es lo mismo que una hermana, y, aunque no haya una manera real de medir el luto, hay y debe haber una jerarquía de la pérdida.

Volvéis a chocar los vasos, más serios esta vez, dais un sorbo y desviáis la mirada. Ninguno de los dos dice nada durante un rato, hasta que él puntualiza que de eso hace ya veinte años.

Tú guardas silencio porque no sabes qué añadir.

El sol abrasador y el amplio cielo azul, la temperatura ideal para ir en manga corta, los árboles vistiendo los primeros colores otoñales, un día estúpidamente perfecto. El silencio y la temperatura refrescante de la capilla mortuoria, antigua para estar en Toronto, diseñada y construida por John G. Howard en 1842. Ladrillo blanco y piedra, ventanas hundidas

coronadas por un trifolio y tejado apuntado; una excelente muestra de la arquitectura neogótica en Canadá. En el pequeño vestíbulo, el sonido metálico del *bluegrass* de *Hey Duggee* procedente de tu móvil. Las Ardillas van a la sede del club a preparar tartas de zanahoria para los conejitos fumetas; Roly, el nervioso hipopótamo; Happy, el cocodrilo adoptado por elefantes; Betty, el pulpo que viaja en el submarino naranja de su padre; Norrie, el ratón, y Tag, el rinoceronte: todos reunidos ante la emocionada mirada de Tilly para darse un *Duggee-abrazo*. Mientras, en la nave, el sacerdote pronunciaba sus palabras y los asistentes, de luto, le respondían; se ponían de pie, se sentaban, cantaban a coro, lloraban, y tu prima ya no estaba entre vosotros.

Polvo somos y en polvo nos convertimos, piensas, aunque a ella ya le ha llegado la hora. Su cuerpo firme y cálido pegado al tuyo dentro de los sacos de dormir que habíais juntado para caber las dos. Ella te confiaba secretos sobre un chico al que había besado. Sus piernas largas y morenas, el pantalón corto azul con ribetes rojos mientras subía los peldaños de dos en dos y de tres en tres, los tatuajes que intentaba haceros a ambas con la punta del compás y un cartucho de tinta de tu pluma Parker amarilla. Tú tenías doce años y ella catorce, y el lugar elegido fue justo por debajo del hueso de la cadera, donde vuestras madres no pudieran descubrirlo y donde aún hoy se aprecian unos puntos azules de tinta emborronada.

Repasas los recuerdos y te parece imposible que todo aquello se haya esfumado. Además, el hecho de haberse esfumado hace que parezca que nada ha sido real, que las personas no llegan a conocerse nunca ni a amarse de verdad y que, a fin de cuentas, importa bien poco si un matrimonio se rompe o si era viable siquiera desde un principio. Y, aun así, ¿cómo puede ser que no importe?

El carrito de la comida llega a tu fila. El cuerpo de tu hija no te permite abatir completamente la mesita, así que el hombre coloca tu bandeja junto a la suya.

¿Te corto la comida?, pregunta. Te ríes cohibida mientras parte por la mitad un panecillo, lo unta de mantequilla y te lo da. Después recoge con el tenedor los dados de pollo del plato y te los acerca a la boca, igual que tú harías con Tilly.

Das apenas un par de bocados y la situación te sobrepasa. La extravagante intimidad de un desconocido dándote de comer.

Ya estoy, dices, no tengo mucha hambre. Y es cierto, hace un tiempo que no tienes hambre, y no es por el *jet lag* o el disgusto a raíz de la muerte de tu prima, sino que viene de antes, de hace semanas o incluso

meses. Sabes que estás adelgazando y le quitas importancia achacándolo a tener que pasarte el día persiguiendo a un bebé. Te esfuerzas por comer, y lo haces tanto por ella como por ti; pero la sensación de vacío en tu centro, el dolor en tu plexo solar suprime el hambre y, de algún modo, no te sienta tan mal refugiarte del mundo en esa sensación de aturdimiento, en ese estado vago e insustancial, como si pudieras seguir avanzando a la deriva indefinidamente, como si no existieras ni necesitaras existir. A veces tienes la sensación de que la única persona real que hay a tu alrededor es tu hija, lo cual se debe, sin duda, a la inmediatez y a la urgencia de sus necesidades.

Y a qué te dedicas, te pregunta, como si te acabara de leer el pensamiento, ¿o eres madre a jornada completa? Y tú respondes que no, que eres arquitecta, aunque luego lo matizas añadiendo que al menos lo eras antes, porque a lo que te dedicas actualmente, además de empujar un carrito infantil por las calles de la ciudad, es a hacer fotos con el móvil —ya ni siquiera te llevas la réflex— de detalles de piedra, fachadas de ladrillos esmaltados, restos de publicidad mural antigua, hormigón impreso, ventanas estilo Reina Ana o retenedores en forma de pequeños bustos hugonotes para sujetar los postigos, imágenes sin una finalidad concreta, por lo que ya no te molestas en descargarlas en el portátil.

A partir de noviembre, explicas, cuando cumpla dos años, Tilly tendrá plaza en la guardería: tres mañanas a la semana al principio y, cuando se haya aclimatado, también irá por las tardes. Tu marido dice que podrías dedicarte a proyectos de casas particulares, publicitarte en el vecindario, acondicionar o ampliar buhardillas, cosas que te mantengan ocupada y te permitan retomar el trabajo. Últimamente también dice que deberías montarte tu propio estudio, como si la arquitectura le viniera de nuevo, a pesar de los años que lleváis casados. Sin embargo, tiene razón en parte, porque ¿en qué vas a ocupar los días si no?

Asiente mientras te escucha y tú sigues hablando.

Tener otro hijo sería lo más lógico y, como hija única, lo que más quieres es que Tilly tenga un hermano o hermana, pero no. Siempre que habláis de hijos, de trabajo o de qué viene a continuación, acabas muy cansada. Sientes un agotamiento que te cala hasta los huesos o que quizás proceda de ellos. Agotada «hasta el tuétano»: antes te sentías satisfecha cuando dabas con palabras o expresiones que describían algo a la perfección, les encontrabas una especie de lógica matemática; ahora, en cambio, te sientes vieja, y punto.

Te callas en seco esperando que el comentario le haga gracia, pero no se ríe.

Tengo cincuenta y seis años, lo cual, en un mal día, equivale a

sesenta; hace dos años que me divorcié y mis hijos están a punto de cumplir veinticuatro.

Caes en la cuenta de que has estado intentando adivinar su edad.

Cincuenta y seis, repites, aunque no tenías intención de decirlo en voz alta. Él levanta las manos y hace un gesto de dolor.

No los tengo, dice; sé que no los tengo, porque en muchos sentidos todavía me siento como si yo mismo fuera a cumplir los veinticuatro.

Sé a lo que te refieres, dices. O sea, no me veo distinta, no creo ser diferente a como era hace años.

No creo que cambiemos, afirma él.

¿No crees que la gente cambie?, preguntas, ¿o no crees que seamos capaces de cambiar?

Claro que la gente cambia, responde él, pero creo que cambiamos para ser cada vez más nosotros mismos.

No sabes si la idea te resulta reconfortante o profundamente triste.

Entonces, ¿qué esperanza nos queda si estamos condenados a no poder empezar de nuevo o volvernos, yo que sé, personas diferentes, personas mejores?

Se encoge de hombros y sonríe. Creo que son momentos, dice. Los momentos, el aquí y el ahora, es todo lo que tenemos.

¿Es todo lo que tenemos o es lo único que tenemos?

Puede que ambas cosas.

Una chica que iba contigo a la universidad se casó con un hombre veinticinco años mayor que ella; técnicamente, le doblaba la edad, y más: ella tenía veinticuatro y él cuarenta y nueve. Antes de estar con él, se había prometido con un chico de la universidad que había recibido la mayor distinción posible del deporte universitario, eran una pareja modélica. Nadie comprendió por qué rompieron. No la conocías mucho, pero una vez acabasteis borrachas y ella se puso a llorar y dijo que no hay mayor soledad que la que sientes al estar en la cama con una persona mientras deseas a otra.

Al cabo de poco tiempo tuvieron una niña, mucho antes que cualquier otra compañera de clase tuviera hijos. Ya debe de ser adolescente.

Después de aquella noche de borrachera mantuvisteis el contacto durante un tiempo, le compraste un regalo cuando nació la niña, un vestido con volantes de una tienda de esas en las que la ropa infantil vale lo mismo que la de adulto y donde el dependiente te envuelve la prenda para regalo en papel de seda amarillo con excesiva teatralidad.

Aquella fue la única vez que fuiste a su casa porque te sentiste

incómoda. Tenían ramilletes de peonías en jarrones y ollas Le Creuset y un soporte magnético con un juego de cuchillos con monograma y copas distintas para vino blanco y vino tinto y una enorme cama con hectáreas de sábanas blancas que viste desde el pasillo de camino a la habitación infantil y un cuarto de baño para invitados y jabón con aroma a césped recién cortado. Echando la vista atrás, la casa no era nada del otro mundo —un modesto adosado en una calle de Kentish Town—, pero en ese momento era imposible no sentirse como en casa de los padres ingleses pijos de alguna amiga y pensabas en lo extraño que resultaba que aquello fuera ahora su vida, un salto cuántico a las antípodas de habitaciones alquiladas y pisos compartidos y casas victorianas destrozadas y pisos de copropiedad del tamaño de una caja de zapatos.

Sin embargo, lo que más te chocaba y te desconcertaba era la entrega que ella demostraba: como si, después de todo lo que habían vivido, no se pudieran permitir el lujo de desviarse de una marcada predisposición a las rencillas. En ese momento te pareció un estilo de vida agotador, aunque a estas alturas intuyes que quizás el problema fuera la certeza de haberse conocido demasiado tarde, como mínimo para él, por lo que no había tiempo para dejar nada al azar, y que su manera de querer era cuidadosa y tierna, no porque no se amaran, sino porque precisamente lo hacían con una especie de desenfreno.

Ahora tú misma tienes copas de vino Riedel y flautas Dartington para champán, y cuchillos japoneses, y un afilador de calidad, e incluso a veces jarrones con peonías. Un jarrón, mejor dicho. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Cómo has terminado casi sin darte cuenta la colección de vasos de chupito baratos y copas de vino mangadas de los *pubs*, con su cristal grueso y las medidas grabadas, y has entrado en este mundo? ¿Cómo has alcanzado este nivel tú que procedes de padres humildes que brindan con combinados embotellados por Nochebuena y en las bodas y cuya única botella buena de licor crema era una concesión a tu abuela? Tu propia ceremonia de boda para casarte con un productor de gustos extravagantes en cuanto a fiestas navideñas, cumpleaños y aniversarios. Sin embargo, no consigues borrar la sensación de que todo esto te ha caído sin quererlo y sin haberlo pedido, sin por ello sentirte diferente de cuando tenías veintinueve, veintisiete o, sí, veinticuatro años.

¿Te puedo hacer una pregunta?, dice él. Por supuesto, respondes, inexplicablemente aturdida.

Recoge el libro que había caído al suelo y lo abre.

¿De verdad te crees todo esto? ¿Las personas son malas y falsas y están, a falta de una palabra mejor, condenadas?

Echa un vistazo a la gente mala y falsa y, a continuación, cierra el libro y lo introduce en tu bolsa de tela.

Me educaron para creer en ello, contestas. Dios y Noé, el diluvio, el arca... Crecí creyendo que era verdad, literalmente. Que el mundo tenía seis mil años y el diablo había enterrado fósiles para hacernos caer en sus redes.

Por cómo lo cuentas, parece que has dejado de creer.

Tu tía: cara pálida, pelo recogido para lucir pómulos nuevos, demacrada, pero con una luz en la mirada al decir, convencida, que tu prima está ahora en un lugar mejor. La manera en que el cura habla de sus demonios cuando se refiere a los fármacos que le recetaban. El vuelo de los ángeles que la acompañaron en el momento final.

A veces pienso que todo sería más fácil si todavía creyera.

¿Por eso le leías el libro a tu hija?

Uy, qué va, contestas. ¡Ni hablar! Cuando llegue a casa, el libro acabará en algún lugar estratégicamente oculto. Mi tía se lo acaba de regalar a la niña. Es por leer algo, nada más.

Supongo, dice él, que yo prefiero pensar que, en esencia, las personas son buenas.

Ambos permanecéis callados un rato.

Me encantaría ser capaz de vivir así, dices entonces y, por un instante, te parece que alguien te está quitando un peso de encima.

Tu hija se despierta. No entiende por qué le duelen los oídos. No te queda ni un cartón de leche. Él se levanta, se dirige a la parte trasera del avión y vuelve con un puñado de sobres de leche. Los abre y los vierte, uno a uno, en el biberón. Los mililitros se acumulan hasta que hay suficiente leche para que la niña pueda beber. Mientras, la acunas en tus brazos, recorres el pasillo meciéndola. Aunque han bajado la luz y la mayoría de los pasajeros duerme, o intenta dormir, nadie te mira con mala cara. Cuando el biberón está lo bastante lleno, él coge en brazos a Tilly para que puedas ir al lavabo. En el cubículo metálico, te mojas la cara y piensas: tengo que aspirar a más. Tengo que esforzarme por comer y trazar un plan a corto plazo.

Tilly se duerme y tú sigues despierta, igual que él. Observáis en el mapa el avance en tiempo real del icono con forma de avión azul que sobrevuela el inmenso vacío que es el océano Atlántico. La ruta se dirige hacia el norte, hacia Groenlandia y el mar de Labrador antes de volver a caer, inexorablemente, hacia Irlanda y hacia casa. Charláis un rato más

de temas como lo inverosímil que parece que esa esbelta masa de metal vuele en lugar de estrellarse, que cruce el cielo siguiendo trazados predeterminados invisibles, corredores aéreos, mientras los pasajeros duermen y miran películas y tiran de la cadena en el lavabo y piden cubitos de hielo para sus *gin-tonics* y comen pan diseñado por ingenieros para que su sabor sea normal en las condiciones de baja presión y ambiente seco de la cabina. Ahí está el mundo, el océano, las olas oscuras con crestas blancas, el suelo a nueve mil y pico metros, y ahí estáis vosotros, suspendidos en las alturas, viajando a cientos de kilómetros por hora hacia el amanecer de un día completamente distinto. El tiempo deja de tener sentido durante ese paréntesis, durante ese tiempo fuera del tiempo, y lo mismo sucede con la distancia. Y las distancias que recorremos, entre el punto del que venimos y el punto hacia el que vamos, entre la persona que pensábamos ser y la persona que resultamos ser realmente. Quién sabe si, cuando tu hija sea mayor, los vuelos internacionales habrán dejado de existir y lo que conocemos ahora no sea para ellos más que un decadente vestigio de épocas pasadas. Pensamos o, más bien, vivimos —tú, por lo menos, hasta ahora— como si las cosas fueran para siempre; muy pocas veces hablamos de lo único que, a toro pasado, importa de verdad. Tantas palabras, miles de palabras, y ninguna de ellas adecuada, ninguna de ellas forma parte de la secuencia de palabras que en un momento dado podrían haber tenido sentido o incluso cambiado algo. Y, una vez más, pero esta vez de manera más apremiante, *¿es posible* cambiar o es demasiado tarde? ¿Siempre es demasiado tarde? ¿No vuelve a haber siempre un pequeño horizonte temporal en el que todo es posible?

Y estos son solo algunos de los temas.

El avión empieza el descenso. Mesitas y respaldos, cinturones de seguridad, últimas comprobaciones. Borrones de luz que se convierten en constelaciones de puntos luminosos; edificios, carreteras, casi linternas de bolsillo. La vibración y el chirrido del tren de aterrizaje, el rugido final de los motores. El apresurado contacto del avión con el asfalto, la estremecedora certeza del aterrizaje.

El estómago te da tumbos.

Coge tu equipaje de mano para bajar del avión y tú llevas a Tilly, que sigue durmiendo profundamente. Esperáis juntos a que traigan un carrito infantil. Lo abres de una patada y un tirón y le ajustas el arnés a tu hija. A estas alturas, casi todos los pasajeros han bajado del avión y han aterrizado varios vuelos nocturnos más, por lo que las dependencias de Inmigración están hasta los topes.

Oh no, dices, y él posa suavemente una mano sobre tu hombro.

Hola, Heathrow, viejo amigo.

Permanecéis allí de pie un instante y la multitud parece respirar al compás.

Señor, señora, acompáñenme, por favor. Una mujer de uniforme indica que las familias deben pasar por otro lado y retira la cinta de uno de los postes separadores para daros acceso a la cola del mostrador de familias y asistencia especial.

Él te mira y te sonríe y tú le devuelves la sonrisa.

Gracias, le dices a la mujer uniformada.

Maniobras con el carrito para unirte a la otra cola, que no parece avanzar más rápido que la primera —puede que incluso sea más lenta—, y él te susurra al oído que está por ver si el cambio es una ayuda o si más bien desincentiva viajar en familia.

Pasáis el control de Inmigración como familia, el mostrador de equipajes, y hacéis una pausa antes de alcanzar las puertas automáticas del vestíbulo de llegadas, donde tu marido os espera a Tilly y a ti: ha coordinado su vuelo desde Ciudad del Cabo para coincidir con el tuyo.

Supongo que hasta aquí hemos llegado, dice. ¿Vas a estar bien?

Sí, respondes. Qué otra cosa podrías decir.

Coges el asa de la maleta que lleva en la mano y echas a andar. Ya no sois una familia sino dos personas ajenas la una a la otra que cruzan la salida del control de aduanas: *Nada que declarar*.

Tu marido no está.

Encuentras una toma de corriente para enchufar el cargador del móvil. Una serie de mensajes: han prorrogado su estancia en Ciudad del Cabo, el asistente de producción ha tirado la toalla, la bailarina que se había roto el tobillo, el problema con el seguro, la secuencia que hay que volver a grabar. De camino al aeropuerto ha tenido que regresar para encargarse de esos problemas. No llegará a casa hasta mañana o quizás pasado, no lo sabrá seguro hasta esta noche. Te lo compensará. Besitos para Tilly, dile que el regalo más grande es para ella ¡Coge un taxi!

Lo sabías, piensas. Mientras embarcabas, leías sus mensajes diciendo que él también iba hacia el aeropuerto, pero sabías que esto podía pasar. Temías que fuera a pasar.

Mantienes pulsado el botón hasta que la pantalla se vuelve a apagar.

Él se queda con el carrito, el equipaje y el móvil cargando mientras te diriges al lavabo a enjuagar el biberón con Tilly lloriqueando apoyada

contra tu cadera y, después, al bar del aeropuerto a pedir un poco de leche templada. Y un café para ti tampoco estaría mal. Deberías haber preguntado si a él también le apetecía un café, pero no tienes suficientes manos. Piensas en tu madre: sus bromas sobre la necesidad de otro par de manos, la afirmación de que tenía ojos en la nuca, que tu prima y tú refutasteis en varias ocasiones tras peinarle el pelo. Tu madre debía ser más joven que tú ahora mismo, y tu prima y tú tendríais pocos años más que tu hija.

Todo sucede y, así, sin más, queda atrás.

Y aquí estás ahora. El trasiego caótico de la terminal de llegadas de Heathrow, la gente apiñada, apresurada y agobiada con sus obligaciones. Las siete y diecisiete de la mañana, un martes de septiembre.

Tilly de nuevo con el arnés del carrito bien ajustado, bebiendo ávidamente la leche de su biberón, concediéndote un paréntesis de tranquilidad.

Bueno, dices, y vuelves a coger el asa de tu maleta. De acuerdo.

Os acerco a casa, te dice, hay un chófer esperándome fuera, así llegaréis sanas y salvas.

Tiene los ojos muy azules.

Estás a punto de decir que sí.

Piensas en los libros que tanto le gustaban a tu prima, los que tenían varias líneas argumentales y decenas de finales distintos. Os los leíais tumbadas boca abajo, tu cabeza pegada a la de ella, con varias páginas abiertas, distintas opciones posibles. Tú procurabas avanzar siempre con cuidado para que la historia acabara bien, mientras ella elegía los caminos más descabellados por ver qué podía llegar a pasar. Ella se habría ido con él. Si estuviera aquí, al otro lado de una conversación de WhatsApp o de FaceTime, te diría: Hazlo.

Pero oyes tu propia voz diciendo que no, que será más fácil ir en tren con la niña, se ha pasado tanto rato encerrada que al menos en el tren podéis caminar por el pasillo. Además, no le sienta bien ir en coche. Cogerás el tren hacia Paddington y después el metro y puede que un taxi para el último tramo.

Pero ¿y el equipaje? ¿Y el carrito? ¿Cómo te las vas a apañar sola?

La gente siempre está dispuesta a ayudarte. Te han ayudado en todo momento, es cierto. Recuerdas enseguida el taxista que salió disparado a buscar un carro y te acompañó hasta el interior de la terminal, hasta el mostrador de Air Canada, y Chantal, que te pasó a pasajero *premium* sin cobrarte la diferencia para que Tilly tuviera un poco más de espacio. Mientras iba pulsando la pantalla, te fijaste en sus uñas largas, de color azul marino con pequeños cristales incrustados, e, intentando ser

agradecida, le dijiste lo mucho que te gustaban y le enseñaste las tuyas, cortas y mordidas, y ella te contestó con una amplia sonrisa. Y la gente a tu alrededor que no hizo ningún aspaviento ni te miró mal a pesar del penetrante llanto de Tilly. Y él, por supuesto, él. De repente estás a punto de llorar todas las lágrimas que te has estado guardando.

Oh, dice. Oh, ven aquí, y te coge la cara entre ambas manos y te seca las lágrimas con los pulgares y, por un momento, todo empieza a dar bandazos.

La terminal de llegadas de Heathrow se recompone a tu alrededor. Un artista cuya obra habías visto en Whitechapel: había clavado en un globo terráqueo hilos metálicos que representaban los vuelos de un solo día en todo el mundo; entonces disolvió el globo y solo le quedó un ovillo de hilos recubiertos de azúcar. Y piensas en el momento presente, en lo finos que son los hilos que vinculan personas y lugares, y lo valiosos y lo fuertes que son al mismo tiempo.

Me tengo que ir, dices. Porque si te quedas un instante más, no te irás. O no te podrás ir.

¿Qué vas a hacer ahora?, te pregunta.

¿Te refieres a ahora mismo o a ahora en un sentido más existencial?, respondes. Logras imprimirle un tono despreocupado a la pregunta.

Te mira y te sigue la corriente. ¿Ahora en un término medio?

Vamos a ver *Hey Duggee* en el tren hasta que se nos acabe la batería. Para entonces ya estaremos en casa. Pulsaremos todos los botones del ascensor. Haremos la compra y puede que preparemos un pastel, que no es más que una excusa para romper un montón de huevos y hacer añicos las cáscaras con una cucharilla de café.

Se ríe. Te das cuenta de que te encanta su risa. Te encanta haberle hecho reír. Durante unos segundos, eso es lo único que importa.

De acuerdo, dice con suavidad, y te parece que suspira y exhala despacio. Cuídate.

Tú también.

Lo haré. Adiós.

Adiós.

Tilly pulsa todos los botones del ascensor, los siete, desde la -1 del garaje hasta las plantas superiores, más arriba que la vuestra. Esperas pacientemente a que las puertas se abran y se vuelvan a cerrar una y otra vez. Estás entumecida. No hacéis el pastel. Aun así, Tilly rompe todos los huevos, muchos más de los necesarios. Ya harás una tortilla más tarde. Le

cuentas el chiste de Hamlet y los egos que tu prima te tuvo que explicar con trece años y giras la cara para evitar que vea que la risa que te provoca lo ingenioso del chiste se transforma en llanto.

Desde el pequeño balcón, el cielo de septiembre se presenta ancho y sin nubes.

Le podrías enviar un correo electrónico, piensas. No os habéis dado los teléfonos, pero podrías buscar su nombre o el de su empresa en Google.

No lo harás, pero podrías.

Abres una pestaña de Google en el móvil.

No lo harás. No lo haces.

En lugar de eso, miras el mapa de Canadá. Te fascina que sea tan grande, hay tanto *sitio*... Las ciudades de Toronto y Ottawa y Montreal y Quebec City perfectamente alineadas en una fila que parte del estado de Nueva York y de la frontera de los Estados Unidos; al norte, el vasto territorio de Ontario y Quebec y Terranova y Labrador; más allá, hacia el oeste, la amplitud de Manitoba y Saskatchewan y la Columbia Británica; Vancouver, donde nació y vivió durante las dos décadas y media en que estuvo casado, y al norte desde allí el Yukón y los territorios del noroeste y Nunavut, toda esa franja tan excesivamente vacía que te tienes que apoyar en la balaustrada para recobrar el equilibrio, a punto de doblarte sobre ti misma y caer por el peso de la añoranza, por la repentina intensidad de la pérdida.

Respira, te dices a ti misma. Respira.

Tu marido lo hace lo mejor que puede. Desde que nació la niña y tú dejaste de trabajar ha velado por que no os falte de nada, preocupado por la precariedad de su sector y por lo que significa ser una familia. Hace todo lo que puede y piensas que tú también debes hacerlo, que debes quererle, y que un amor que descarrila o que se pierde no deja de ser una especie de exilio.

Has hecho lo correcto al no aceptar que te llevara a casa. Habría sido cruzar una línea roja, una nueva frontera, un territorio nuevo del cual podrías no haber vuelto jamás.

Pero.

Te preguntas cómo habría sido si te hubieras ido con él, no puedes evitarlo: en su coche de ejecutivo, incluso en su hotel, te abraza, se arrodilla ante ti y hunde la cara contra tu cuerpo, desliza tus pantalones caderas abajo, te desabrocha la camisa y te tumba con delicadeza sobre la cama; puede que eso sea lo que deseas, que alguien te desvista, te tumbe en una cama y decida por ti; pero por muchas vueltas que le des al hilo argumental de la escena, no puedes ignorar que tu hija está en la

habitación y allí termina abruptamente la ensoñación.

Intentas mantener a Tilly despierta hasta la hora de acostarse, pero está demasiado cansada. A media mañana desistes, lo que significa que a medianoche estará completamente despierta, aunque es posible que tú también lo estés. Te pide el libro que has olvidado esconder, pero en cuanto empiezas a leer se duerme chupando la punta del cuello de tu camisa de leñador. Permaneces tumbada un rato y después intentas quitártela de encima con cuidado. Miras a la gente de la ilustración, con sus caras feas de gárgola. *Todos eran malos y falsos*, pero lo que había dicho ese hombre era cierto: no lo eran, no podían serlo, no quieres vivir así lo que te queda de vida. Hacían lo que podían, piensas, o hacían lo mejor que pensaban que podían hacer; a diferencia de Noé, severo, honesto y virtuoso, nadie les había dicho que iban a morir, o que se iban a salvar, y que, al final, ni una cosa ni otra importaban lo más mínimo.

Devociones

La amenaza de nieve ha hecho que cojas la carretera una noche antes de lo previsto. La casita se encuentra en lo alto de una fuerte pendiente y solo se puede acceder a ella por un par de caminos de cabras que a la mínima precipitación quedan impracticables.

Esa mañana, se abalanzó sobre vosotros desde una casa abandonada del valle una lechuza, cara redonda y pálida y curvatura característica de las alas, y después volvió a remontar el vuelo y desapareció, dejándoos a todos con el corazón en un puño. Te asomaste al interior de los huecos de las ventanas y aupaste a los niños más mayores para que también pudieran mirar. El entarimado del suelo estaba podrido, pero la estructura exterior era robusta, los antiguos canalones de hierro colado seguían en su sitio y, por un momento, te imaginaste viviendo allí, saliendo de la casa y mirando a tu alrededor, la luz matutina y los viejos arbustos de espino, con sus formas suplicantes modeladas por el viento, puro y frío.

Leíste en un libro que, antaño, el ululato de la lechuza era el presagio de una muerte inminente. La lechuza, ese ser que habita lugares profanos y solitarios. Oírla y verla a la luz del día no podía vaticinar más que nieve; eso, o la llegada de una bruja ávida de sangre infantil. Sin embargo, en ese momento no nos pareció tanto una advertencia como un extraño augurio.

Cargasteis el coche y configurasteis el navegador por satélite: los serpenteantes caminos que discurren por el valle pasaban de ser caminos de carro a autopistas, crecidos por el impulso mismo del viaje. El día de San Esteban, cuando llegasteis, los carteles de la zona os parecieron la mar de curiosos, porque indicaban «El Norte», como si fuera un lugar concreto y no un concepto; algo no relativo, sino real. Perdiste tu propio norte y te saltaste el ritual de la mañana de la víspera de Navidad, que consistía en pasear por las calles del centro, desiertas y expectantes, bajo el cielo infinito de una ciudad a salvo del cieno marino, pero gobernada por las aguas. En momentos inesperados sentías su reclamo, una fuerza como la que impulsa las varillas de un zahorí. Quién te iba a decir a ti que llamarías hogar al mugriento East End de Londres.

Os despedisteis de todos tiritando de frío, los primos apiñados, dándose empujones, saludando con una maraña de extremidades enjutas; sentaste a los niños y les abrochaste el cinturón, llevaban el pijama debajo del abrigo; el niño con su almohada de viaje en forma de

elefante y el bebé en la sillita que mira en sentido opuesto al de la marcha. Eran poco después de las seis y, según el navegador por satélite, estaríais en casa hacia la medianoche. Las estrellas brillaban en el cielo y parecía mucho más tarde de lo que era, horas e incluso años. Esa luz había salido de las estrellas hacía eones, mucho antes de que existierais tú y todo lo que te rodea. Cierras los seguros de las puertas y saludas con la mano mientras las siluetas de los demás se recortan brevemente contra el recuadro de luz naranja bordeado por un pesado dintel y losas a los lados. Tomas la pendiente prado abajo, el coche avanza a trompicones y la familia desaparece de tu vista.

Empieza a nevar a las afueras de Doncaster, donde la A1(M) se convierte en A1 y después en M18 y aparecen los primeros carteles menos encantadores hacia «El Sur». Dejais atrás Sheffield y Chesterfield y Nottingham y Grantham, el corazón interior de este país que apenas conoces. Birmingham representa a los Midlands y Peterborough es la bisagra que une norte y sur y, a pesar de todos los años que llevas aquí, te costaría mucho ubicarlos en un mapa. La voz del navegador está configurada, a modo de broma, para tener acento norirlandés. Según cómo, se supone que ese acento del inglés actual es lo más parecido al inglés que hablaba Shakespeare: las peculiaridades y la cadencia del habla de los señores de las plantaciones, nobles de la dinastía Tudor a quienes se les concedieron extensiones de tierra y que tenían prohibido casarse con los desposeídos e incluso emplearlos para labrar, conservadas en ciertos lugares durante siglos. *Continúe en línea recta*.

Los niños se durmieron al poco de partir y seguían sin despertarse mientras los kilómetros iban quedando atrás. La flechita azul avanzando diligente por la línea marcada de antemano.

Poner música, parar la música. Hablar y dejar paso al silencio. La intimidad de conducir durante la noche, al margen del tiempo. El vivo recuerdo de los largos viajes de tu infancia. Regresar por el paso de Glenshane después de las vacaciones en Donegal. La hierba amarilla que recubre las zonas pantanosas y las franjas marrón oscuro al pasar junto a una turbera. Los taludes de piedras procedentes de lo más alto de las Sperrin. Regresar de Ayrshire, el familiar tráfico en las carreteras hacia Stanraer; el olor salobre del gasóleo dentro de las entrañas del trasbordador; mantener el equilibrio sobre la cubierta resbaladiza mientras la testaruda embarcación se abre paso dando tumbos para cruzar el mar de Irlanda y adentrarse en la ría; regresar en tropel al coche, la pasarela abarrotada, el sonido metálico al abrirla, y los últimos kilómetros antes de llegar a casa deseando volver atrás, sin ganas de que

termine el viaje.

Los niños recordarán poco, si es que recuerdan algo, de esta experiencia. Pensarlo te aturde, igual que te aturden muchas otras cosas últimamente. El bebé, absolutamente nada; e incluso el niño perderá toda referencia, a menos que alguna anécdota de estos días se transforme en una historia familiar. ¿Te acuerdas de aquella vez que fuimos a casa de tus primos a Yorkshire y en pleno día una lechuza se abalanzó sobre nosotros? Y, aun así, todas estas vivencias deben de quedar en algún lugar, a pesar de no poder acceder a ellas con el paso del tiempo.

Tu marido baja y sube la ventanilla: una ráfaga repentina de aire frío te sacude los oídos con un rugido. Está pálido de cansancio. Te estremeces al pensar cuánto lo quieres. Desenvuelves una moneda de chocolate, botín procedente del calcetín navideño de tu hijo, y se la metes en la boca; después abres una para ti, el sabor barato, granuloso y metálico, y te obligas a erguirte, a mantenerte despierta, a enfocar la mirada a través de los hipnóticos remolinos de copos de nieve, como si el poder de tu atención os fuera a proteger a todos en la carretera.

El tráfico aumenta a medida que os acercáis a casa, recorréis los últimos tres kilómetros a paso de tortuga. En Londres, la nieve no es más que un resto frío, húmedo y sucio contra los bordillos. Bolsas de basura y cartones amontonados en las aceras, y algún que otro árbol de Navidad amarillento. Pasáis por Poplar y los muelles East India Docks. Limehouse y Stepney en Commercial Road, antes Orchard Lane, después transformada en fábrica de ladrillos; antaño había albergado una de las mayores fosas comunes del East End, donde se enterró a los que habían muerto por la peste negra. Tabernas y caballerizas, mercados de verdura y salas de conciertos. El Blitz. Un parque degradado, frecuentado por los alcohólicos de la zona y grupos violentos, que lleva el nombre de un operario textil bangladesí apuñalado. Jeringuillas entre las viejas losas de piedra de las tumbas, desgastada por las inclemencias del tiempo, situadas en una esquina junto a los extractores de un local de comida para llevar.

Hogar, piensas; una paradoja de Zenón. El movimiento es imposible y el cambio, ilusorio. La flecha no se mueve ni hacia donde está, ni hacia donde no está, por lo que san Sebastián no murió. Zenón de Elea, Platón y su caverna, Aristóteles, Sócrates y su copa de cicuta. Últimamente, todo lo que afirmaban no parece tener sentido, o te resulta irrelevante. Ahora, lo que te preguntas es si alguna vez admiraron el rostro de un recién nacido y sintieron que, alrededor, el mundo se desmoronaba y desaparecía; si vieron crecer a un niño y experimentaron el pánico del

paso del tiempo. El movimiento no es imposible; es más, es justo lo contrario. La vida pasa a toda velocidad, se escabulle de cualquier intento de apresarla y después, de repente, se desvía y te muestra destellos del mundo que vendrá, y del siguiente, y del cambio incesante que nos espera.

Aparcáis en el garaje subterráneo, los niños siguen durmiendo y te quedas con ellos en el coche mientras tu marido sube las maletas, enciende la calefacción, calienta agua para rellenar la bolsa que metéis en la cama del niño y contrarrestar la corriente que se filtra por la ventana mal aislada. Estas ofrendas, estas devociones, triviales e inagotables, el paso de los días, que se nos escapan de las manos; la medida de nuestro amor.

Tu marido regresa, coge el portabebés y la última bolsa que queda; tú desabrochas al niño y lo coges en brazos, sorprendida por el peso de su cuerpo; te echas sus brazos alrededor del cuello y las piernas rodeando tu cadera; él murmura algo y acomoda la cabeza contra ti. Parece imposible, pero aquí estás, eres madre de dos niños, sois una familia de cuatro. Todos los que sois, todos los que te habías imaginado que seríais. Todas las personas que conoces, a las que has querido, a las que quieres. En algunos momentos de la vida habrías observado esta escena con perplejidad; otros, en cambio, te habrías sorprendido a ti misma diciendo: Sí, eso es justo lo que quiero. Sí.

Cruzáis el aparcamiento. Techos bajos, luz fluctuante, olor a humedad. Subís despacio las escaleras, cuatro, cinco tramos, haciendo una pausa en cada rellano. Entráis en el piso, el chasquido de los radiadores, la reticencia de las tuberías, acompañas al lavabo a tu hijo hecho un sonámbulo, lo aguantas de las caderas mientras apunta y refunfuña a la vez. Le desabrochas la chaqueta y el último botón se resiste a pasar por el estrecho ojal. Tu madre la tejió para él, con lana elegida y comprada en Lower Newtownards Road y botones de la caja que tanto te gustaba de niña. Te divertías hundiendo los dedos dentro, notando la textura escurridiza y fresca de tantos botones juntos y, entonces, elegías uno y lo guardabas en la palma de la mano cerrando el puño con fuerza. Ahora te parece que tejer una prenda para un ser querido es una especie de hechizo; cada punto que das contribuye a proteger a esa persona. Doblas la chaqueta y la dejas en una silla, todavía desprende calor del cuerpo de tu hijo. Lo abrazas de nuevo, lo metes en la cama y lo arropas. ¿Estoy en mi cama, mami? Chissst, sí. Vale. Prométeme que no nos vamos a ir nunca más, prométemelo. Mami, ¿me lo prometes? Qué otra cosa podrías decirle aparte de: Chissst, te quiero,

no te preocupes, todo irá bien, te quiero, chissst.

El bebé se ha despertado y está llorando. Tu marido le cambia el pañal e intenta calmarla, chissst, le canta, hace girar el móvil suspendido por encima del cambiador, pero el timbre de su voz va en aumento y solo te quiere a ti. Esta responsabilidad, este privilegio. Te la llevas a la cama, le das el pecho y ella se agarra y come desesperadamente justo antes de caer rendida y dormirse con la boquita abierta. La sueltas y la colocas encima de ti, como hacíais al poco de nacer para que oyera el latido de tu corazón. Empieza a ser demasiado grande para esto. Notas la presión de su caja torácica contra la tuya con cada respiración. Crees que es imposible olvidarse del peso concreto de un hijo sobre el pecho, pero te equivocas, porque el siguiente recién nacido te parece aterradoramente endeble, como si —aunque intentes evitar pensarlo— todavía no tuviera un sitio asegurado en este mundo. En el primer viaje al pueblo como familia, tu marido y tú apenas podíais contener las ganas de reír de la alegría de ver a dos bebés en sendos cochecitos en un ascensor, bebés grandes y regordetes, comparados con vuestro primer hijo, de dimensiones perfectas, dentro de su cuna.

Te apetece enviarle un mensaje a tu marido con todos estos recuerdos, pero te das cuenta de que has dejado el móvil en el coche, en el compartimento de la puerta del acompañante. Le podrías enviar un mensaje para decirle dónde está y que te lo... No, no puedes.

Así que optas por cerrar los ojos y escuchar su voz desde la habitación contigua mientras le canta a vuestro hijo las canciones que más le gustan, sobre dragones y flores y el reloj del abuelo; canciones que, al fin y al cabo, tratan sobre la pérdida, y puede que precisamente sea ese el motivo por el cual las cantamos: para inocular, para preparar el terreno para cuando no estéis, y el niño no sabrá jamás lo mucho que lo quisisteis, lo arduo del trabajo cotidiano y lo gratificante que resulta a pesar de todo. ¿Te acuerdas de la lechuza?

Los valles parecen un recuerdo de otra vida. Esta misma mañana, trepando para ver los estanques rebosantes de agua de las lluvias invernales, rodeados de árboles desnudos incapaces todavía de imaginarse siquiera el follaje que desarrollarán. Después de un valiente intento de seguir el ritmo de sus primos, tu hijo te pide que lo lleves en brazos. Volved el verano que viene, dijeron, haremos pícnics en el monte. Te imaginas a tu hijo, con las piernas bronceadas y mechas doradas, trepando por las rocas, correteando alegremente lejos de vosotros. Puede

que, para entonces, el bebé también haya aprendido a caminar.

Su cuerpo cálido sobre tu pecho. Te vienen a la mente los versos del soneto de Keats que había al final del maltrecho libro de texto de secundaria, que además era, posiblemente, el último poema que escribió. Acurrucado sobre el pecho de mi amada. No, no era así exactamente, pero como ahora mismo no lo puedes buscar, lo das por bueno. El paciente eremita insomne de la naturaleza. Recuerdas el punto de inflexión del poema. ¿Y si la eternidad no es tiempo sin final sino precisamente la vía de escape de ese horizonte infinito? ¿Y si, desde la perspectiva de la eternidad, el tiempo no es más que una gota diminuta que se mantiene unida gracias a su propia tensión superficial y todo lo que ha sucedido o pudiera suceder en el futuro ocurriera simultáneamente y ya hubiera pasado?

Entonces piensas en los niños que solo han podido pasar de puntillas por el alcance y la profundidad insondables del amor.

Las vidas no vividas; los amores todavía no desamados.

En esta vida, nosotros decidimos qué consideramos sagrado y debemos emplearnos a fondo para honrarlo como merece.

La nieve que cubre las montañas y los páramos.

La respiración del bebé. Esto. Esto. Esto.

Intimidades

I

Imagínate lo siguiente. Estoy en un aeropuerto y me dispongo a coger un avión con tu hermano, o eso intento, porque los vuelos llevan retraso y reina un caos generalizado. Tu hermano todavía no es tu hermano, aunque, en sentido tangible, tú tampoco eres tú, pero a veces creo que te intuyo en los extremos de la conciencia mientras me duermo, o un instante antes de despertarme. Acaban de anunciar por megafonía que nuestro vuelo está embarcando por una puerta que te deja a quince minutos en jardinera del avión. Tu hermano no ha dormido y yo no he comido nada; llora y se retuerce, intento apoyármelo en la cadera para poder llevarlo con un solo brazo y al mismo tiempo empujar penosamente el carrito, cargado con nuestro equipaje; ruego a otros viajeros que me permitan avanzar en la cola del bar para pedir un bocadillo. Nos toca, por fin, y la cajera me indica que me acerque. Apenas ha empezado a preguntarme qué café quiero, cuando un hombre bronceado y trajeado, con gemelos en los puños de la camisa y un reloj de pulsera carísimo, se acerca y dice: Ahora iba yo, usted se ha colado.

No es cierto —o sí, pero no era del todo mi intención—, así que, espoleada por la expresión de desdén de la cajera, me encaro a él en un arranque de superioridad moral y le suelto una diatriba parecida a esta: aunque le hubiera tocado a él, aunque me hubiera colado por todo el morro, aunque su vuelo estuviera embarcando en ese momento igual que el mío, a lo mejor podría probar lo lejos que llegaría con un poco de empatía, porque, a pesar de toda la razón que sin duda cree tener, no sabe por lo que está pasando la persona que tiene delante, por lo que, en un momento dado, su actitud puede hacer mucho daño. Pruébelo, rugí, sea empático con los demás y verá lo lejos que llega en la vida.

He de decir que esto pasó tan solo dos días después de perderte, o de perder al bebé que pensábamos que ibas a ser tú. Una amalgama de células mucho más pequeña de lo esperado por las semanas que creíamos que tenías, sin frecuencia cardiaca, menos de veinte minutos en el quirófano y de vuelta a casa para el almuerzo. Aun así.

El tipo trajeado se ajustó los gemelos, sacó pecho y esbozó una sonrisa socarrona: Creo que me va bastante bien, gracias. Entonces le

asesté el revés definitivo: Me refiero a su vida espiritual. Momentáneamente, me supo a gloria.

Al cabo de cinco minutos, pensé: Uy.

¿Y si en el fondo mi presencia allí, en esa cola, ese día, llegando tarde, agobiada, profundamente afligida, era *mi* oportunidad de ser empática?

Porque es evidente que tuve una oportunidad y metí la pata.

¿Y si aún hay más? ¿Y si toda mi vida, todo lo que he hecho, los sitios a los que he ido, las personas que he conocido me hubieran llevado hasta aquí, hasta este momento aparentemente insignificante y trivial que en realidad albergaba la posibilidad de transformarme? Y en lugar de aprovecharla, me regodeo en la superioridad que me da el hecho de tener tantísima razón. ¿Y si, como me pregunté en su día y sigo preguntándome ahora, las personas con las que no queremos relación, desde las némesis de toda la vida hasta los antagonistas más efímeros, son en realidad las personas que más nos quieren, y nos quieren tanto que han aceptado ser el blanco de nuestra ira, nuestro desdén y nuestro desinterés? Pensamos que las pruebas se nos presentan cuando estamos preparados para superarlas, pero no es así: llegan sin avisar, por sorpresa, disfrazadas y en las situaciones más cotidianas.

Esto es lo primero que te diría.

II

Gente embadurnando de ocre las paredes subterráneas. Aplicando argamasa sobre la superficie de piedra con la palma de la mano y espolvoreando pigmento por encima para dejar marcada la huella. Tallar el perfil de unas astas de ciervo en una caña que emite tres notas ascendentes. Salir de la cueva con manchas en los labios y en las muñecas y en la frente, escalando a ratos con solemnidad y a ratos entre risas, hasta salir a la luz del día. Hoy, ahora, estamos aquí: nosotros. Un puñado de notas que siguen vibrando mucho después de dejar de ser audibles; el patrón del aire expulsado, alterado para siempre.

Naciste en plena ola de calor. En toda Inglaterra y en Irlanda también, la tierra abrasada por el sol revelaba sus secretos: la planta de un fuerte de la Edad del Hierro y un jardín fantasma victoriano, un castillo medieval y un campo de aviación de la Segunda Guerra Mundial. En la radio explicaron el porqué de estas cicatrices del terreno: en arqueología las llaman *crop marks* y aparecen en la superficie cuando las plantas absorben el agua y los nutrientes de las zanjas donde antaño hubo construcciones. También leí que el tiempo no cura todas las heridas; o

que las cura, pero también las puede reabrir. La falta de vitamina C provoca que se agoten las reservas de colágeno del cuerpo y, debido a esto, pueden reaparecer viejas cicatrices en la piel, e incluso abrirse. Los marineros que contraían escorbuto podían llegar a morir de heridas antiguas, cerradas, que ya daban por curadas. Estoy tumbada en la cama y tu hermano duerme junto a mí. Su respiración, las mejillas húmedas y coloradas, el murmullo de la radio, mis pensamientos sobre lo desconocido y lo conocido.

Con el paso de las semanas y el descenso de las aguas, los científicos descubrieron en la orilla de un estuario pisadas de hace tres cuartos de millón de años. Lograron deducir, por imposible que parezca, que una mujer había pasado por allí, una mujer sana de unos veinte años y un metro y medio de estatura. Tres o quizás cuatro hijos de entre dos y ocho años la acompañaban y, en un momento dado, probablemente cogió al más pequeño en brazos. Caminaron hacia el norte cruzando el barro, por agua salobre, en un clima más parecido al de Suecia en la actualidad que al del este de Inglaterra, con veranos suaves y frescos e inviernos brutales, en busca de crustáceos y plantas comestibles. Recorrieron el valle de un río en el que pastaban mamuts lanudos, hipopótamos y protorinocerontes. Al caminar, se les hundían en el barro los talones primero y los dedos de los pies después, y un capricho de las mareas y la arena y la sedimentación hizo que sus pisadas se conservaran durante siglos, milenios, hasta el verano que quedaron al descubierto y, por el hecho de reaparecer, se desvanecieron.

Esto es lo segundo.

III

Lo tercero es que últimamente he estado leyendo a Winnicott: su *aceptable* madre está en todas partes, como están en todas partes algunas cosas justo cuando más necesitamos oírlas. *Lo que haces y lo que sabes*, le dice a su joven madre imaginaria, *por el simple hecho de ser madre está tan lejos de lo que sabes por medio del aprendizaje como la distancia que separa las costas este y oeste de Inglaterra. No puedo recalcarlo lo suficiente. No cabe duda de que el profesor que descubrió las vitaminas contra el raquitismo tiene cosas que enseñarte, por lo que tú también tienes cosas que enseñarle a él en cuanto al otro tipo de conocimiento, el que has adquirido de manera natural*. Sabemos, me digo a mí misma. A veces nos olvidamos de que sabemos, o desconfiamos de nuestra capacidad, pero sí que sabemos.

Hay tantas cosas que aprender, y tú estás aquí para enseñarme

también, aprendemos juntas.

Pero en lo más profundo de nuestro ser, sabemos.

Comprendemos poco del amor y permitimos que el miedo se interponga: miedo de no ser lo bastante buenas, o de no estar preparadas, o de cagarla. Miedo de no saber querer bien o de no querer lo suficiente. Mientras crecías en mi interior, también crecías en mi mente; esto último no es menos importante, es una mirada hacia dentro, una vigilia, el oscuro arte de imaginarte hasta crearte. Por supuesto, cuando naciste, frustraste todas las expectativas; te retuviste; simplemente, durante las primeras horas y los primeros días, los único que conseguía decirle a tu padre es que no te conocía. Hasta que, de manera imperceptible y repentina, algo cambió y tú pasaste a ser simplemente tú.

IV

Ojalá te pudiera contar mis luchas de una manera que tuviera sentido o resultase incluso útil. Pero el secreto es que es casi imposible traducir la mayoría de las batallas importantes que libramos para que las entienda cualquier otra persona y, además, llegará el momento en que tú también tengas que cruzar tus propias presas rebosantes de aguas embravecidas.

Me repito a mí misma a diario que cada día, cada momento de cada día, es una oportunidad para dar respuesta al mundo con amor y no con miedo; que el miedo no es una fuerza opuesta equivalente, sino la ausencia de amor, un síntoma o señal de algo sesgado o extraviado. Sin embargo, me aterra tomar decisiones equivocadas. Actuar de manera equivocada. Me aterra interferir en tu camino. Hago una señal en el margen de *El despertar* de Kate Chopin, justo donde Edna Pontellier dice: daría mi dinero y daría la vida por mis hijos, pero no me daría a mí misma. No me atrevo a plantearme esa pregunta. Mejor dicho, no me atrevo a responder.

V

Me he pasado el verano obsesionada con Françoise Gilot, una artista que se enamoró de Picasso. Cuando se conocieron, ella tenía veintiún años y él sesenta y uno. Vivieron juntos durante una década por lo menos y tuvieron dos hijos. Según dicen, ella fue la única mujer que lo abandonó y esto es precisamente lo que me ha obsesionado.

Después de marcharse, escribió sus memorias: un *succès de scandale*

que coleccionó numerosísimas críticas gracias a las cuales consagró el retrato de lo que significaba vivir con un genio, crucial para comprender mejor al artista, pero que a mi entender es al mismo tiempo un retrato de sí misma, de su manera de delimitar dónde terminaba él y empezaba ella. Los críticos hacían listas interminables de Giacometti y Gide, Chagall y Chaplin, Cocteau, Hemingway, Matisse, los extravagantes personajes que aparecían en su libro, pero yo, cuando lo leo, a la única que veo es a ella, veo su manera de observarlos y su creciente convicción de que iba a dejarle, de que debía alejarse de él y de ese mundo.

A raíz de la reciente reimpresión de sus memorias, Gilot le concedió una entrevista a un periodista de *The New York Times*. Se la veía impaciente, susceptible. ¿Por qué debería mirar atrás? Preguntó. El arrepentimiento es para las cosas que no se han hecho. Ser fiel a una misma es la única manera de serle fiel a los demás.

Observo su foto en la solapa interior del libro: noventa y siete años, la cabeza ligeramente inclinada, pelo negro y liso, con la raya a un lado y una horquilla de carey, los labios esbozando una media sonrisa y la mirada cándida, luminosa y grave. Pero lo que destaca son sus manos, levantadas ante sí, pálidas, con las venas gruesas y marcadas, la izquierda encima de la derecha, tocándose el cuello con el dedo índice. Una postura cuidadosa y vulnerable. Miro la foto y pienso en ella con treinta años, con veintiuno. Sus padres, personas respetables, de clase alta, que la habían enviado a Cambridge y a la Sorbona con la esperanza de que acabara siendo abogada. Sus hijos, a los que les prohibió ver a su padre, airado ante la decisión. Los amigos y los críticos, que cerraron filas alrededor del artista y la condenaron. El clamor público y la indignación y la lujuria cáustica. Su brusquedad necesaria: ¿por qué debería tener miedo?

Hay una pintura de su hija en la que aparece durmiendo en la cuna. No dejo de mirarla. Presenta unas formas deconstruidas, picassianas, las extremidades infantiles desplegadas; sin embargo, los trazos son mucho más suaves, menos angulosos que los que caracterizan el cubismo de él. El rostro de la niña es perfecto, las pestañas casi temblorosas y la boquita de piñón. Se palpa en la pintura el amor, el miedo y la devoción de los ojos de la joven madre mirando a su hija.

Te miro mientras duermes y escribo todo esto mentalmente; pienso en las ocasiones en las que tendrás que dejar a alguien o marcharte de algún lugar, aunque sobre todo dejar a alguien. Pienso en las veces en que yo misma me he tenido que marchar, una y otra vez. Pienso en cuántas veces la vida consiste en ensayar una marcha. Pienso en Françoise, y en las palabras de Maya Angelou: Cuando alguien te muestre quién es,

créele la primera vez. Picasso en el restaurante con su pareja, Dora Maar, se acerca a Françoise para ofrecerle un cuenco de cerezas. La quinta cosa que te diría: te deseo suerte para enfrentarte a todo lo que vendrá.

VI

En una habitación cercana a la habitación en la que me encuentro ahora, desde donde escribo, le dije a un hombre que cerrara los ojos. Le desabroché la camisa, los siete botones, y después los puños; se la quité y la dejé en el suelo. A continuación, le desabroché los pantalones, la trabilla, el botón y la cremallera, se los aflojé y le ayudé a quitárselos. Cuando estuvo completamente desnudo, deshice el nudo de los tirantes de mi vestido y lo dejé caer. Le pedí que levantara los brazos y se lo puse. La tela sedosa se deslizó en silencio sobre su piel hasta el suelo. Le pedí que me diera la espalda y le anudé los tirantes. Oía su respiración acelerada, el latido de su corazón como si fuera el mío. Me alejé unos pasos y lo observé. Le pedí que abriera los ojos y se acercase a mí. Lo hizo. Y comprendí algo acerca del deseo que había ignorado hasta entonces.

Lo que te diría es que encontrases a una persona a quien puedas decirle todas esas cosas que normalmente te callarías. Atiende: puedo hacer que dos personas entren en una habitación y que se hagan mutuamente cosas que pueden haber soñado hacer o no. Puedo hacer que el tiempo retroceda o que vaya por derroteros totalmente distintos. Puedo invocar a los muertos. Es un poder terrible que preferiría no dejarte como legado. Esta es la sexta cosa que te diría. El arte es un mero medio para satisfacer el deseo y estas palabras son la divisa del amor que no hemos gastado.

VII

Y, por último, la séptima y última cosa que te diría, la más trivial y profunda de todas. Diles a tus seres queridos que los quieres. Será lo único que habrá valido la pena, es lo único que nos llevamos. Díselo ahora. Son esas sencillas palabras cotidianas las que poseen una capacidad transformadora.

Me pregunto qué edad tendrás cuando leas esto y si ya me habré marchado; y qué magia negra permite que haya una manera, al fin y al cabo, de explicarte todo esto y dejarlo en un lugar en el que lo encuentres

cuando lo necesites y te ayude a comprender

Que el tiempo no es más que un resumen del tiempo: todo es para siempre y nada desaparece

Que, de algún modo, nuestra alma recuerda y se crece dentro de nuestro cuerpo para decírnoslo

Que estoy aquí

Este es un lugar privado conquistado a la arena pública; conquistado y en cierto modo protegido gracias a ella

La palabra *intimacies* [intimidades] se utilizó por primera vez en un documento editado en inglés en 1641, junto con *catafalque* [catafalco], *charism* [carisma], *eavesdropping* [escuchar a hurtadillas]; junto con *holy of holies* [santo de los santos], *infinitude* [infinitud], *intertwine* [entrelazar]; con *jubilate* [exultación], *tantamount* [equivalente], *tantivy* [galope / sonido de cuerno de caza], *unfurl* [desplegar]

Te regalo estas palabras y todas las demás

Todas las palabras que vivas y las personas a las que ames y los lugares a los que vayas

El amor como acto de retener a alguien y de dejarlo marchar al mismo tiempo

Todas las cosas, todo, simultáneamente

Ahora es siempre y este es mi hechizo para que así sea.

Agradecimientos

Quiero expresar mi agradecimiento a la Sociedad de Autores por el Premio K Blundell Trust, que me ha permitido iniciar esta recopilación, además de mi eterna gratitud al Seamus Heaney Centre de la Universidad Queen's de Belfast, por la beca de investigación durante la cual escribí las últimas historias.

Gracias a mi primer lector, Joe Thomas, y a nuestro (valiente intento de) club de lectura de dos miembros y —esporádicamente— medio. A mi agente, Peter Straus, de cuyo apoyo me siento especialmente orgullosa, y a mi editor, Angus Cargill, con quien es un placer y un privilegio colaborar y de quien he aprendido tanto.

Gracias al resto de la gente de Faber que me ha ayudado a llevar a buen puerto esta recopilación, sobre todo a Libby Marshall, Josh Smith y Jack Smyth, y a Silvia Crompton por sus artes oscuras en materia de corrección ortotipográfica. También a Sarah Cleave, Sinéad Gleeson, Ra Page, Michael Shannon, David Torrans y Emma Warnock por sus aportaciones a las historias que se han publicado por separado.

Mi agradecimiento permanente también a mis padres y a mis hermanas, a Maureen, Peter, Kim y Faye Caldwell.

Y, para concluir, gracias a mi Tom, a William, y a nuestra querida brújula del bien, Orla. Le dedico esta recopilación a ella y a todos los irlandeses (en especial norirlandeses) afincados en Londres.

Primera edición: febrero de 2022
Primera edición digital: febrero de 2022

Título original inglés: *Intimacies*

Diseño de la colección: Enric Jardí
Imagen de la portada: Ignasi Font

© 2022, Lucy Caldwell
© 2022, Angelica M. Ripa (traducción)
© 2022, Catedral (edición)

Derechos negociados con Casanovas & Lynch Literary Agency S.L.

Dirección editorial: Ester Pujol

Catedral es un sello de Grup Enciclopèdia
Josep Pla, 95. 08019 Barcelona

ISBN: 978-84-18059-35-3

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas.